CUADERNOS

DE LA

# UNIVERSIDAD DEL AIRE

DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL

29

## QUINTO CURSO

(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

## LA HUELLA DE LOS SIGLOS

(SEGUNDA EDICION)



•

Talleres de

Julio, 1951 EDITORIAL LEX 20 cts.

LA HABANA

# UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

---

## EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE
se trasmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m.
por el

## CIRCUITO CMQ
### RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

---

AÑO III Julio 30 de 1951 No. 29

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

---

Solicitada la franquicia postal e inscripción como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

XXV

## Rafael Sardiña

# Maquiavelo y los Utopistas

MAQUIAVELO ha crecido en la Historia, adquiriendo una de las estaturas más grandes del Renacimiento. Si sus amigos, Vettori, Felipe Casavecchia, Vespucci o Marcelo Virgilio nos pudiesen hablar de Maquiavelo, seguramente que empezarían por contarnos sus vulgares amoríos; luego sus apuros económicos mientras fué Secretario de la Segunda Cancillería de la República Florentina y terminarían hablándonos de las largas cartas maquivélicas, mezcla de nota íntima y advertencia pública, detalle irónico y profunda seriedad. Pero lo que no podrían hacer, estos buenos amigos de Maquiavelo, era reconocer en este hombre, inteligente y habilidoso, pero ni grande, ni infame, al personaje que la Historia y la Crítica nos presenta como fundador de la Ciencia Política Moderna y como uno de los hombres más discutidos de la humanidad, ni mucho menos podrían compartir el epígrafe que la posteridad ha escrito sobre la blanca y sencilla lápida que cierra su sepulcro en Santa Croce: Tanto Nomini Nullum Par Elogium. (Para tanto hombre no hay elogio).

Tengo para mí que la espléndida fama de Maquiavelo se debe a que no podemos llegar a comprenderle a pesar de que habló para todos los hombres y todas las épocas. Su estilo es claro y limpio, se comprenden sus ejemplos y sus ideas aisladas y las citas históricas que hace, pero no se comprende la preocupación que hay detrás de su obra, ni la persona que hay detrás del escritor. Podría afirmarse que su fama no le viene de su subjetividad, sino de su objetividad.

Cada momento histórico y cada biógrafo da un enfoque distinto al pensamiento de Maquiavelo. Unos lo justifican, otros lo admiran y los más lo condenan, pero él es imprescindible en toda mesa de gran político. Su obra considerada en conjunto nos revela un Maquiavelo distinto de aquél que nos da cada una de sus obras. Por ejemplo, si a un Jefe de Estado se le diera a leer "El Príncipe"; a un republicano, "Discursos sobre los diez primeros libros de Tito Livio"; a un historiador, "Historia de Florencia"; a un militar, "El Arte de la Guerra"; a un crítico "Mandragóra"; a un biógrafo "La vida de Castruccio Castracani"; y a un poeta sus versos a Marrietta o sus sonetos a la República, seguramente que cada uno tendría de Maquiavelo distinto concepto. El Jefe de Estado afirmaría que el afán del político que hay en el Príncipe, era el poder, a cualquier costo; el republicano sin embargo se entusiasmaría al encontrar cómo se defiende en los Discursos a la libertad, que él asegura, crece cuanto más se la ejercita; el militar se agradaría de encontrar como alguien afirma que la dignidad se pierde cuando no hay fuerza suficiente para defenderla; el crítico tendría que llegar a la conclusión que el autor después de pintar de manera perfecta a la tración humana hace que triunfe en el último momento el amor y la sinceridad; el historiador admiraría al patriota que cuenta la gloria de sus tierras; y el biógrafo gustaría de encontrar una biografía escrita en tiempos de grandes personajes, dedicada a "un hombre que realizó más grandes cosas, sin ser de más notorio e ilustre nacimiento que los demás". Todas son obras escritas por Nicolás Maquiavelo y aunque ultimando el pensamiento se descubran idénticos principios en todas ellas, no pueden descubrirse idénticas preocupaciones en el autor, ni parecido método para desarrollar el pensamiento que preside la obra. Por ello, en la medida que vamos comprendiendo cada uno de sus escritos, vamos perdiendo la comprensión de su persona. Maquiavelo puede ser comprendido únicamente por Maquiavelo. Es presuntuoso calificarle y atrevido clasificarle. El dió su nombre para calificar su espíritu: maquiavélico.

Nació en Florencia en 1469 y murió en 1527. Su padre fué abogado y su madre una mujer de pueblo. Estudió y leyó Ma-

quiavelo, lo que quiso estudiar y leer. Vivió la misma época de Cristóbal Colón; Tomás Moro; César Borgia; Savonarola; Lorenzo de Médicis; Alejandro VI; Leonardo da Vinci; Rafael y Miguel Angel. Florencia fué la ciudad donde se condensó inicialmente todo el ritmo maravilloso del Renacimiento. En un mismo altar se adora a Platón y a Cristo. En una misma tribuna hablan Savonarola, condenando todas las liviandades del Renacimiento y César Borgia propiciando todas las libertades y ofreciendo todas las licencias para vivir en el crimen y en la orgía del momento. En una misma mesa se sientan y comen el asceta y el condottiere. Por primera vez pinta un artista con luz y sombra y esculpe con serenidad y con frenesí. Se levanta a la razón y se sigue a los instintos. En este clima vital, creció y escribió Maquiavelo. El también llevó la contradicción a su doctrina, y defendió el poder absoluto como el equilibrio entre el poder y el orden. La vida fué para estos genios, divina confusión de contrarios. Detrás del cambio aparente de las cosas encontraban la permanencia esencial de las mismas. Con la razón descubrían esta permanencia y con los instintos gozaban de este cambio. Con la primera hacían filosofía y ciencia y con los segundos hacían arte y vivían. Los propios papas vivieron este frenesí y dieron vacaciones a la religión y licencia a la moral. Fué un medio siglo sin frenos que la humanidad vivió para compensar quince siglos de renunciación. Ningún pensamiento quiere escaparse de la realidad que vive, sino que entrándose en ella, la domina y la embellece y se sirve. En esta época Maquiavelo escribió sus obras y no parecieron infames. Las publicó con autorización pontificia. Escribió, y el Papa no encontró hereje, que bondad, honor, deber, crueldad, inteligencia, cultura y amistad son medios de la vida y no sus fines y agregó que el fin de la vida es la vida misma. De aquí su doctrina que reza: "cualquier medio que sirve es un medio bueno".

En "El Príncipe" afirmó que "no existe Estado, donde no hay obligación ni coacción". No se goza la libertad, cuando no se tiene la fuerza suficiente para defender las instituciones que la consagran. El bien social es la Ley Suprema del Estado, superior a la moral, a la piedad y a la religión. El Príncipe no debe ser impío ni malo, pero debe estar preparado a serlo, si es necesario.

Los procedimientos honorables son los mejores, pero la vida de las instituciones vale más que los procedimientos honorables. La vida pública es superior a la vida moral. Los intereses de la sociedad son superiores a la ética. Un hombre al frente del Estado no debe pensar en su moral, sino en su pueblo. Es mejor el orden con un poco de dureza y hasta de sangre que el desorden con piedad. El juramento del Príncipe debe mantenerse mientras convenga al Estado y vivan las circunstancias que lo motivaron. "Todo este rosario de valores maquiavélicos, inventados por lógica política y por su conducta deplorable, no hay duda que destruyen todo nuestro sistema de valores radicados en el propio corazón del individuo, pues para nosotros, sea dicho de manera directa, no hay Estado fuerte, ni nación poderosa, ni sociedad honorable y justa, si no se levantan sobre el pecho del hombre honrado. Para Maquiavelo todo es cálculo y lógica. Para nosotros, en la vida hay más azar y desprendimiento que cálculo y más emoción y ética que lógica."

La concepción del Estado-Fuerza, teoría que Maquiavelo desarrolla en esta obra, es recogida más tarde por Ihering cuando afirmaba con frase acerada y germanísima "que el Derecho no era si la política de la fuerza", y que ampliada más tarde por la moderna Escuela de Viena, fundada por el más grande de los filósofos del Derecho, Hans Kelsen conduce a la afirmación de que "cualquier contenido puede ser derecho". Esta Escuela creó lo que se ha llamado la Teoría Pura del Derecho, esto es, un Derecho limpio de valores morales y obligaciones naturales, un derecho que contiene cualquier cosa, la cosa que la fuerza quiera hacer entrar en él.

La otra gran obra de Maquiavelo son "Los Discursos" que escribió para leerlos en los Orti Oricellari, Academia de altos estudios, cuyos miembros pagaron por oírlos. En esta obra, el Estado, como en "El Príncipe", es examinado con objetividad formal y despreocupación absoluta de todos los principios abstractos de moral y de dignidad. Pero en ella, resulta Maquiavelo más humano, en cuanto recomienda sustraer de la fuerza los conflictos públicos y advierte que el bienestar de los países no depende del buen gobierno de un Príncipe, sino de las leyes que éste deja a su

muerte. Agrega que la libertad nos viene de la tradición y que el mejor modo de ganarla es saberla usar. Afirma que las aspiraciones de los pueblos libres rara vez son nocivas a la libertad y por último que puede el orden quebrarse si ello es para fundar virtud.

Cúmplenos apuntar un mérito que resalta en toda la obra de Maquiavelo y es su enorme, su formidable sinceridad. Escribió bien y directo, lo que vió y penetró espléndidamente. No se puede ser grande sino se cuenta con la circunstancia propia para serlo. Cuando un pueblo se descubre, como Florencia en esta época, y se pone a vivir con las entrañas al aire, quien le describe, hace descripción para todos los tiempos y para todos los hombres. El alma florentina, avara de poder, necesitada de éxito y codiciosa de gozo, está en la obra de Maquiavelo. Maquiavelo fué mucho más sincero que sus antis. Frecuentemente hay más maquiavelismo en éstos, que en aquél. Voltaire advertía cuando escribió a Federico el Grande con motivo de su obra "El Antimaquiavelismo" "que el primer consejo que Maquiavelo daría a un discípulo fuera escribir la refutación del Príncipe". Resultó cierta la profecía de Voltaire. Federico era un discípulo fiel de Maquiavelo que llegó hasta a maquiavelar a su propio padre Federico Guillermo.

Hay en la vida íntima de Maquiavelo, como en la política, negaciones de sus propios pasos. Su enorme razón le hacía ver la razón de todas las partes en pugna y eso distraía lamentablemente su acción personal. Lo demuestra ante la Historia con una conducta irresoluta y contradictoria. Catorce años con la República, cuando cae ésta, se va con los Médicis triunfadores, y cuando caen éstos y vuelve la República, lamenta su adhesión a los Médicis. Cuando Florencia quiere conquistar a Pisa, se entusiasma y reclama el puesto de peligro con altísima dignidad, luego siente la guerra contra Pisa y empieza a considerarla inútil. A su hijo Guido le escribe "si quieres hacerte hombre de honor, compórtate con dignidad". Sin embargo, cuando por estos mismos días los Médicis le encarcelan y le apalean, suplica indignamente a los funcionarios que lo conducen y escribe una vez en la celda y con las manos amarradas, sonetos de admiración al tirano y de

súplica por la libertad. A Marietta su esposa le escribe cartas llenas de ternura y juramentos de lealtad, mientras cuenta por la misma época a los amigos sus aventuras amorosas. En sus cartas enlaza consejos de dignidad con frases como éstas, "bella venganza" y "piadosa traición". Vivió sin valores, sin fe en los principios, que informan toda conducta. Se sirvió de la vida, tal como le era dada.

Desde la raíz es distinta la fe maquiavélica de la fe utópica. Los utopistas piensan que el hombre puede destruir todas las formas de convivencia humanas y darse el ordenamiento que desea y crear libremente en lugar de este mundo, otro mundo. Maquiavelo se ajusta a la posibilidad inmediata sin ideal y los utopistas levantan un ideal sin posibilidad. El primero fija los hechos e induce los principios. Los segundos fijan su organización utópica y no se preocupan por el ajuste a la realidad. Necesitan de un tipo de hombre dado en sus obras, mientras que Maquiavelo ajusta sus obras al tipo de hombre encontrado. Los utopistas refiérense siempre a épocas futuras y a lugares desconocidos, e imaginados. El mundo americano mientras no fué realmente conocido en Europa, despertó la emoción utópica y la decisión en algunos soñadores, como Vasco de Quiroga en México, de empezar como en troquel voluntario, "vía regia y elevato velo" a fundir cosa de nuevo.

Cúmplenos concluir declarando nuestro desacuerdo con Maquiavelo y con los utopistas. Yo creo, sin extremismos lógicos ni fantasías disparatadas en un mundo mejor para los hombres. Asimismo creo que para construir ese mundo hay que postular cosas ideales superiores a las dadas por la realidad de Maquiavelo y por la fantasía inútil de los utopistas. Maquiavelo contempló a una humanidad sin alma y sin sueños y por eso no tuvo fe en ella ni la respetó. Los utopistas quisieron una humanidad que ellos crearon para escaparse de nuestra humanidad. Aquél demasiado cerca y éstos demasiado lejos, no se pusieron a distancia suficiente para extenderle la mano. Al hombre hay que vestirlo con los trajes que el mismo escoge, porque ésta es la manera de hacerlo andar. Mientras el hombre tenga una alta consideración de sí mismo, merece respeto. Para salvarnos de Maquiavelo hay que

respetar mucho a la persona humana. Para salvarnos del sentimiento utópico, que nos asalta cuando tenemos necesidad de soñar y descansar de lo que nos rodea, debemos darle a la persona humana la figura que ella misma se ha dado. Respeto y figura es lo que el hombre necesita para que no se le engañe ni se le deforme.

Cuando se respeta al hombre desde la propia conciencia, su figura se alza hasta nuestra propia figura, y ya no tenemos que escaparnos de su relación ni dominar a su voluntad, porque va en nuestra compañía sin que nos lastime ni nos evite andar. Olvidó Maquiavelo, que aquel líder que nos habló de amor y murió por nosotros, pudo más que los Césares, y su Imperio ha sido mucho más profundo, poderoso y duradero que el Imperio de Tamerlán, de Napoleón o de Hitler.

## DISCUSION

**DR. MAÑACH:** Dra. Escalona, ¿usted quiere iniciar el interrogatorio o prefiere reservar sus energías para la lectura de su trabajo?

**DRA. ESCALONA:** Bueno, yo quiero felicitar al Dr. Sardiña. Mientras él leía, yo estaba pensando que le iba a preguntar, qué quería él para Cuba en este momento, si una figura como Maquiavelo, o como la de los utopistas; pero no me dejó hacerle la pregunta, porque ha terminado su trabajo explicando lo que él desea para Cuba. Así es que yo no tengo nada que preguntarle.

**DR MAÑACH:** Bien. ¿Hay algún maquiavelista por ahí que quiera hacer alguna pregunta?

**LOCUTOR:** El Dr. Corsanego

**DR. MAÑACH:** El Dr. Corsanego no es maquiavélico, me parece. Es utópico .

**DR. CORSANEGO:** ¡Algo completamente diferente! Dr. Sardiña, ¿a qué cree usted que se deba que, no obstante la acción de esos representantes históricos de la Humanidad, tejedores de esos sucesos tan premiados de consecuencia, que han cambiado, una y otra vez la faz de la tierra, la Humanidad se siga sintiendo cada vez más profundamente desgraciada?

**DR. SARDIÑAS:** Bueno, yo entiendo la pregunta así: ¿Por qué, a pesar de los sacrificios y el pensamiento que al mundo le han dedicado los grandes hombres, cada día hay más angustia en la Humanidad? ¿Esa es la pregunta?

**DR. CONSANEGO:** Sí, ...

DR. MAÑACH: Bueno, ya esa pregunta tendría carácter de profecía, pero siento ...

DR. SARDIÑA: Yo no creo, Dr. Corsanego, que la angustia del presente sea mayor que la de los hombres que vivieron al lado de Maquiavelo. Considero que siempre la Humanidad ha tenido angustia, porque siempre ha querido algo mejor, y de ahí viene mi respeto al hombre.

DR. MANUEL DE LA MATA: ¿Podríamos pensar que entre los dos grupos de hombres, los defensores y los impugnadores de Maquiavelo, no hay más diferencia que entre aquéllos que aceptan la necesidad del Estado para garantizar a la sociedad unas normas de vida, y la de los que piensan que el Estado es el elemento coercitivo, que impide la libertad del hombre? Es decir, ¿podríamos señalar como maquiavelistas a todos aquéllos, en mayor o menor grado, que aceptan el Estado, y como antimaquiavelistas aquéllos que van en contra del Estado?

DR. SARDIÑA: Dr. Mata, para contestarle con seriedad, habría que fijar primero el concepto de maquiavelista, que al principio dijimos que dependía de la obra que más influencia tuviera sobre el que la leyera. Por ejemplo, con los discursos sobre los diez primeros libros de Tito Livio, había que sentirse maquiavelista. Ahí sólo se habla de la libertad, de la dignidad, hasta de la libertad de expresión. Sin embargo, en "El Príncipe", es otro Maquiavelo. Depende de que esos defensores de Maquiavelo lo sean del Maquiavelo de "El Príncipe"' o del Maquiavelo de los Discursos.

DR. MANUEL DE LA MATA: Cuando se habla de maquiavelismo, se toma en general el contenido de "El Príncipe". En este sentido, he hecho la observación. Hay muchos defensores de Maquiavelo que hablan sencillamente de que fué un magnífico patriota, que quería la unidad de su país y que lo sacrificó todo a ese patriotismo. Pero es que en ese patriotismo también hay un concepto estatal fundamental. Lo digo para los que no tenemos este sentido de patriotería, y que no somos maquiavélicos si nos acercamos al concepto del Estado en ese aspecto.

DR. SARDIÑA: Esa es la posición que justifica su teoría del Estado-fuerza, del cual hacía devenir la libertad misma.

DR. MAÑACH: Bueno, pero no creo que se acaba de ver la pregunta del Dr. Mata. Si me permite, doctor, para perfilarla con la brevedad que yo me veo obligado y que usted no. Entre el Estado sublime de los utopistas, y el Estado realista de Maquiavelo, ¿no hay la posibilidad de un No-Estado? ¿No es esa la pregunta?

DR. MANUEL DE LA MATA: ¿No es preferible la posición de la negación del Estado, puesto que tanto unos como otros, a través de la forma que usted ha señalado del respeto individual, a través de un Estado cualquiera que sea, no puede haber el respeto hacia el individuo, porque el derecho del individuo termina donde comienza el derecho del Estado?

**DR. SARDIÑA:** Bueno, yo tendría entonces que pensar en el Estado sublime o en el Estado-fuerza, y ya dije que no me gustaba ninguno de los dos. El Estado sublime no es para los hombres, a quienes respeto y doy figura; y el Estado-fuerza tampoco, porque precisamente estoy limitando la coerción. Luego no me puedo decidir por algo que ha sido el énfasis de toda mi conferencia, ni con los utopistas, ni con Maquiavelo; ni con el Estado-fuerza, ni con el Estado utópico, que no se ajusta a la condición humana tal como es.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Por eso yo me permití sugerir una tercera salida, que es sencillamente ésta: una sociedad de hombres libres, donde el Estado no sea un elemento coercitivo, sino que los hombres se agrupen para fines libremente.

**DR. SARDIÑA:** Naturalmente que estoy identificado con ese Estado.

**DR. MAÑACH:** Usted se ha declarado anarquista Dr. Sardiñas. Lo felicito, Dr. de la Mata.

**DR. SARDIÑA:** Bueno, quiero hacer una aclaración. Hablo del Estado que han de tener los hombres libres una vez educados para respetar la libertad y el orden sin la coerción.

**SR. MANUEL COLINOS:** ¿Usted, no cree que al atacarse a Maquiavelo, se ataca al hombre de la época en que él nació, de la época en que figuró él en el mundo? Hago esta pregunta, porque él escribió la obra "El Príncipe", basándose en los hombres de aquella época.

**DR. SARDIÑA:** En aquella época de de Maquiavelo, Savonarola creía en una conducta, y estemos o no de acuerdo con Savonarola, él se dió a esa conducta; y César Borgia creyó en una conducta; y Alejandro VII creyó en una conducta; y Cristóbal Colón lo creyó tanto, que se dió a descubrir un mundo hasta con presos si era necesario. Lo que criticamos de Maquiavelo fué la contradicción de su vida, no de sus doctrinas, esa irresolución, esa falta de fe en una conducta determinada. El podía defender su Estado o Fuerza, como lo defendía César Borgia; pero César Borgia jamás hablaba de la República, ni contemporizaba con Savonarola. Pero él sí.

**DR. BEGUEZ CESAR:** Dr. Sardinas, yo quisiera que usted me dijera, ¿qué fuentes de información ha tenido usted para su conferencia? Le hago esta pregunta, porque usted debe conocer la gran obra del Dr. Ferrara, que considera a Maquiavelo como el fundador de la ciencia política y, fundamentalmente, como el fundador de la doctrina social del Estado.

**DR. SARDIÑA:** Mi primera fuente de información, fueron las obras completas de Maquiavelo. La tesis de Ferrara no es muy de Ferrera. Ferrara se inspiró en Vilarí. Hay más de 15 ó 20 biógrafos de Maquiavelo, cada uno con una posición. Precisamente acabo de recibir de España un libro: "El Saber Político de Maquiavelo", que lo pinta como utopista, porque quería una humanidad y una ordenación de Estado-fuerza que

no se ha visto y que no se ha contemplado en el mundo. Luego, las fuentes de información son muy diversas, no tenemos tiempo para relacionarlas.

DR. PEDRO ABASCAL: Quería preguntar al Dr. Sardiña, en el terreno práctico, ¿quién cree que es el representante de la corriente maquiavélica del pensamiento político cubano?

DR. SARDIÑA: Yo creo que ninguno de nuestros políticos tiene la categoría de Maquiavelo, aunque algunos tengan la conciencia de Maquiavelo ...

DR. PEDRO ABASCAL: No me refiero a la categoría de profesor, sino de discípulo humilde.

DR. SARDIÑA: Ni de discípulo, Dr. Abascal, porque Maquiavelo, en su última carta, daba cuenta de los treinta ducados que recibió para ir a Roma. Es decir, murió pobre. Fué un hombre equivocado, pero que daba cuenta ... de sus últimos centavos. Y esas figuras, a quien alude el Dr. Abascal, no pueden dar cuenta de los ducados que reciben para sus misiones.

DR. PEDRO ABASCAL: Maquiavelo no hizo declaración de bienes.

SR. OTTO JANKEL: Dr. Sardiña: al oír hacer su crítica a los utopistas, quisiera que los justificara también, ya que los criticó, porque antes que ellos no había ninguna que hubiera tratado estos problemas sociales, y como es natural, el que los trata por primera vez siempre tiene que hacer una utopía. ¿No?

DR. SARDIÑA: Yo no los justifico, porque no me gustan los hombres cobardes ni débiles; el escritor que se escapa de una realidad, y la pinta sin trabajo alguno sobre una mesa.

DR. RAFAEL FERNANDEZ VILLAURRUTIA: Mi pregunta es sobre lo siguiente, sobre si no se está efectuando una especie de desdoblamiento de la personalidad de Maquiavelo. Tenemos el Maquiavelo histórico y el Maquiavelo que interpreta la posteridad a base de la reiterada aplicación de sus doctrinas en el tiempo. Yo quería preguntar al Dr. Sardiña, si él no cree que Maquiavelo en su época fué posiblemente un gran patriota, y la obra "El Príncipe", que es la que le ha dado tan mala fama, es una obra patriotiquísima —si se puede usar ese adjetivo tan malo—, porque él lo que hace es un llamamiento a la unidad italiana, desesperado de ver a su pueblo dividido, ante los Estados nacionales que se estaban consolidando en ese momento, que eran Francia y España. De manera que yo encuentro que en ese sentido, posiblemente, hay un desdoblamiento de la personalidad de Maquiavelo. Y eso es lo que yo quisiera que el Dr. Sardiña me dijera: si él está de acuerdo conmigo en ese punto de vista.

DR. SARDIÑA: Bueno, hay una carta al embajador florentino en Roma, de Maquiavelo donde empieza diciéndole que quiere más a su patria que a su alma; pero uno no puede estar muy de acuerdo con las

confesiones de Maquiavelo, que sabemos que las hace en un mismo día de distintas maneras. En cuanto a la unidad italiana, en esto sí podemos seguir a Ferrara, porque me parece lógico. Ferrara dice que nunca Maquiavelo pensó en la unidad italiana, entre otras cosas, porque odiaba extraordinariamente a Venecia y a Pisa.

**DR. RAFAEL FERNANDEZ VILLAURRUTIA:** Bueno, pero es que él pretendía ...

**DR. SARDIÑAS:** Es que no concibió el Estado italiano.

**DR. RAFAEL FERNANDEZ VILLAURRUTIA:** El pretendía posiblemente la unidad italiana, él propugnaba una utopía. Por ejemplo, con el llamamiento que hace al final de "El Príncipe", que es que el antiguo calor todavía no ha muerto en el corazón itálico (el verso creo que es de Petrarca).

**DR. SARDIÑA:** Hay que ponerse muy en guardia respecto de las frases aisladas de Maquiavelo. A Maquiavelo se le puede pintar con todas las figuras. El mismo se brindaba para eso.

**DR. RAFAEL FERNANDEZ VILLAURRUTIA:** Yo simplemente creo que Maquiavelo lo que ha hecho es prestar su nombre para una cosa muy deleznable, y que no debemos condenar a Maquiavelo a expensas de otras condenaciones que hay que hacer, que precisamente no son de Maquiavelo.

**DR. MAÑACH:** Bueno, pero en el fondo queda en pie su tesis de la amoralidad del Estado ¿no? La idea de que el Estado es pura fuerza, independiente de toda intención moral. Eso es lo que queda como saldo de la figura maquiavélica y creo que ahí se sintetizan la figura histórica y su interpretación. Pero, en fin, ya hemos hablado mucho de todo esto.

---

Dulce María Escalona

# El Amanecer de la Ciencia

CABE suponer que a muchos de mis oyentes les sorprenderá el título de esta lección: el amanecer de la ciencia. Recordarán que en una de las primeras disertaciones de este curso el Dr. Manuel Gran, con la autoridad y la elegancia que todos le reconocemos, habló de la "Ciencia en Grecia". Y se preguntarán asombrados: ¿cómo es posible que se pretenda ahora insinuar que las primeras claridades de la ciencia alumbran al mundo en la última etapa del Renacimiento? Para borrar todo vestigio de duda conviene empezar por aclarar a qué ciencia se hace referencia cuando se dice que ésta amanece en el clima de fermentación y de mudanza que fué el siglo dieciséis. Se trata de la ciencia de la naturaleza, tal como la entendemos hoy. La ciencia griega fué fundamentalmente la matemática; los tanteos vacilantes de la física en la antigüedad se interrumpen con la muerte de Arquímedes, antes de que esta ciencia pudiera encontrar su cauce definitivo. De ahí que su resurgimiento en el siglo dieciséis pueda tomarse como un auténtico amanecer. Su constitución definitiva demoraría aún otra centuria. Alguien ha dicho que la muerte en la hoguera, en 1600, de Giordano Bruno, mártir de la libertad de pensamiento, puede servir de punto de partida a la cronología científica moderna.

En la sesión del domingo pasado el Dr. Gran dió a conocer los aportes más sobresalientes de la nueva ciencia en el campo de la economía y de la mecánica, al trazar la trayectoria de su avance de "Copérnico a Galileo". Tócanos hoy ahondar en la interpretación de esta alborada, con la esperanza de encontrar

respuesta satisfactoria a esta pregunta: ¿Qué es lo que caracteriza la nueva ciencia? Conviene refrescar el recuerdo de las contribuciones más notables de Galileo al progreso de la astronomía y a la fundación de la mecánica; uso del telescopio, demostración de la teoría heliocéntrica, formulación del principio de inercia, descubrimiento de las leyes del péndulo y de la caída de los cuerpos. ¿Qué significa estos hallazgos desde el punto de vista de la caracterización de la nueva ciencia? Más que el saber adquirido, lo que importa ahora es descubrir las bases sobre las cuales se construyó este saber, los procedimientos metódicos aplicados a su búsqueda y a su comprobación.

En el siglo dieciséis cobra importancia inusitada la observación directa de los fenómenos. Es como si el hombre, cansado de la especulación abstracta y de la explotación del más allá, volviera de pronto los ojos hacia el mundo de los datos inmediatos. No se trata de la simple observación de los fenómenos producidos espontáneamente; ahora se provocan éstos en circunstancias propicias para que la observación alcance su máximo rendimiento. Estamos frente a uno, el más sobresaliente quizás, de los rasgos de la indagación científica moderna: el uso del método experimental. No quiere esto decir que la experimentación no se usara en la antigüedad; experimento fué el realizado por Eudoxio de Cnido cuando trató de explicar el movimiento aparente de los astros mediante rotaciones de esferas concéntricas. Experimentos hicieron también Arquitas y Arquímedes venciendo el menosprecio que inspiraba a los filósofos de su época el saber práctico; pero éstos son causales y esporádicos. Lo que distingue precisamente a la ciencia moderna es el uso continuado y metódico de la experimentación, y es Galileo el primero en aplicarla de modo efectivo.

Desde los albores del Renacimiento comienza a manifestarse el interés por la investigación experimental: en pleno siglo quince define Leonardo de Vinci la ciencia como experimentación; en el siglo dieciséis hace Francis Bacon, —Lord Primer Canciller de Inglaterra en la corte de Jacobo I—, la apología del método experimental aunque en realidad no lo aplicó nunca. Los trabajos experimentales de la época van marcando ya las ramificaciones posibles de la nueva ciencia: asombra la habilidad de William

Gilbert para concebir pruebas experimentales; su obra, "De Magnete", publicada en 1600, recoge los principios elementales del magnetismo descubiertos experimentalmente. Grandes elogios hizo Galileo de esta obra. La posibilidad de considerar la química como una ciencia de la naturaleza fué planteada a fines del siglo diecisiete por Boyle; no obstante, es Van Helmont el que puede considerarse como precursor de la química científica por su esfuerzo experimental. Si bien es verdad que no logró apartarse completamente de la alquimia, fué el primero en sospechar que los cuerpos que entran en la combinación química no desaparecen, y que es posible recobrarlos de nuevo.

La biología es la ciencia del siglo diecinueve, pero algunas de sus ramas empiezan a organizarse en esta época. Son famosas en este sentido las indagaciones de la Universidad de Padua. Los trabajos pacientes y cuidadosos de disección realizados por Andrés Vesalio, le permiten hacer una descripción exacta del cuerpo humano. Su obra "Fábrica del Cuerpo Humano", publicada en 1543, marca el inicio del estudio sistemático de la Anatomía. Famosos son también los trabajos de Leonardo, aunque, como se sabe, éstos fueron ignorados hasta que se publicaron sus apuntes por primera vez. En el campo de la fisiología también se hacen descubrimientos decisivos: en 1616, en el mismo año en que mueren Cervantes y Shakespeare, hace Harvey la demostración de la circulación de la sangre ante los miembros del Colegio Médico de Londres.

Fué Galileo uno de los primeros en averiguar, mediante el análisis de los hechos observados, las leyes que los rigen; realizó en el campo de la dinámica de los cuerpos terrestres una hazaña tan extraordinaria como la de su contemporáneo y admirador, Juan Kepler, en el dominio de la mecánica celeste. Ambos, al establecer las leyes de la caída de los cuerpos y del movimiento de los planetas, respectivamente, sentaron las bases para el trabajo de síntesis que había de realizar Newton al exponer su hipótesis de la gravitación universal. Los fundadores de la ciencia moderna no se contentan con la expresión de las relaciones que descubren en hechos aislados; tal vez por impaciencia, o a causa de su misma intrepidez, se sienten impulsados a darle a las rela-

ciones obtenidas una significación general. Las leyes establecidas por observación de un número reducido de casos particulares, y a veces de uno solo de ellos, habrían de ser valederas para todos los hechos del mismo orden. Al actuar de este modo crean el método inductivo y postulan, al mismo tiempo, el principio de inducción o sea que admiten como axiomática la validez de los razonamientos que van del individuo a la especie en su totalidad. Es éste otro de los rasgos característicos de la ciencia moderna. La experimentación y el método inductivo determinan su carácter empirista.

El primer teórico de la inducción y fundadort del empirismo inglés es Francis Bacon. En el Novum Organun hace la crítica de la lógica aristotélica y aboga por un nuevo fundamento metodológico para la ciencia que asegure el progreso ininterrumpido de un conocimiento a otro. Acentúa la importancia de la actitud subjetiva del observador y analiza los procedimientos inductivos. Su deficiencia procede de los puntos de vista escolásticos que mantiene aún, y de su desconocimiento del papel de la matemática. Es John Stuart Mill, en el siglo diecinueve, en el momento en que la ciencia empieza a rendir sus mejores frutos, el que desarrolla la teoría fundamental de la inducción.

La formulación de las leyes de la caída de los cuerpos acredita a Galileo como un hombre genial: concibe la posibilidad de destacar aquellos aspectos del movimiento que puedan medirse con el propósito de reducirlos a números para determinar entonces las relaciones de dependencia que existen entre ellos. Tiene el convencimiento de que sólo es efectivo el saber que puede expresarse cuantitativamente. Usa los recursos matemáticos que tiene a mano. Se comprende que fuera la dinámica la primera rama de la ciencia que hiciera progresos notables porque es la que requiere experimentos más sencillos y son éstos los más fáciles de interpretar con la matemática de la época. Los progresos ulteriores exigieron la creación del cálculo diferencial para poder expresar el cambio y la variación. Se crean así conceptos científicos diferentes de los vulgares y símbolos susceptibles de tratamiento exacto. A partir de este momento es permanente el uso de la matemática en la interpretación de la naturaleza; un ingre-

diente más que añadir a la caracterización de la ciencia moderna. La matemática es la clave maravillosa usada para descifrar la naturaleza, la que da al hombre capacidad para predecir y para prever el curso ulterior de los acontecimientos. "El saber, —se ha dicho—, tiene como objetivo prever y el prever es la condición para el actuar". Se cumple, pues, el anhelo de Bacon de dar al hombre poder sobre el mundo, expresado en su famosa máxima: "El saber es poder".

Las leyes físicas tomadas en su conjunto constituyen lo que se conoce con el nombre de "orden de la Naturaleza". El reconocimiento de un orden natural es típico de la concepción renacentista: para Giordano Bruno la naturaleza es un todo animado, que tiene sentido, en el que obran fuerzas psíquicas; Kepler admite como principio metafísico derivado de la belleza y perfección universales, la existencia de un orden regido por relaciones numéricas. "Donde hay materia, —dice—, hay geometría". Galileo también sostiene que "el orden natural se revela en términos matemáticos".

Desde los últimos tiempos del escolasticismo y en los albores del humanismo empieza a establecerse la independencia entre el saber de revelación y el saber científico. Ahora se crea una nueva dualidad: la distinción entre el saber sensible y el saber de razón. Galileo es uno de los primeros en deslindar la participación de los sentidos y del intelecto en el conocimiento del mundo externo. La distinción entre lo que advierten los sentidos y lo que aprehende la razón crea el concepto de naturaleza que la ciencia toma por base. Surge la convicción de que el mundo real posee una estructura coincidente con el intelecto. Es este esquema de un mundo regido por relaciones matemáticas el que adoptan los racionalistas. Queda esbozada ahora la otra orientación de la ciencia moderna: la matemático-racionalista. Descartes, fundador del racionalismo, llega por este camino a una concepción mecanicista de la realidad reduciendo todo fenómeno a datos materiales y movimiento.

El análisis de los fundamentos de la ciencia moderna que acabamos de hacer pone de relieve los supuestos básicos implícitos en su estructura lógica; aceptación del principio de induc-

ción, existencia de un esquema ordenado de la naturaleza y posibilidad de reducir la realidad a configuraciones materiales susceptibles de expresión cuantitativa.

¿Cuáles son los antecedentes inmediatos de la renovación científica que hemos centrado en el siglo dieciséis, en torno a Galileo por ser su máximo impulsor? La preparación de la mente europea para la gran aventura duró más de dos centurias. Ya en el siglo trece, uno de los escolásticos más notables, Roger Bacon, profesor de la Universidad de Oxford sostiene que la matemática es el alfabeto de la filosofía y que todas las ciencias se basan en ella, llegando en su entusiasmo a afirmar que la matemática es esencial a la Teología. Al conocimiento se llega, —de acuerdo con su opinión—, por dos métodos diferentes: el de la argumentación y el de la experiencia. "La argumentación no satisface ni da certidumbre a la mente que sólo se convence por la inspección inmediata o intuición. Es ésta la que da experiencia". En el siglo quince Jean Buridan, rector de la Universidad de París, se interesa también en la física y señala la necesidad de cierto ímpetu para provocar el movimiento, anticipándose así a Galileo en el descubrimiento del principio de inercia. En el mismo siglo Nicolás de Cusa, humanista alemán, pone en duda que la Tierra fuera el centro del Universo, coincidiendo en esto con su contemporáneo Nicolás Copérnico, fundador de la teoría heliocéntrica.

Los factores determinantes del auge científico son los mismos que dan lugar a las otras corrientes renacentistas: desarrollo de la riqueza, aumento del ocio, multiplicación de las universidades, descubrimiento de la imprenta, influencia de los sabios bizantinos refugiados en Italia.

Whitehead hace un análisis curioso e interesante de los antecedentes más remotos del pensamiento científico moderno, remontándolos a la alta Edad Media. Sostiene que es la influencia de las leyes de Justiniano y de toda la organización social del medioevo la que determina que la creencia en un orden natural se haga fe viva. Liga el interés por la observación de los hechos naturales al influjo de las congregaciones benedictinas, cuyo contacto con los hechos de la naturaleza se manifiesta primero en

el arte; a través de este Arte llega a los hombres del Renacimiento.

El progreso uniforme y continuado del a astronomía y de la mecánica aviva la fe en el método científico, su aplicación se extiende a las otras ramas de la ciencia de la naturaleza y a nuevos dominios del saber, incluyendo las ciencias humanas. ¿Cómo influye el avance de la ciencia en la visión que del mundo habría de crearse el hombre moderno? Dejo la interrogación abierta a la curiosidad de mis oyentes. Apenas me queda tiempo para una última observación que juzgo de máximo interés.

Con la teoría electromagnética de Maxwell se inaugura, en la segunda mitad del siglo diecinueve, la llamada física moderna, expresión que convierte en antigua la física a que hemos venido refiriéndonos, sin que ello implique el abandono, por inútiles, de las nociones y teorías de la física clásica. La oportunidad es propicia para aclarar que la teoría de la relatividad no invalida el uso de la mecánica newtoniana; y además, que la relatividad no pasa de ser una hipótesis con estructura lógica perfecta. La novísima ciencia pone en tela de juicio las interpretaciones mecanicistas de los fenómenos. Con el progreso de la rama atómica se debilita la explicación causal y se introduce la interpretación estadística de los resultados. Esta novísima actitud científica hace cada día más evidente que el esquema científico del universo deja resquicios intocados abiertos a la preocupación metafísica y al misticismo.

En las postrimerías del siglo diecinueve cobra aliento la especulación filosófica para brotar, en el veinte, en una eclosión de teorías basadas todas ellas en la crítica de los enfoques filosóficos presupuestos y derivados de la ciencia. Con la divulgación de estas teorías se crea la duda y el desconcierto en el público profano que empieza a desconfiar del valor de la ciencia para la vida humana. La repetición de expresiones como ésta de Whitehead: "La visión científica del mundo es increíble", aisladas de sus contextos originarios, se convierten en falacias. Si peligrosa es la actitud del cientificismo ingenuo que supone que en el dominio de la ciencia no existen problemas dudosos, inciertos, ni inso-

lubles, más peligrosa todavía es la especulación sobre la problemática de la ciencia sin una verdadera base científica.

## DISCUSION

**DR. SARDIÑA:** Creo que hay un gran deseo de preguntar. Yo cedo mi puesto y felicito a la Dra. Escalona.

**UN OYENTE:** Doctora, usted hace una breve mención de la biología en el siglo XIX, y yo me voy a amparar en eso para hacer una pregunta que quizás esté un poco separada del tema, pero que juzgo muy importante. El filósofo alemán, Roberto Von Hartman, autor de "Filosofía de lo Inconsciente", afirma que la última realidad o la realidad última es lo inconsciente. Ahora bien, yo quisiera saber, ¿qué base científica, biológica, tuvo él para hacer esa afirmación?

**DRA. ESCALONA:** La pregunta es una pregunta de filosofía, es un problema de ontología, y yo no me creo obligada a dar Cátedra de Filosofía aquí.

**DR. MAÑACH:** Habrá oportunidades en conferencias venideras de hacer esa pregunta, pues nos sacaría demasiado del cauce de nuestra audición.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** El otro día, en la conferencia del Dr. Gran, se hizo una pregunta que, frente a la insistencia del preguntón —ahora me toca a mí dar el apelativo a otra persona—, quedó, por falta de tiempo, sin una contestación definitiva, a mi entender, y quería haberla justificado y ampliado más. Ahora la pregunta es ésta: ¿entre la ciencia y la teología hay una relación inversa; es decir, que al avanzar la ciencia puede decirse que va batiéndose en retirada el contenido religioso?

**DRA. ESCALONA:** Bueno, yo creo que el gran conflicto que confronta la ciencia en este momento es precisamente que se interrumpe la 'tradición espiritual de la Humanidad con el progreso de la ciencia, y se interrumpe por dos cuestiones. Hay un momento en que se prescinde bastante de la filosofía, porque el método experimental y el método inductivo de la ciencia —voy a llegar a la teología— están en contradicción con la síntesis filosófica; e igual pasa con la Teología. Hay una serie de verdades mantenidas por la Teología que entran en franca contradicción con la ciencia. Fíjense en la misma teoría de Copérnico. ¿Por qué llevan al tribunal de la inquisición a Galileo?, precisamente porque está en desacuerdo con las Escrituras. De modo que hay una gran parte de cuestiones teológicas que están en franca contradicción con la ciencia.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** El otro día, en una de las preguntas que yo hice, incluí algo relativo a que la Iglesia no había retirado aún del Indice la obra de Copérnico, en la cual señalaba su sistema heliocéntrico frente al geocéntrico mantenido anteriormente.

**DRA. ESCALONA:** Mis noticias son que en el año 1825, o por ahí, lo retiraron del Indice.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Bien. A propósito de esto, yo quería hacer una advertencia, y es ésta. Si la Iglesia es capaz de incluir una obra en el Indice; prohiibendo su lectura y considerándola como herética, y después la misma Iglesia es capaz de encontrar que se ha equivocado y retirarla del Indice, esto prueba sencillamente que todas las demás obras incluídas por la Iglesia en el Indice pudieran, en un momento posterior, retirarse, lo cual habla muy mal de la infalibilidad del Papa y de otras cuestiones... Y yo me pregunto también, ¿con qué derecho la Iglesia prohibe la difusión de ciertas obras de grandes pensadores, sencillamente porque no están de acuerdo con sus creencias? Me parece un abuso y una intolerancia incalificable en una época en que se habla mucho de libertad y cuando la Iglesia inclusive dice adoptar una posición de defensa de la democracia, que está en contraposición radical con la posición mantenida anteriormente en toda la historia de la Iglesia.

**DRA. ESCALONA:** No voy yo a defender la Iglesia ahora, pero eso de rectificar opiniones es una cosa que en el mismo dominio de la ciencia se presenta. ¡Cuántas veces la ciencia ha sostenido una teoría y ha tenido que rectificarla después! Yo creo que donde está lo grave de la Iglesia es en la influencia política que quiere ejercer sobre el mundo.

**SR. FAUSTINO PEREZ:** ¿Cree la Dra. Escalona que sigue teniendo vigencia la afirmación de Galileo sobre que sólo los conocimientos que pueden expresarse cuantitativamente son eficaces?

**DRA. ESCALONA:** De ninguna manera. Precisamente, una de las razones de la crisis actual de la ciencia se deriva de haberse extendido la ciencia más allá de sus posibilidades, al llevarla al dominio de las ciencias humanas. Hay algo dentro del dominio de las ciencias humanas que no se puede reducir a números. Por eso yo he dicho que en la concepción del mundo de la ciencia, queda un resquicio que, inevitablemente, está abierto a la metafísica; y sobre todo, que la ciencia moderna es el que no se lo ha abierto, porque en el avance de la ciencia, en la segunda mitad del siglo XIX, los hombres de ciencia se han convencido de que hay muchas cosas que ellos no conocen todavía y que quizás no podrán llegar a conocer nunca.

**SR. MANUEL LIMA:** Yo quisiera insistir en la pregunta que hizo el Dr. de la Mata de que Galileo había sido condenado porque se había expresado sobre la Escritura. La Iglesia condenó a Galileo, y condenó sus obras, porque había tomado como base científica las revelaciones de la Biblia. Ahora, lo que usted dijo muy bien y que respondió a pesar de las invectivas que ese señor dirige continuamente contra la Iglesia, fué lo siguiente: que la Iglesia puede equivocarse en las cosas humanas cuando juzga las obras científicas. Eso es lo que defendemos nosotros, los que creemos en el magisterio de la Iglesia. Pero en cuestiones de fe,

cuando habla de teología, es cuando consideramos que no puede equivocarse. Pero un tribunal humano puede condenar cualquier obra científica y después, aunque esté condenada en el Indice, ya que el Indice está integrado por hombres, los cuales pueden equivocarse al juzgarla, pueden muy bien volverla a echar atrás y volver nosotros a creer eso.

**DRA. ESCALONA:** Yo no estoy de acuerdo con el joven. Yo creo que la Inquisición es una página muy negra para la Iglesia, y todo lo que yo he podido investigar, desde el punto de vista de la historia de la ciencia, demuestra que el no aceptar la teoría de Copérnico fué porque estaba en contra de lo que mantenían las Escrituras. Con esto yo no estoy condenando a la Iglesia. Sencillamente estoy relatando lo que la Historia recoge. En el Renacimiento, fueron al Indice muchísimas obras, porque contradecían las afirmaciones que hacía la Iglesia. En todo el proceso del juicio contra Galileo, se ponen de manifiesto una serie de hechos que son muy desagradables, como es la insistencia de los jesuítas, que habían tenido sus discusiones personales con él, en estar en desacuerdo con las obras de Galileo. Esa es una página negra y hay que aceptarla históricamente como es. Esa es la opinión que yo tengo del problema.

**DR. MAÑACH:** Aquellos oyentes, sobre todo oyentes del Interior, que cuando tratábamos de asuntos de la Edad Media me escribieron reprochándome lo que ellos consideban una excesiva inclinación clerical por parte de la Universidad del Aire, se estarán convenciendo ahora de que simplemnte estamos entonando, por así decir, con lo que resultaba ser el acento histórico propio de la época. Una nueva época reclama comentarios de una orientación, de un sesgo completamente distinto, y la Universidad del Aire, como se ve, les da una acogida ampliamente libertal.

---

XXVI

## Eduardo Ortega y Gasset

# La Formación de las Naciones Modernas

HE sido invitado, con insistencia que agradezco, por el Dr. Jorge Mañach, ilustre rector de esta Universidad del Aire, para intervenir en la actual sesión. Con la dispersión de mis actividades a que me obliga un duro trabajo que me aleja de mis más fervorosas aficiones, sólo el deseo de obedecer a Mañach y de no negar esfuerzo alguno, por modesto que sea, a este noble intento de divulgación, me ha hecho aceptar. Pero deseo hacer constar que, ni he solicitado el hacerlo, ya que huyo de todo alarde profesoral, ni el tema ha sido elegido por mí. Me es grato, sin embargo, y voy a procurar acometerlo: **Formación de las Naciones Modernas.** Es tan amplio, que sólo podremos aspirar a una visión sintética y a ofrecer orientaciones y cauces para los curiosos que deseen recorrer, con seria atención, el magno sector de investigaciones históricas, filológicas, arquelógicas, antropológicas, políticas, sociales, estéticas, religiosas y económicas (por no enumerar sino los más esenciales aspectos) de la compleja génesis de una nación.

Fáciles son las abstracciones y generalizaciones arbitrarias, pero ellas nos expulsarían del sendero científico, en ésta, que quisiera fuese rápida lección y, sobre todo, estímulo para más completos estudios. En realidad, cada pueblo ha tenido su génesis formativa y demanda un especial análisis. Mas la historia presenta hechos de coincidencia y de reiteración. Examinándolos y tratan-

do de inquirir sus causas profundas, lograremos un trazo somero de la evolución que, partiendo de los "gemos" helénicos, ha llegado a ser la nación moderna. Nos apoyaremos en las analogías que destaca el análisis comparado de las sociedades humanas, algunas de las cuales, tienen el máximo valor experimental del aislamiento de los grupos que las produyeron (el Japón, civilización incaica). No es paradoja ni descarrío el que, para poder explicar nuestra fórmula moderna de nación, hayamos de partir, aunque con rápida insinuación, de las formas asociativas arcaicas. Sin examinar la raíz, no conoceremos los frutos. Aludamos, pues, a las primeras articulaciones y tegumentos que han ido agrupando las células sociales en creciente ascenso. Estos procesos son múltiples en la historia humana, pero hemos de tomar como tipo, para seguir esa trayectoria, a las tribus helénicas con las que nuestra evolución está directamente enlazada. Habremos de seguir los hechos y no las teorías. Nos sorprenderá ver que las palabras arcaicas son las mismas que designan nuestras más modernas instituciones y comprobaremos cuán viejo es lo que llamamos moderno. Lo realmente moderno es nuestro mirar, nuestra conciencia compleja y diversa, al manejar los viejos instrumentos de nuestra ascendente civilización. El primer intento de comprensión, con mirada contemporánea lo constituye la obra, maestra por su belleza, más que por su exactitud, de Fustel de Coulanges, "La Cité Antique". Fustel, creó una doctrina muy lógica, demasiado lógica, muy sencilla, pero también demasiado simple para abarcar los hechos un tanto deformados para servirla; mas, para ello, abandona lo esencial en la exactitud científica, los zigzagueos de la realidad. Sitúa a la familia y a sus dioses hogareños como eje de una serie de círculos concéntricos y, a medida que pasa, de la familia a la "patrai" o patria, a la fratria, al demos y a la ciudad (estación de llegada de su doctrina), transporta, a cada uno de esos círculos, las creencias y las costumbres del grupo primario, inconsiderando las nuevas aleaciones que ciertamente en muchos casos la sustituyen. Mas, luego, de esta mención que es antecedente necesario, seguiremos a un gran investigador de nuestra época: Gustavo Glotz, en su prodigioso libro "La Cité Grecque". Los primeros aqueos que llegan a Grecia que son,

más tarde, los jonios y eolios, eran pastores nómadas que aún no constituían forma alguna de Estado. Su clan se llamaba, precisamente "patria" y también "genos", grupo en el que los miembros descendían del mismo ancestro y adoraban al mismo dios. La asociación de estos clanes, más o menos numerosa, integraba fraternidades o fratrias, primordialmente, alianzas guerreras. En las expediciones, se unían estas tribus o "filai" bajo un mismo grito de combate, llevando al frente a su rey, "basileus", que significa, precisamente, el que va delante. Estas alianzas eran cambiantes. El núcleo persistente era la "genos". Reunía, al decir de Homero, "a los que habían bebido la misma leche, respirado el mismo humo del hogar y comido el mismo pan". Todos eran hermanos ligados por una solidaridad absoluto "filotés" y nacía del conjunto, una conciencia del deber, de los unos para los otros, que era el "aidos". La ley no tenía valor más que dentro de ese círculo. Por ello había de bastarse a sí mismo materialmente, logrando la suficiencia de la autarquía. La tierra era de la tribu, inalienable e indivisible, y, la propiedad, pasaba, de todos los muertos, a todos los vivos. Su jefe, tiene una autoridad más sagrada que política, característica de los grupos matriarcales que, acaso, por ello han sido el nido de nuestra actual concepción libre de la vida. Esa justicia familiar es la "themis", su desacato acarrea la más terrible de las penas: la "atimia" o exclusión de todo derecho y expulsión del grupo. Tal es la célula inicial y elemental de nuestras sociedades. Estas "genos" o patrias estaban en lucha, casi perpetua, con las demás. La sangre vertida, provocaba represalias sin fin. Y entonces comienza la obra de los juristas antiguos, los themistes, cuya progresiva labor de engranaje termina en la fundación de la ciudad. Estos procuran conciertos para atenuar la represalia, lo que da nacimiento a un derecho más amplio que el de la "themis" que es la "diké" interfamiliar. Así, las reglas que beneficiaron sólo a un grupo primario se ampliaban progresivamente. Muchas eran las normas de compensación. La más corriente era la "poiné" o precio de sangre que aún da nombre a nuestro derecho penal. De estas alianzas, cuando se estabilizan, surge el "demos", esto es, el pueblo que implicaba el conjunto de todos los "genos" agrupados bajo el mismo pacto y ya

con una conciencia colectiva que los griegos llamaron "demou fatis" o "femis", lo que expresa una iniciática opinión pública que provocaba una presión, la "némesis", capaz de prevenir el crimen o de hacerlo expiar. Por de pronto, el "demos" es un aglomerado humano independientemente de la comarca en que habita. Pronto el sedentarismo equiparará ambos conceptos, esa fijación al suelo, creará el milagro de la polis: la ciudad. Fué, al principio, un lugar alto y murado al que se unía una parte baja y llanera abierta, llamada "asty", especie de barrios extramuros. Por eso, la primera se llamó acrópolis, ciudad elevada que guarda los templos, el palacio del rey y los tesoros. El nombre flúido de polis, incluye a las barriadas rurales que vivían bajo su sombra. Ya en este cerco, disminuye el influjo directo de las reglas religiosas y familiares con las que, Fustel de Coulanges, trató de explicarlo todo. La polis no ha podido llegar a ser una organización política sino a expensas de la parcial y gradual supresión del predominio de las familias, las fratrias y las tribus. La ciudad, da al "demos" la unidad y la fijeza que le faltaban, pero sólo paso a paso se obtiene la realidad homogénea de la ciudad. Al principio es el continente de una serie de sociedades gentilicias y, el rey, o jefe del Estado-Ciudad que se inicia entonces sólo logra el acatamiento a través de la conformidad de los jefes de tribu y éstos, a su vez, de los jefes de familia. Las sociedades humanas logran el primer alto instrumento de civilidad con la polis y con el Estado que la rige el concepto de ciudad, llega a ser tan inveterado que, Aristóteles lo considera como elemento natural del hombre, algo así como la colmena respecto de la abeja.

Este ámbito de la ciudad sólo se va a rebasar, no a romper, para crear el cíngulo más amplio de la nación. Pero antes de señalar sucintamente ese proceso, vamos a hacer una evocación de las tres fundamentales corrientes que han connfluído e influído, más o menos directamente, tanto en las naciones europeas como en sus estados modernos. Ya hemos aludido a la helénica de la que tenemos raíz directa.

Además las grandes civilizaciones orientales, asiáticas y eslavas con su concepto autoritario del poder; la semítica, en parte truncada como influjo estatal y que, en el mundo árabe, se levan-

ta de la atomización nómada, al conjuro político-religioso de Mahoma. La investigación de estos potentes canales de la cultura es muy necesaria, para recomponer la falsa historia en que el fanatismo, ha hecho amputaciones que la desvían. Precisamente una de mis mas hondas preocupaciones es la de abogar por una completa integración de la historia que obliga a esenciales revisiones. Hoy, examinado en masa ese gigante volumen histórico, podemos ver hasta qué punto es antigua nuestra lucha actual. Las civilizaciones mediterráneas, griega y latino-ibéricas se incuban en tribus matriarcales y ganaderas; en las asiáticas e indo-germánicas predominan las tribus patriarcales bajo el poder sin límites del jefe militar. Unas y otras, teniendo por trasfondo los despotismos orientales, pondrán a Xerxes frente a Pausanias y Temistocles, de la misma manera que enfrentaron a Alemania y hoy a Stalin con las democracias de Occidente. La visión arcaica nos da luz sobre los conflictos modernos en la milenaria discordia entre Oriente y Occidente.

La Historia cumple con su misión de facilitar la comprensión de los hechos que nos rodean, como enigmas fatales. En la ciudad nace el Estado ciudadano, concepción las más amplia del mundo antiguo que sólo, en la lenta fermentación de la Edad Media, con sus luchas de un poder que aspira a ser nacional, el del rey, con el de los señores feudales que, en un ya remoto devenir, trascienden al antiguo sistema local, llegará a labrar a la nación moderna con su Estado nacional. Los helenos tuvieron conciencia de ser una nación reconociendo, prácticamente, con solidaridad que los agrupaba frente al persa, sus afinidades, costumbres, idioma y cultura. No obstante, sus estados-ciudad luchaban continuamente entre sí. Lograron una forma de superestado interciudadano: el anfictionado, lejana prefiguración de las Naciones Unidas actuales. También las olimpiadas que reunían a toda la hélade en una era de paz.

El Imperio Romano es el de una ciudad. Los habitantes del Lacio eran en ella tan extranjeros como los iberos o galos. La meta era alcanzar el "cives romanum" que, poco a poco, creaba una consciencia, no tan definida como la nuestra, de lo que hoy llamamos ámbito nacional. Mas el derecho de Roma, con la

actitud científica de Grecia, —según nos dice Dilthey—, alberga "una pepita de valor universal en cáscaras históricas particulares". A partir de la profunda romanización del mundo, se inicia el proceso de ampliación lento, secular, de la ciudad en una concatenación semejante a las de los gemos o las fratrias. La pepita de valor universal va creando sus cáscaras particularistas que afloran en naciones. Las gentes comienzan a hablar el latín a su manera y oímos ya el balbuceo de las lenguas romances. Las antiguas semillas están en maceración durante la Edad Media. A la contextura tribal de la ciudad primitiva sucede la gremial, y los siervos y los señores feudales, a los genos y fratrias, mientras los reyes representan una aspiración a la unidad. En el Renacimiento brotan las viejas semillas que incubó, más que guardó, la ceniza medieval. Sus flores y sus frutos los percibe ya una conciencia moderna. Y los paladines, de ojos llenos de luz, son los Lorenzo Valla, Erasmo, Vives, Maquiavelo, Montaigne, Justo Lipsio, Giordano Bruno, Miguel Servet, Suárez, Fernando de Aragón, Vitoria, Lorenzo de Médicis; el gran Leonardo, sublime alianza de la ciencia ya con su linterna experimental, la estética y la moral.

Los jefes, generalmente tiranos, en las repúblicas italianas y los reyes de Castilla, señalan la culminación de las primeras naciones modernas. Tienen un gesto seductor y equívoco porque aún bajo fórmulas religiosas sonríe el epicureísmo y el ateísmo renacentista. Fernando de Aragón y César Borgia son los creadores del principio de la razón de Estado que no obstante, aunque de manera menos consciente, ejercitaron siempre los emperadores romanos. La obra de Maquiavelo es el retrato de la nueva moral de Estado, de Fernando y de César.

Se han roto ya los muros del acrópolis inicial y se han trocado en fronteras. El Estado puede emigrar de ciudad en ciudad y donde resida estará la capital de las demás ciudades. Surge la consciencia de esta nueva y extensa soberanía. Con análoga mentalidad a la de las tribus, lucha con las naciones vecinas y, la hegemonía nacionalista, hace nacer el imperio que, bajo la forma nefanda del dominio y de la fuerza, no deja de contribuir a la nueva ampliación de nuestros tiempos de sentido universal. El "demos" ha crecido de tamaño y entre pugnas que aún no han

terminado, plasma el sistema representativo (que tuvo inicios medioevales en Aragón y en Inglaterra) se produce el demos-kratos, el gobierno del pueblo. La concepción mecánica impulsa al elemento cardinal de la nación moderna: las masas, esas "más que muchas muchedumbres" de que hablaba don Miguel de Unamuno y que están haciendo ásperos esfuerzos por educarse y aprender a gobernar. Si la razón de Estado, ha erigido principios eminentes y exentos de moral en la defensa del poder, no es menos cierto que ha provocado, por reacción defensiva, el surgimiento de la razón revolucionaria, de la justificación de la rebeldía y aún de la violencia para rechazar lo injusto y romper las barreras que pudieran detener los procesos ascendentes. Sólo por esos principios de la razón de Estado que sacrifican víctimas humanas como ante un dios antiguo, se ha armado el pueblo con ese principio liberador. Si es, históricamente exacto, que en España, en la cabeza de un aragonés y en Roma en la de un valenciano, nació la fría y despiadada doctrina, fueron también españoles y eclesiásticos, el Padre Mariana y el Padre Suárez, ambos jesuítas, los que consagraron el derecho de rebelión y legitimaron el tiranicidio, desnudando al tirano de la diabólica armadura que con el hierro de Fernando y de Borgia cinceló Maquiavelo.

Así, en la ciudad moderna se crea una mecánica de opuestas fuerzas que tienden al equilibrio cuando, una y otra, no rebasan el cerco debido de la moderación. Y al choque de éstas, en un agudo desequilibrio, necesario para romper el viejo régimen, ardió la Revolución Francesa, de eco universal y creadora de los derechos, muchos de los cuales aún son aspiraciones, de la nación contemporánea. Por singulares factores, unas minorías retardatarias, paradójicamente protegidas por fuerzas externas, se aferran a un pasado que, por serlo, es estéril estancamiento y son, como dijo Joaquín Costa, "comida de muertos bajo un régimen de necrocracia". ¿Qué se dibuja como aurora? La evolución avanza incontenible, trazando espirales ascendentes, cada vez más amplias, en gigante tolvanera que a cada girar arrastra nuevos elementos. Las naciones han luchado, luchan aún como las tribus antiguas antes de que los themistes forjasen la diké.

Las armas son modernas, pero la mentalidad no es distinta. Ya se percibe la nueva y poderosa articulación de las naciones en un derecho universal más que internacional. Coincide con el minuto trascendente en que la ciencia empieza a penetrar en los secretos de la materia que atisbaron intelectualmente Demócrito y Heraclio. El proceso que comienza, de una nueva mecánica y, en consecuencia, de una nueva economía, será lento, multisecular, pero, inequívocamente, conduce a la unidad orgánica social de la tierra. Nosotros debemos ser modestos y no alardear demasiadamente de modernos. Somos hombres primitivos. La humanidad propiamente tal, sólo cuenta 130,000 años, sobre un planeta en el que, el Prof. Langevin, calculando el enfriamiento solar, augura 10,000 billones de años de existencia. Nos ha sido dado, sin embargo, el divisar la tierra de promisión.

## DISCUSION

DR. MAÑACH: Antes de comenzar nuestra discusión de hoy, quisiera hacer una brevísima referencia a una carta, no tan breve, que acabo de recibir y que me fué entregada a mi llegada esta tarde aquí, del Dr. José López y G. de Villalta, abogado. Juzgando por la lectura somerísima que he podido hacer de ella, puedo apreciar que se trata de una carta polémica, motivada por algunas de las manifestaciones que se hicieron la otra tarde aquí, en relación con asuntos históricos que rozan la Iglesia Católica. El Dr. López y G. de Villalta me pide que le dé lectura. La carta tiene nueve páginas de extensión, que es casi tanto como una conferencia de la Universidad del Aire. Me temo mucho que no se le va a poder complacer. Sin embargo, he de leer la carta con el mayor detenimiento y me referiré a ella en la conferencia venidera. Adelanto, desde luego, lo siguiente: Cuando en la Universidad del Aire se estaban discutiendo cuestiones de la cultura medieval, se entendió como dije la vez pasada, que caía mucho del lado de la Iglesia. Ahora que estamos discutiendo cuestiones renacentistas, se estima, por lo visto, que caemos mucho del lado de la anti-Iglesia. Esto no hace más que acreditar el equilibrio de la Universidad del Aire, que recoge los ecos de la Historia tales como ella los percibe. Sin embargo, repito, que me informaré mejor de la carta del Dr. López de Villalta y a ella me referiré en la próxima audición. Y ahora, preguntas al Dr. Ortega y Gasset. Nos queda poco tiempo.

DR. FRANCISCO PARES: Don Eduardo, a tenor de lo que usted ha dicho en su conferencia, ¿podría decirse que por nación se entiende

la integración de los órdenes sociales, bajo un concepto religioso, cultural, y sobre todo bajo un sentimiento colectivo de patria, de voluntad de destino?

**DR. ORTEGA Y GASSET:** Evidentemente, el Dr. Parés describe los elementos fundamentales de una nación. Son muy complejos los elementos, entiendo yo, que integran y forman la plenitud del concepto de nación. Una afinidad de cultura, no siempre de lengua, aunque naturalmente es uno de los aglutinantes mayores, tampoco de sentido religioso, porque pueden ser distintas las religiones dentro de una nación. Pero, en fin, evidentemente, el sentido nacional une a los hombres dentro de un común sentimiento de solidaridad, de los más varios aspectos y en los que ninguno acaso sea excluyente.

**DR. FRANCISCO PARES:** Muchas gracias. Una segunda pregunta, con la venia del rector. ¿Usted cree que la actual situación española puede ser calificada como una regresión del concepto de nación moderna, o bien como una anticipación?

**DR. ORTEGA Y GASSET:** Yo entiendo que es como una incomprensión de lo que es España; porque España —lo ha dicho un distinguido profesor cubano, el Dr. Massip— es un pequeño continente, en el cual hay diversas nacionalidades. Todas las nacionalidades pueden estar agrupadas bajo un Estado, otras lo están bajo dos Estados. La unidad que se pretende actualmente, es una incomprensión de la mayor riqueza espiritual de la península ibérica, que es su variedad de acepciones nacionales que, entregándoles el respeto de esa personalidad, producirían una unidad confederal. Esto es mi punto de vista. Se inició ese error en los primeros tiempos en que se empezaron a excluir elementos de riquísimo valor espiritual, moral y cultural. Hay que hacer una integración de la cultura que, por motivos fanáticos, ha sufrido amputaciones terribles en nuestro país, y ha impedido que se vea en el mundo cómo precisamente el trasfondo y el antecedente del Renacimiento se produce en la cuna maravillosa de la Córdoba musulmana. Aquella incomprensión empieza cuando uno de los que pasan por ser los más eminentes gobernantes españoles, el Cardenal Jiménez de Cisneros, comete el error radical de quemar en la Plaza de ...... más de un millón de volúmenes en que estaba toda la cultura árabe, persa y oriental, algunos que tenían hasta un valor de joyas, porque estaban encuadernados en filigranas de oro; esta hoguera terrible produce la ruptura entre las dos culturas. Este es mi punto de vista sobre el que podría decirse mucho, pero no tengo derecho a ocupar más tiempo.

**DR. MAÑACH:** El timbrazo leve ha sido un puro accidente, don Eduardo. Le estábamos oyendo a usted todos con un gran encanto. De manera que, no se dé por aludido; absolutamente, fué un movimiento torpe.

**DR. ORTEGA Y GASSET:** Soy muy sensible a los timbres.

**DR. MAÑACH:** ¿A los nobiliarios también, don Eduardo?

DR. ORTEGA Y GASSET: No, a esos no.

DR. MAÑACH: ¿Qué vigencia tiene actualmente, doctor, —empatando con lo que usted decía— la tesis de su ilustre hermano, de la España invertebrada?

DR. ORTEGA Y GASSET: Ese es otro aspecto distinto de esta corriente histórica que ha tratado de aliar elementos complejos y que ha encontrado en su camino la incomprensión de que hablaba. Esta invertebración ya no es un problema español genuinamente, entiendo yo. La confesión de mi hermano al hablar de España invertebrada, se refiere a este fenómeno que estamos sufriendo en todas partes, a estos compartimentos estancos, que así él los llama, que separan a las diferentes clases de una sociedad, que se sienten insolidarias con la vecina. Y resulta que todo el mundo, dentro de su círculo, crea lo que antiguamente hacían esas tribus en que el derecho era sólo para ellas. Eso vuelve a renacer en el egoísmo de las clases, de cada sector social compartimento estanco, también, en que se separan invertebradamente del resto de la nación.

DR. BEGUEZ CESAR: Don Eduardo, de acuerdo con su criterio de ir a lo arcaíco, ¿cuál sería su juicio sobre la nueva formación de las naciones? ¿Debe hacerse con vistas a la unidad histórica o con vista a los planes geográficos? La guerra pasada, usted sabe que se tomó como punto no realmente petitorio el histórico, sino el geográfico. Quiero saber en este caso, pues, su opinión sobre ese punto. ¿Puede volverse a lo arcaíco o vamos otra vez, pues, a incurrir en el mismo fenómeno del año 14?

DR. ORTEGA Y GASSET: Yo creo que los ríos no pueden volver hacia atrás y que se caminará siempre, como he dicho aquí, en una serie de espirales y de círculos concéntricos cada vez más altos. Aparentemente, lo arcaíco es igual a lo actual; sin embargo es completamente distinto. Nosotros tenemos ante la vista la misma tierra que tuvieron nuestros antepasados primitivos, pero la vemos de otra manera. Lo nuevo es nuestra conciencia. Y naturalmente eso arcaíco ya no puede volver más que en las fórmulas externas, estructurales, que ni aún lo son del todo, porque recogen enormes, gigantescas masas, que no estaban en la primitiva célula. De manera que yo creo que no se volverá hacia atrás, sino que se irá hacia adelante en progresiones amplísimas y que la tribu primitiva se convertirá en la unidad del planeta, en la unidad jónica dentro de millares de años quizás, porque no hablamos en un tiempo que podrá tardar más o menos, quizás la evolución rapidísima que puedan permitir los descubrimientos de la mecánica moderna consientan un progreso más rápido. Efectivamente, el progreso va en progresión geométrica por este motivo. Las primitivas tribus tardaron millares y millares de años en salir de la civilización paleolítica, la neolítica, etc., las diferentes fases porque va pasando la humanidad. En cambio, cuando se llega al progreso, ya es una corriente rapidísima y creo que ésta será mucho mayor.

**SR. RAUL CHACON:** Doctor, de acuerdo con el análisis histórico que ha hecho usted, ¿cuál de los dos Estados confirma la Historia que han de quedar en el mundo: el comunista o el capitalista?

**DR. ORTEGA Y GASSET:** Yo creo que la Historia no puede todavía hablar sobre eso. Yo no soy profeta, y por lo tanto más bien pediría que no se me obligase a dar una respuesta que parecería ya de parcialidad en cuanto a las opiniones de partido. Yo he venido aquí como un hombre que quiere exponer serenamente, fríamente, y no elegantemente, porque no alcanza a tanto mi arte, una investigación científica completamente apartada de todo lo pasional. Por lo tanto, esa pregunta yo hoy no la podría contestar, porque aún no está en un área de ciencia histórica, sino en un área política actual.

**DR. CORSANEGO:** Dr. Ortega, a propósito de la formación de las naciones modernas, ¿es posible señalar hoy, en el mundo interno o en el pensamiento, hacia algún objeto digno de confianza con el cual puede el hombre establecer una relación de seguridad absoluta para el futuro?

**DR. ORTEGA Y GASSET:** Yo creo que sí; pero, si lo que se me pregunta es que esta confianza se deposite en un nombre determinado, yo no podría decir que sí. Mi confianza está en la seguridad de este progreso ascendente, de esta evolución incontenible de la Humanidad, que por encima de los defectos y los errores y las corrupciones que nos rodean y que nos descarrían, ya hacia adelante inequívocamente y por encima de todas las pequeñas hojarascas, a las que damos más importancia de la que, en un orden trascendente, se les debe dar.

---

Gerardo Portela

# La Burguesía y los Banqueros en el Renacimiento

CUMPLIENDO el honroso encargo que me ha conferido la Universidad del Aire, entregaré a vuestra meditación, este tema "La Burguesía y los banqueros en el Renacimiento".

Su simple enunciación plantea una doble categoría de cuestiones conceptuales: una histórica y otra económica. La primera incluye éstas:

1.—¿La llamada Edad Media es realmente una etapa histórica delimitable en el tiempo?; 2.—¿Qué se entiende por Renacimiento?; ¿cuáles son sus límites económicos?; y la segunda, éstas: 1.—¿Hay identidad entre la concepción moderna del capitalismo y su contenido medioeval?; y 2.—¿Con qué sentido se ha usado la palabra Burguesía en la expresión del tema?

Urgido por límites infranqueables de espacio y tiempo, he aquí mis respectivos puntos de vista: el devenir histórico es un proceso de vida humana, de perenne y siempre renovada transformación expresiva de la constante mutación que es la vida individual y social, y fundamento de la ley universal de evolución del crecimiento y decadencia de los hombres y de los pueblos. Hundiendo sus raíces cada época en las anteriores, la historia sólo es susceptible de divisiones convencionales al sólo efecto de su mejor estudio.

Siguiendo la orientación de Lucas, por Renacimiento entendemos "La actividad cultural de la sociedad europea y sus transformaciones sociales, económicas y políticas en los siglos XV y XVI".

La concepción actual del capitalismo como un explotador asentado sobre la base de la propiedad individual y de su empleo por empresas privadas mediante el pago de salarios y utilizando el crédito, no se identifica con la realidad del medioevo al que sólo es análogo en cuanto al ánimo y obtención de lucro.

El sentido que corresponde a la palabra Burguesía empleada en el tema, no es el etimológico: conjunto de habitantes de los Burgos, pequeños centros de población o pequeños barrios, ni el que los socialistas le dan hoy (clase exclusiva poseedora de los instrumentos de producción), sino otro más lato: "conjunto de hombres de buena posición económica y poseedores de cierta cultura", cuyo número ha sido calculado en "diez mil".

2.—Como sólo disponemos de unos minutos para hablarles de mutaciones históricas ocurridas durante seis siglos (del XI al XVI) las estudiaré divididas: primero, sus antecedentes más remotos (siglos XI y XII); después, sus antecedentes inmediatos (siglos XIII y XIV) y luego en la realidad de los siglos XV y XVI.

3.—En la baja Edad Media la sociedad estaba dividida en clases: clero, nobleza y vasallos; artesanos libres de las ciudades y siervos, unidos a la tierra y siempre dependientes de ésta; agricultores que trabajaban con rudimentarios implementos, bajo la protección del señor y para su servicio. Los artesanos libres trabajaban también para la nobleza y el clero en talleres semi familiares con sencillos instrumentos propios, a la vera de los castillos, donde practicaban un comercio local y muy reducido. Existían pocas ciudades, y como escaseaban los metales nobles, materia prima de la moneda, la contratación era directa y los medios de vida muy rudimentarios; las comunicaciones difíciles y la población sólo se movía por motivos bélicos. Apenas había higiene y el hambre y las pestes terribles, prolongadas y frecuentes eran azotes. La cultura no salió de los eclesiásticos y, sólo los árabes introdujeron en España artículos nuevos, desarrollaron una agricultura propia y enseñaron a trabajar la porcelana, la madera y sobre todo, el cuero y los tejidos.

4.—Ya en los siglos XI y XII se inicia un marcado capitalismo comercial; con él se forma la burguesía y se desarrollan las actividades monetarias y crediticias por los precursores de los ban-

queros renacentistas: judíos, cahorsinos y lombardos quienes desde el Norte de Italia, París y Londres empezaron a practicar préstamos pignoraticios.

Florece también entonces la dinastía de los capetos en Francia y la de los Hohenstaufen (sacro imperio romano germánico) en el centro de Europa; normandos y sajones pugnan en Inglaterra, y en Italia progresaron pueblos que compartieron con los árabes el comercio marítimo.

Barbarroja, segundo Hohenstaufen fracasó en Italia, pero triunfó sobre los bandidos de los burgos y liberó así las vías del comercio terrestre.

La raíz del capitalismo comercial en Europa, está, a mi juicio en el siglo XII y ubicada: en el mediodía como resultado del comercio marítimo y en el centro y norte, como resultado del comercio terrestre y del tránsito, bien visible, de la economía de trueque a la monetaria y crediticia, pues fueron los capitalistas de esta época quienes financiaron la emigración de los primeros cruzados y los sobrevivieron. Fueron ellos quienes se aprovecharon de sus efectos económicos: el aumento de la demanda de artículos orientales de lujo y de dinero para comprarlos, y el creciente empobrecimiento de una nobleza arruinada por su romántico empeño. Así, las ciudades del norte de Italia adquirieron la hegemonía del comercio marítimo europeo, con Venecia como centro por sus tratados con los musulmanes; y en el Norte los lombardos y cahorsinos encontraban en los reyes de Inglaterra nuevos clientes.

Guillermo Cade y Sophir financiaron a los de Inglaterra; los Crespin operaban en los Países Bajos, y en Francia, éstos y los Louchart dominaron el famoso mercado monetario de Arrsá.

5.—Los siglos XIII y XIV constituyen el crisol magnífico en que se funden todos los progresos de la cultura occidental. Se crearon entonces todos los elementos aglutinantes y productores del capitalismo renacentista caracterizado por la concentración de bienes y de dinero en manos de la clase burguesa integrada primero por mercaderes inversionistas y ampliada después con los banqueros de los siglos XV y XVI.

La economía medioeval se transformó sistemáticamente en medio de guerras continuas entre ejércitos de nobles y soldados mercenarios para satisfacer las ambiciones de poder y de conquista de los reyes, de la nobleza y de la Iglesia; al influjo de las inversiones de los burgueses que se multiplican y prosperan en las ciudades. En ellas, la burguesía pasa al plano de clase dominante y asegura, para su provecho, las comunicaciones marítimas y terrestres. Desde fines del siglo XII el comercio y el derecho mercantil, alcanzan extraordinario desarrollo, y con éste se consolidan y extienden las inversiones y el crédito, no obstante las prohibiciones de la Iglesia.

La ciudad se forma por la convivencia de siervos y refugiados que esperaban obtener su libertad por el transcurso del tiempo; con bandoleros asilados en ella para escapar a la justicia de los señores; con artesanos, antiguos siervos liberados, y por la alta clase burguesa formada por los paisanos libres cuyo capital les permitía comerciar más allá de sus muros. En ellas, los siervos refugiados ahorraban los frutos de su trabajo libre y de su pequeño comercio local para invertirlos luego en comprar a los señores sus libertades económicas y personales, y los burgueses invertían los beneficios de su comercio en comprar a la nobleza privilegios y monopolios que en la venta de unos y otros encontraba una fuente de ingresos. Y luego, cuando las ciudades desarrolaron su personalidad y fueron gobernadas por la burguesía, también ellos compraron a los señores privilegios, libertad e independencia, y desarrollando una muy vasta actividad individual y social, lucharon contra la Iglesia que veía en su prosperidad, peligro serio, fin de sus privilegios seculares, merma de sus ingresos, y burla de sus prohibiciones.

En su seno todos los trabajadores manuales e intelectuales estaban asociados; los primeros en gremios, maestrías y corporaciones; y los profesores y estudiantes en guildas. La manufactura se realizaba en condiciones de muy bajos salarios y de constante terror a los severos e injustos castigos; y la explotación se practicaba ilimitadamente, aun entre los mismos productores.

El comercio marítimo se desarrolló a través de dos grandes centros: al mediodía de Europa, Génova, Pisa, Florencia, Milán

y Venecia las ciudades italianas; y al norte, los alemanes Lubeca, Brema, Hamburgo y de Flandes, Cante, Iprés, y sobre todas, Brujas. Los primeros comerciantes, inter-urbanos e internacionales y los navegantes, no procedían del pequeño comercio local de los artesanos libres, sino de la masa de paisanos libres, de bandoleros asilados y de siervos refugiados, todos aventureros dispuestos a correr todos los riesgos y a violar todas las prohibiciones legales para obtener un lucro como resultado de sus préstamos a los señores, quienes lo invertían en pagar mercenarios en cruentas guerras de conquistas; en venderles lujosas mercancías orientales, y en el suministro a las industrias incipientes de materias primas, y de dinero a todos para comprarlas. Fortalecida así su economía con el dinero de los acaudalados burgueses las ciudades italianas pugnaron entre sí por la hegemonía del comercio de Oriente, principalmente mercancías de lujo que penetraban en la Europa central por la vía terrestre a través de Florencia junto con los productos industriales de ésta; y por la marítima, salían del Mediterráneo y con escalas en los puertos franceses y españoles, se ofrecían en las ciudades del norte, muy especialmente a las inglesas, alemanas y flamencas y abastecían los mercados más distantes hasta venderseen las ferias de Rusia y Escandinavia con pingües beneficios que, ellos mismos volvían a invertir en similares negocios comerciales y financieron para obtener nuevas y más fáciles ganancias.

Toda esta actividad hizo progresar extraordinariamente las instituciones e instrumentos de crédito y el derecho mercantil marítimo, porque las ciudades mantenían en los mercados distantes, agencias, factores y Consulados permanentes. Esta es la época en que se organizaron las primeras compañías mercantiles, pero para cada negocio; es la época del préstamo a la gruesa y de los segundos marítimos. En ella aumenta el uso de las letras de cambio para evitar el transporte de dinero y las inversiones en préstamos con garantía pignoraticia, hipotecaria o fiscal (cobranza temporal de impuestos) y en la compra de privilegios o monopolios, comerciales o de transporte.

Las grandes ciudades flamencas monopolizaron el comercio, y las muy numerosas de la Liga Hanseatica dominaron las vías del

Báltico y del mar del Norte y sirvieron de almacén de las mercancías que procedentes del mediodía, estaban destinadas a ser vendidas en el norte y centro europeos. Los 72 artículos de las leyes de Wisbuy rigieron el comercio del norte; los 55 de las leyes de Oleron el de Occidente, y el Consulado del Mar tuvo vigencia en el Mediodía.

Por eso podemos decir que los primeros banqueros fueron burgueses surgidos de todo este auge del comercio y de la circulación de dinero. Los primeros trabajaron aislados, no tenían agentes, ni sucursales, ni relaciones con los cambistas de las ferias, ni pagaban por cuenta ajena, pero luego, a todo esto se extendió su actividad.

En Italia algunos prosperaron y se hicieron de perdurable fama. En Viena, Salumbieni, Buognaroni y Guillarni; en Florencia los Frescobaldi, Picci, Peruzzi, Bardi y otros. Los banqueros de esta época, fueron quienes finaciaron a los Papas y a los señores que teniendo urgente necesidad de dinero para pagar mercenarios o para las cruzadas, no podían esperar el cobro de las contribuciones a sus vasallos. Por esto Guillermo Servat, de Cahors, hizo préstamos al rey de Inglaterra con la garantía de los ingresos de la Aduana londinense y del privilegio de acuñar monedas; los Bardi y Peruzzi prestaron a Eduardo III; los Panciatighi al sultán Soliman; Felipe el Hermoso, el monedero falso, entregó la Hacien Pública a los Francesi de Florencia; y los Adorni, Fregosi y Doria a Génovas, fueron prestamistas de Génova. Durante gran parte del siglo XIV se detiene el desarrollo de la economía burguesa comercial, monetaria y crediticia, porque las guerras, las pestes y el hombre asolaron y empobrecieron a la población, pero ya en las postrimerías de este siglo, se reorganizó el régimen corporativo en beneficio de la burguesía, aumentó el número de burgueses con hombres nuevos y más emprendedores; su comercio elevó la demanda de artículos industriales y por ello, en las ciudades se multiplicaron los talleres en que se producían artículos destinados al comercio extraurbano, y ya, en los siglos XV y XVI la burguesía y los banqueros, en auge constante, integran un poder económico sui géneris que compite con el de la no-

bleza y el clero, cuyos mienbros, en gran parte, al pasar a la condición de deudores suyos, les quedan económicamente subordinados.

6.—En el siglo XV se transforma el comercio: su centro se desplaza del mediodía al norte de Europa, de las ciudades del Norte de Italia a las de Flandes y se extiende a las Indias Orientales por las nuevas vías abiertas por Vasco de Gama y Alburqueque; y a uno nuevo y portentoso, el americano, por el nuevo camino que Colón descubrió. Las ciudades alcanzaron entonces, aún mayor prosperidad por el desarrollo de la industria de productos destinados al comercio extraurbano controlado por los mercaderes proveedores de materias primas y por los patronos de los artesanos libres que los fabricaban, pero no ya para venderlos, como suyos, sino bajo salario, cuya garantía y demás condiciones de trabajo, estaban sujetos a una reglamentación injustísima y aseguradora a los burgueses de mayores ganancias.

7.—En este siglo XV el aumento del poder económico y social de la burguesía, produce este doble efecto en lo económico: la transformación de la concepción escolástica, especialmente en cuanto al comercio (libertad), los monopolios, el justo precio, el justo salario y la usura y, a impulsos de su filantropía, más o menos sincera y espontánea: el meceanato creador del Renacimiento artístico y literario, único visible para los investigadores superficiales. Así, surgen, en Florencia los Médicis, verdaderos tiranos servidores de la cultura universal, y las cabezas de cuya estirpe son la de Cósimo, el antiguo, y la de Lorenzo, el magnífico. Se fundan los primeros bancos y entre ellos la casa genovesa de San Jorge, acreedora de la ciudad; se difunde el sistema contable de dos partidas, y desde fines de este siglo y en el XVI, los banqueros alemanes con los Fucar a la cabeza sustituyen a los italianos en la hegemonía económica, teniendo a Augsburgo y Nuremberg como centros económicos dominadores de las vías del comercio terrestre. Kleberger en Lyon, cuna de la imprenta, controla la vía del comercio español y financia las ambiciones de Francisco I; otros se establecen en Amberes para ganar más con la naciente prosperidad de esa hermosa ciudad. En Italia descollaron Chigi Siena y Altoviti en Roma. En Florencia, los Médicis, Salviati, Pazzi y Strozi.

Sin embargo, de todos los banqueros del Renacimiento, ninguno alcanzó la riqueza y el poder de la casa de los Fucar, rival en Augsburgo de los Hochstaeter, quien fué también prestamista de reyes, creador del primer Banco de depósitos de escandoloso fracaso, y de los Welser de Nurenberg quienes persiguiendo ganancias en ultramar, obtuvieron privilegios comerciales en Venezuela y en Santo Domingo.

Los Fucar procedentes de una familia de tejedores dominaron el mundo económico del siglo XVI cuyo control político tuvieron Maximiliano I y Carlos V de Habsburgo de quienes por haber sido leales servidores merecieron siempre su protección. Andrés, el rico, fué el más poderoso: un hijo ennoblecido fundó la rama del corzo de oro, y otro, la de la flor de lis. Todos tuvieron factores y sucursales en el extranjero, y Ulrico, fué uno de los grandes mecenas alemanas. Carlos V hizo a uno de ellos su consejero aúlico y el Papa, hizo a otro conde palatino. Al dinero de estos banqueros Carlos V debió su corona porque con él pudo sobornar a los grandes electores; y luego pagó tan importante servicio con muy productivos privilegios comerciales y mineros; pero no tuvieron la misma suerte con Felipe II. Y no olvidemos que Ango, armador de Dieppe, retó al Rey de Portugal.

Aunque el siglo XI puede considerarse como la fuente del capitalismo, del pequeño capitalismo moderno surgido a impulsos del comercio marítimo, en él también se inician los esfuerzos de los hombres por obtener, unos libertades y otros privilegios; y sólo en el siglo XVI es que la fuerza del capital se engrandece, cuando el oro y la plata americanos, materia prima del dinero conocido se vierte en Europa y produce una verdadera revolución en el nivel de precios y en el crédito fomentadores de las industrias y del comercio a tal grado que formaron el más nutritivo caldo de cultivo para la burguesía y los banqueros de la modernidad.

## DISCUSION

DR. MAÑACH: Para información de los oyentes distantes, diré que estos truenos que se oyeron durante la última parte de la conferencia del Dr. Portela, no respondían al estado del tiempo en La Habana, sino sim-

plemente a un ligero roce del papel con el micrófono. Y ahora, preguntas del público.

**SR. MANUEL LIMA:** Siento que hoy nuestro asiduo polemista, el Dr. de la Mata, no se encuentre aquí; yo quisiera hacerle una aclaración. Siempre se habla de la influencia de la Iglesia y la oposición de la Iglesia. Yo creo que debe aclararse, decirse "el clero". El clero no es nada más que una parte de la Iglesia, los hombres que integran la Iglesia, no sus doctrinas. Cuando se habla de la Iglesia, se engloba a todos. Si el clero se opuso al progreso, y muchas veces protegió los crímenes, y hubo Papas que eran individuos verdaderamente degenerados, merecen toda la crítica y todo el desprecio de cualquier individuo que se tenga como un hombre moral y que quiera verdaderamente el mejoramiento, pero eso no tiene nada que ver con la Iglesia. Con esto, perdóneme esta pequeña digresión, pero quería pedirle al Dr. Portela, que precisara si el concepto de capitalismo que se tiene hoy en día es precisamente el de los banqueros de antaño.

**DR. PORTELA:** El capitalismo, a través de la Historia, ha revestido distintas modalidades. Comenzó siendo agrario. En la época a que se ha referido mi disertación, fué sustancialmente comercial. Los aspectos actuales del capitalismo no responden a ese contenido. La fuente del capitalismo actual es la gran industria, la gran producción, capaz de utilizar instrumentos colosales de producción: la máquina, para producir en cantidades y a ciegas, es decir, sin saber cuándo va a vender esos productos y en qué país o en qué lugar los va a vender. Creo que con esta distinción queda contestada la pregunta.

**DR. MAÑACH:** ¿Se da por satisfecho el interrogador? La pregunta es central, de manera que por eso si quiere insistir en ella.

**SR. MANUEL LIMA:** Bueno, yo creo que el doctor me aclaró bien un asunto, pero yo lo que quería preguntar es si también hoy día el individuo que domina la producción de acero y la industria bélica de un país, pudiera retar hasta al propio Presidente de la República y declarar una guerra a ese país mediante su . . .

**DR. MAÑACH:** En otras palabras, si la concentración de capital tiene poder político hoy día, no?

**SR. MANUEL LIMA:** Si tuviera poder político como lo tuvo en aquella época.

**DR. PORTELA:** No hay duda ninguna, es un hecho conocido, no susceptible de negación ni siquiera de discusión, la influencia política de la concentración de grandes capitales; hasta dónde puede o debe llegar esa influencia política es la magna cuestión. No hay duda que algunas compañías, o grupos de compañías, o combinaciones de capitales, han llegado a reunir capitales de tal naturaleza que son muy superiores en varias veces a los presupuestos de muchas naciones. A su influencia o a su intervención política se le atribuyen muchos acontecimientos de orden

político que son ya históricos y, desde luego, eso no excluye la posibilidad de que ejerzan influencias políticas de nuevo. En relación con las guerras pasadas, se ha atribuído a algunos grandes capitalistas, por su afán desmesurado e inmoral de ganancias, el haber unas veces provocado las guerras cuando son productores de armamentos o de artículos esenciales para la guerra, o de haber impedido su cese, o sea la celebración de la paz, si son controladores de industrias que medran y viven de los efectos de la guerra.

**SR. OTTO JAHKEL:** Quisiera que usted me dijera: la Iglesia como organismo, ¿qué apoyo le ha brindado al capitalismo? En la actualidad y antiguamente; porque yo creo que es uno de los puntales más fuertes que tiene el capitalismo, la dominación religiosa de las masas.

**DR. MAÑACH:** La pregunta está al margen de la conferencia del Dr. Portela; si él tiene el gusto en contestarla, muy bien; yo no tengo objeción; pero no está necesariamente obligado a hacerlo.

**DR. PORTELA:** Yo con mucho gusto. He visto que aquí las preguntas no se sujetan al contenido de la conferencia, sino que son libres; pero, siguiendo el sistema que tengo, de no ocultar nunca mi pensamiento personal, tengo mucho gusto en expresarlo... En cuanto a la distinción que se hace entre la Iglesia y el clero, pienso que es algo semejante a la que puede hacerse entre el Estado y el Gobierno. El Gobierno representa al Estado; de modo que cuando el Gobierno actúa, actúa a nombre del Estado. Ahora bien, en lo que respecta a las relaciones entre la Iglesia y la concentración de capitales o capitalismos, sí debo observar que por lo menos durante toda la época que ha sido objeto de mi investigación, todas las disposiciones de la Iglesia eran contrarias al capitalismo, porque eran contrarias al lucro indebido.

**SR. OTTO JAHKEL:** En teorías, ¿no?

**DR. PORTELA:** Distinguían entre los préstamos de consumo, que eran los más frecuentes en la época, y los préstamos de producción. Desde luego, eso no excluye el hecho real de que en la primera época antes de surgir el capitalismo, los conventos, los centros religiosos, fuesen los prestamistas, y que después, a impulsos de las ideas de Santo Tomás, modificaran su criterio.

---

XXVII

Alfonso Rodríguez Hidalgo

# Martín Lutero y la Lucha de la Reforma

EL asunto que nos corresponde discutir esta tarde tiene por título Martín Lutero y la Lucha de la Reforma. Tal vez convendría ordenar este estudio del modo siguiente: 1º La Epoca. 2º El Hombre. 3º Su obra.

**La Epoca.** Alguien ha dicho que a los hombres, como a las estatuas, para poder apreciarlos debidamente, hay que verlos sobre su propio pedestal. Vamos, pues, a considerar en forma muy breve el escenario europeo a fines del siglo XV y principio del XVI para adquirir así la perspectiva histórica necesaria que nos permita conocer adecuadamente la importancia y significación de Martín Lutero.

Como ustedes saben, Lutero nació el 10 de noviembre de 1483 En ese tiempo Colón luchaba por conseguir los recursos económicos suficientes para efectuar la travesía del Atlántico, que habría de resultar en el descubrimiento del Nuevo Mundo. La Reforma Religiosa ocurre, pues, en la ocasión precisa en que el Cristianismo comienza a propagarse por estas tierras americanas. Este hecho algunos podrían calificarlo como una mera coincidencia histórica; invito a ustedes ahora, sin embargo, a considerarlo como un acto de providencia Divina, que forma parte de los designios eternos de Dios.

Durante el período de sesenta y tres años (1483-1546), comprendido entre el nacimiento y la muerte de Martín Lutero, se

producen en el mundo cambios y transformaciones muy significativos. Mientras que Colón, Magallanes y Vasco de Gama ensanchaban los horizontes geográficos del mundo, estimulando así los apetitos coloniales, Copérnico produjo la gran revolución científica del siglo, dándonos a conocer que vivíamos en un universo heliocéntrico. La economía dineraria se impone por doquier y el capitalismo empieza a tomar incremento. El individualismo se afana por arraigarse, los gremios medievales se echan a un lado para dar paso al sistema de libre contratación, iniciativa privada y libertad de trabajo. La nobleza territorial que desempeñaba función tan predominante durante el medioevo es superada por la burguesía, que con la fuerza motriz del dinero, tiende a hacerse cada vez más poderosa. Comienza la era de las centralizaciones nacionales y en Francia, España e Inglaterra, las tres grandes potencias de la Europa Occidental de entonces, el Nacionalismo tiende a consolidarse. Mientras tanto, la decadencia del Imperio Germánico se hace más evidente a cada día.

Paralelamente, ocurre también la Revolución Humanista que precipita la caída de la filosofía y la teología escolástica. El movimiento humanista refleja cabalmente la gran inquietud espiritual de la época. Como ejemplo de lo que acabamos de afirmar, diremos que Erasmo, humanista prestigioso y excelso, se propuso destruir con sus escritos muchas de las supersticiones populares y algunos de los males que afligían a la Iglesia en aquellos días. Dos males, a juicio de Erasmo' debían cortarse de raíz para que la Iglesia pudiera tener paz' a saber: el odio que inspiraba la Corte de Roma por causa de su avaricia y el yugo que la jerarquía eclesiástica ponía sobre la cerviz del pueblo para mantenerlo en perpetua servidumbre. Además, Erasmo realiza una obra constructiva de solidez y valor extraordinarios. "Para limpiar el manantial de la fe cristiana", publica en 1516 en Basilea, el "Nuevo Testamento" en Griego con la traducción Latina y también las Paráfrasis del Nuevo Testamento, que no son en esencia otra cosa sino las mismas sátiras contenidas en el **Elogio de la Locura** y en el **Enquiridión**, puestas en lenguaje serio y mesurado.

El hecho de que un hombre como Erasmo, delicado y enfermizo, a quien irritaba el más mínimo ruido, la más pequeña

disputa o la más leve contradicción, se decidiera a combatir los males de la Iglesia de entonces es tal vez la mejor prueba de que una reforma de la Iglesia Medieval era en verdad una necesidad imperiosa en aquellos tiempos.

**El Hombre.** A Martín Lutero se le ha mirado casi siempre a través del prisma de la pasión. Es por eso que él tiene hoy muchos detractores para quienes es algo así como una especie de Lucifer, como un engendro diabólico cuya misión no fué otra sino la de perturbar, destruír y sembrar por doquier el mal, la desventura y el error. Por otra parte, numerosos admiradores tiene hoy Lutero que le consideran poco menos que un ángel que descendió del cielo con el propósito de establecer entre los hombres un nuevo paraíso terrenal. Lutero, bien lo saben ustedes, no fué ni ángel ni diablo. Nadie necesita, pues, persignarse temerosamente por el mero hecho de haber oído mencionar su nombre. Tampoco es necesario deshumanizarlo tributándole alabanzas excesivas. Martín Lutero fué sencillamente un hombre; pero un hombre que supo interpretar fielmente las ansias espirituales de su pueblo y su época; y que, por la gracia de Dios, se convirtió en heraldo de una nueva era en la historia de la Iglesia Cristiana.

La conciencia profética que hace de Lutero un fiel intérprete de los problemas morales y espirituales de su tiempo, y de todos los tiempos, se formó en él de manera gradual y hasta involuntariamente. No olviden ustedes que Lutero nació en un humilde hogar de montañeses en Turingia, y que mediante el estudio fervoroso y constante adquiere una cultura extraordinaria. Por convicciones espirituales profundas ingresa en el Convento de Agustinos de Erfut. "Yo fuí un monje piadoso", —afirmará Lutero más tarde—, "y observé la regla tan severamente que puedo decir que si alguna vez un monje ha llegado al cielo por su calidad de monje, yo muy bien habría llegado allá; todos mis compañeros de claustro que me han conocido pueden atestiguarlo. Si tal cosa hubiese durado más tiempo, me habría matado a fuerza de vigilias, de oraciones, de lecturas, y de otros trabajos". Pero, afortunadamente, fué entonces cuando aquel monje agustino empieza el gran peregrinaje espiritual que lo transforma en profeta del Altísimo.

La primera jornada de este peregrinaje tiene lugar cuando Lutero comprende que por medio de las prácticas piadosas a que se sometía en aquel convento, estaba tratando de hacer por sí mismo lo que ya Jesucristo había hecho por él en el Calvario. Leyendo el primer capítulo de la Epístola a los Romanos, las palabras del versículo diez y siete. "El justo vivirá por la fe", adquieren para Lutero un nuevo sentido. "Inmediatamente me sentí renacer", dice él, "me pareció haber entrado por las puertas ampliamente abiertas del mismo Paraíso. Desde entonces la Escritura tomó toda entera un aspecto nuevo ante mis ojos". Este descubrimiento, esta intuición suya de la justificación por la fe es el hecho más significativo en la vida de este hombre de Dios. Aquel monje que por muchos años había vivido atormentado bajo el peso de su pecado, adquiere ahora la seguridad de su salvación personal. Experimenta entonces, por vez primera, el gozo de sentirse perdonado por Dios, y, como gratitud a El por el don inefable de su gracia en Cristo Jesús, consagra su vida entera como ofrenda viva al Señor y a su Iglesia.

En ese peregrinaje de fe descubre Lutero que su vida se amplía y adquiere nuevos impulsos. Es que ya la pasión santa del apostolado comienza a inflamar el corazón del monje agustino que ahora redobla sus entusiasmos y multiplica sus actividades. Desde su cátedra en la Universidad de Wittenberg y en el púlpito y por los conventos explica Lutero, con gran elocuencia y entusiasmo, el nuevo sentido de su fe y la realidad de que somos salvos únicamente por la gracia de Dios en Jesucristo.

Me parece que vale la pena que hagamos aquí una pausa para decir que todo esto ocurre en 1513, esto es, cuatro años antes de que Lutero clavara en la puerta de la Iglesia de Wittenberg sus famosas noventa y cinco Tesis contra las Indulgencias. Durante los cuatro años que median entre lo que se ha llamado la conversión de Lutero y su primer gesto de rebeldía contra la jerarquía romana, su popularidad como predicador sagrado y su reputación como profesor de Teología, llegan a ser grandes. Además, a Martín Lutero se le tiene entonces en muy alta estima como monje piadoso y culto, y se le admira por la pureza de su vida y la sincerida de su fe.

Es bueno también que enfaticemos ahora el hecho de que no es posible entender a Lutero sino en términos de su fe genuina y profunda en el Cristo vivo y todopoderoso. De otra manera no podríamos explicarnos la razón por la cual este humilde monje llegará más tarde a desafiar valientemente todos los poderes de su siglo, desde los Príncipes y Electores alemanes hasta el mismo Emperador Carlos V, desde los Obispos y Cardenales hasta el propio Papa de Roma, y que al mismo tiempo se enfrente con sabios, guerreros, humanistas del calibre de Erasmo y hasta con las fuerzas ciegas y las pasiones desorbitadas de todo un pueblo enardecido hasta el frenesí por demagogos irresponsables. Eso pudo hacerlo Lutero únicamente por la confianza y la seguridad y el valor que Dios imparte siempre a sus escogidos. Si no conociéramos de esa fe de Lutero, expresada de un modo claro y elocuente en su hermoso himno **Castillo Fuerte, es Nuestro Dios,** caeríamos en el error de considerar como simples manifestaciones de orgullo, soberbia, altanería y obstinación todos los actos heroicos que marcarán en lo sucesivo etapas gloriosas del peregrinaje espiritual de este hombre de Dios.

**Su Obra.** Muchos afirman hoy, con José Martí, que "todo hombre libre debía colgar en sus muros, como el de un redentor, el retrato de Lutero". En efecto, aun aquellos que no estarían dispuestos a compartir la posición luterana en asuntos tales como la justificación por la fe, proclaman a Lutero, sin embargo, campeón de la responsabilidad individual y de la libertad de pensamiento y de conciencia.

Ustedes saben bien que no es fácil enumerar siquiera el alcance y contenido de la obra de Martín Lutero. Su personalidad es tan robusta y presenta Lutero facetas tan múltiples y variadas como escritor, músico, poeta, lingüista, educador, teólogo y predicador sagrado que, en el catálogo del Museo Británico de 1894 se dedican 208 páginas, cada una con un promedio de treinta y cinco títulos diferentes, para registrar los libros de Lutero o los que sobre Lutero y su obra se habían escrito hasta esa fecha. Si, como afirman muchos, desde 1894 hasta hoy han aparecido, por lo menos, un número igual de libros que aquellos cuyos títulos se conservan en el referido catálogo, veremos que es labor

casi imposible el tratar de resumir brevemente la obra de este hombre extraordinario, sobre el cual ya se han escrito más de diez millares de libros. Intentaremos ahora, por lo tanto, referirnos exclusivamente a la obra básica y esencial llevada a cabo por Lutero como reformador de la Iglesia Medieval.

La primera afirmación que deseamos hacer al respecto es que esta reforma de la Iglesia no es algo que Lutero realiza premeditamente o como siguiendo un plan elaborado con precisión técnica y objetivos definidos. La cuestión de la **venta de las indulgencias** es, por así decirlo, el impulso inicial de esta reforma. Ustedes saben que, en teoría al menos, las indulgencias son como sustitutos de las obras ceremoniales que se exigen como penalidad temporal por los pecados ya confesados y absueltos. Sin embargo, en la práctica, resulta que los que compran esas indulgencias consideraban que al hacerlo lo que adquirían no era otra cosa sino el perdón de sus pecados. Lutero protestó contra ese sistema por juzgarlo de efectos perniciosos en la vida moral y espiritual de su pueblo. Claro está que, al combatir Lutero la venta de las indulgencias, dió una estocada a fondo al corazón mismo de todo el sistema penitencial de la Iglesia, hiriendo también en el mismo lance todo el sistema eclesiástico medieval ya que, —de rechazo—, niega en sus tesis que el Papa o la jerarquía tengan autoridad alguna sobre el destino final del alma humana. Para Lutero, ya lo sabemos bien, la fe en Jesucristo es lo único que libra al hombre del pecado y le asegura su salvación eterna. Esta convicción suya, adquirida mediante aquella experiencia espiritual transformadora a la cual ya nos hemos referido, la mantiene dos años más tarde en su famoso debate de Leipzig con el teólogo Juan Eck. Fué entonces cuando Lutero afirma categóricamente que ni el Papa ni los concilios eclesiásticos son infalibles.

Un año después, o sea, en 1520 publica Lutero tres tratados: **Manifiesto a la Nobleza Cristiana de Alemania, Preludio del Cautiverio Babilónico de la Iglesia y La Libertad Cristiana,** en los cuales expone algunas de las implicaciones éticas y sociales de la doctrina de la justificación por la fe, tales como:

1º **La santidad de la vida común,** con el postulado de que no hay diferencia esencial entre lo sagrado y lo secular. La vida

es una y toda ella es sagrada. No debe haber, pues, divorcio entre la fe y la conducta del creyente, ni entre la religión y la moral. La religión no es cosa del domingo y de las horas en que uno debe estar en el templo, sino que es una actitud espiritual de carácter permanente que afecta la vida entera del individuo y ejerce su influencia bienhechora en el hogar, en la calle, en la escuela, en el taller, en la política y en todos los motivos y condiciones que forman la vida misma de la comunidad.

2º **El sacerdocio universal de los creyentes**, principio que rechaza el "carácter indeleble" y único del clero romano y su función mediadora, afirmando que cada cristiano puede mantener relaciones directas con Dios sin necesidad de que ninguna persona le sirva de intermediario. "Nadie, —dice Lutero—, ni el Papa ni obispo alguno tiene derecho a imponer al cristiano lo que la conciencia de éste rechaza".

3º **La suprema autoridad de la Biblia,** que Lutero pone en manos de los fieles para que cada uno examine por sí mismo las verdades que Dios nos ha revelado en su Palabra para nuestro bien y nuestra salvación.

4º **Las buenas obras del cristiano,** que son fruto y no causa de la justificación. Esta es una cuestión que ha sido muy llevada y traída entre protestantes y católicos romanos. Lutero la explica del modo siguiente: El hombre piadoso hace buenas obras, mientras que las buenas obras por sí solas jamás harán al hombre piadoso.

Como no es posible que sigamos ahora, paso a paso todo el proceso de la reforma religiosa, vamos a referirnos solamente al espíritu con que Lutero lleva a cabo su obra de reformador. Para ello mencionaremos tres hechos que son como tres ventanas por las cuales podemos asomarnos para ver, aunque sea un poco, dentro del alma de este hombre providencial. a) Cuando en Worms se le comunica la orden de haber sido excomulgado, Lutero dice: "¡Es así como plugo a Dios; bendito sea su santo nombre...! Solamente hago una reserva: que subsista la palabra de Dios, que no se impida proclamarla y dar testimonio de ella". b) En una carta al Elector de Sajonia, explica Lutero por qué deja su retiro en Wartburgo y se traslada a Wittenberg del modo

siguiente: "He hecho una concesión bastante grande a Vuestra Alteza Electoral al retirarme durante un año para complacerle. El diablo sabe que no lo he hecho por miedo... Os escribo a fin de que Vuestra Alteza sepa que vengo a Wittenberg bajo una diferente protección, mucho más poderosa que la del Elector. No hay espada que pueda venir en ayuda de esta causa. Es Dios, únicamente Dios, quien debe hacerlo todo, sin ayuda ni socorros humanos". c) Y, seguidamente, la oración que Lutero usaba de continuo durante los últimos diez y seis años de su vida: "Señor, Dios, Tú me has puesto en tarea de dirigir y pastorear la Iglesia. Tú ves cuán inepto soy para cumplir tan grande y difícil misión, y si yo lo hubiese intentado sin contar contigo, desde luego, lo habría echado todo a perder. Por eso clamo a Ti. Gustoso quisiera ofrecer mi boca y disponer mi corazón para este menester. Deseo enseñar al pueblo pero también quiero por mi parte aprender yo mismo continuamente y manejar Tu Palabra, habiéndola meditado con diligencia. Como instrumento Tuyo utilízame. Amado Señor, no me abandones en modo alguno, pues donde yo estuviera solo, fácilmente lo echaría todo a perder. Amén".

Y porque tal fué el espíritu que inspiró a Lutero, el Protestantismo Evangélico es hoy la esperanza del Mundo, porque como dice Martí: "la Iglesia Protestante guarda la semilla de la libertad humana".

## BIBLIOGRAFIA


Martín Lutero, "Emancipación de la Conciencia". Federico Fliedner, Editorial "La Aurora", 1949. Buenos Aires.

Here I Stand, "A Life of Martin Luther". Roland H. Bainton, Abington, Cokesbury Press. Nashville, Tenn. 1950.

Lutero y su Tiempo. E. G. Schweibert. Concordia Publishing House. Saint Louis, Miss. 1950.


## DISCUSION

DR. BARALT: Ante todo muchas gracias. Dr. Rodríguez Hidalgo, por su esclarecedora disertación. Antes de conceder la palabra a los señores oyentes que deseen hacer uso de ella, voy a dar lectura a una pequeña comunicación que se ha recibido aquí por teléfono. No sé si será un buen precedente, porque si empiezan a llover las intervenciones del audi-

torio no presente no alcanzaría tiempo para las intervenciones de los que se toman el trabajo de venir aquí; pero, en fin, es interesante la comunicación, y yo me permito darle forma interrogativa y dirigírsela al disertante como pregunta, porque desconozco la autenticidad de esta cita que contiene este mensaje. Es de la señorita o señora María de los Angeles Santana, y dice: "Lutero dijo, cuando le preguntaron qué religión era mejor: "Para vivir, la protestante; para morir la católica". Yo quisiera repito, darle una vuelta interrogativa y preguntarle al disertante si ese pensamiento es auténtico.

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** Bueno, debo confesarle que yo no conozco que Lutero haya dicho tal cosa. Sin embargo, no sé si ustedes quieren que yo me refiera a la pregunta o no. En caso de que lo deseen, yo diría lo siguiente: la salvación que Cristo ofrece, es una salvación que tiene realidad para el hombre **aquí y ahora**, en el momento que él acepta a Cristo como el Señor y el Salvador de su vida", y teniendo realidad aquí y ahora, es una salvación eterna. Lo que Cristo vino a ofrecernos es vida eterna; y la vida eterna el cristiano genuino, sincero, la empieza a vivir en el momento que él acepta por fe a Jesucristo. Entonces la vida para él tiene destellos de eternidad y la muerte no es más que el tránsito para estar con su Señor. De modo que yo dudo mucho, que un hombre que haya pasado por una experiencia espiritual tan transformadora, como la de Lutero, haya dicho tal cosa.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Doctor, hay una cuestión que me preocupa, con vista a la proyección de tipo religioso en el sentido total de la vida del hombre. Usted señala, por ejemplo, un hecho. En la época en que Lutero predica su doctrina, hay una transición del período feudal al característicamente nacional, de la Edad Media a la Edad Moderna. Yo pienso que Lutero, al realizar un tipo de secularización de los bienes del clero a favor de Electores, Langraves, Margraves, etc., realiza un paso retrospectivo, puesto que va a determinar que Alemania fundamentalmente se retrase en el ritmo político, y va a dar auge a los señores feudales frente al poder nacional que encarna el Emperador de Alemania. ¿Cree usted que en realidad en el aspecto político haya este retraso?

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** El movimiento de la reforma religiosa tiene lugar en una época donde hay cambios políticos como los que usted señala. Sin embargo, lo que sucedía con este asunto de la secularización de los bienes de la Iglesia es lo siguiente. Los Obispos tenían, —vamos a hablar siempre en pasado—, dos tipos de jurisdicciones: una, la jurisdicción eclesiástica; y otra la administrativa. Lutero, que con 19 años en el Convento era un hombre casi místico, (cuando uno estudia los escritos de Lutero se da cuenta de que en verdad está leyendo a un místico) que pretendía dejar en manos de la Iglesia exclusivamente lo que llamaríamos lo eclesiástico: la predicación de la Palabra de Dios, la administración de los Sacramentos. Luego, por el concepto que él tenía

de que el Estado también es obra de Dios, él quiere que el Estado maneje las cuestiones temporales, las que no tengan que ver con el destino eterno del hombre. De modo que, en esto yo le ruego que usted siempre separe en su mente lo que le llamaríamos el manantial puro del movimiento de la Reforma Religiosa, y lo otro, que es lo que llamaríamos: la administración de las cuestiones que Lutero nunca quiso tener que ver con ellas.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Y, ¿por qué he de ser yo el que separe y no precisamente el sentido religioso, que es el llamado a separar lo puro de la religión, si es puro, de lo material y práctico, de la gobernación, del Estado, de la política, etc.?

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** Bueno, es que Lutero no pretendió hacer esa separación, nunca quiso él que hubiera dos cosas: una, lo secular y otra, lo religioso. Usted me está hablando de la secularización de los bienes de la Iglesia y yo no quiero que Ud. me malinterprete. No es que Lutero quiso establecer dos campos, sino separar lo que antes eran, diríamos, los oficios de un Obispo y ponerlos en manos de dos poderes que él creía igualmente instituídos por Dios.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Si yo he hecho esa pregunta, es porque en la manifestación de su conferencia da concreta y claramente el sentido de que la vida cristiana ha de abarcar totalmente la vida en todas sus manifestaciones. Por eso no era yo el que realizaba la separación. Era, precisamente, la creencia y el concepto religioso de Lutero, y creo que también, en gran parte, del Catolicismo, que involucran los términos creando precisamente muchos choques que la Iglesia, tanto de un tipo como de otro, ha tenido que sufrir, no por su creencia religiosa, sino por su intervención en esferas ajenas a la de tipo religioso. Por eso quería aclarar esta cuestión lo más posible.

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** Bueno, pues, si usted quiere oír el fondo completo de mi pensamiento, yo le diría esto: No olvide que la reforma religiosa de Lutero fué de tipo conservador, y que después viene Juan Calvino, que es el que precisamente completa la obra uniendo lo que usted quiere que esté unido. Ese es el fondo de la cuestión que usted plantea.

**SRTA. MARTA DEVESA:** Primeramente, quiero felicitar al disertante por su habilidad en evitar el tema político en Lutero. Es decir, no mencionar su actitud con respecto a los campesinos alemanes; pues, de haber sido así, hubiese sido imposible el tono, casi apologético, de la disertación. Puesto que usted ha deslindado el campo político, le voy a hacer una pregunta de la doctrina. ¿Qué me dice usted de las célebres Resoluciones de Lutero, que él publicó después de la fijación de las 95 tesis, y de sus conversaciones con el Cardenal Cayetano y Juan, y que era casi como una cobardía en Lutero, pues le decía al Papa que lo perdonara, etc., etc.?

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** Bueno, yo no sé hasta qué punto debemos contestar una pregunta que se ha hecho en una forma bastante apasionada. Pero tratándose de una dama, ¿cómo es posible negarlo? Hay un refrán inglés que dice: "cuando una mujer te diga tírate de un techo, escoge el más bajito porque, al fin, vas a tirarte". Y yo le voy a decir a esta dama lo siguiente. Primero, que yo no he tratado de evadir nada. Yo he hecho referencia a que Lutero se enfrentó con lo que pudiéramos llamar un pueblo enardecido por demagogos irresponsables, y ese es el punto que ella llama la rebelión de los campesinos, y que no es necesario sino tocarla así de pasada, como usted dice. Ahora, la actitud de Lutero en relación con el problema de los campesinos, tiene su explicación en el concepto luterano del Estado a que yo me refería hace unos momentos. Por lo demás, yo creo que en esas "Resoluciones", mi buena amiga, usted debe ver como una cuarta ventanita para mirar al alma genuinamente cristiana de Lutero. Lutero era un hombre sincero, que pedía perdón, que se humillaba; no era él un perturbador vanidoso que quiso organizar, lo que llamaríamos una revuelta; sino que estaba tratando sinceramente de realizar un movimiento cristiano, constructivo y altamente beneficioso para la Iglesia. No debe usted, pues, tomar a mal el contenido de estas "Resoluciones". Es más, yo la invito a usted a que lea la carta que Lutero escribe al Papa y que viene a ser como el Preludio de su tratado sobre la Libertad Cristiana. Allí verá usted, al igual que en esas "Resoluciones" a que usted se ha referido, la profundidad y nobleza del alma de aquel hombre. En lugar de cobardía, como usted dice, diga más bien que lo que allí se pone de manifiesto es el genuino espíritu cristiano de un hombre de Dios.

**DR. BARALT:** Lamento mucho que el tiempo que va corriendo no nos permita escuchar nuevas preguntas dirigidas al disertante, porque tenemos todavía que escuchar una segunda disertación y las preguntas que han de seguirle.

**UN OYENTE:** Con el ruego de que se deje hablar a los protestantes. Han hablado los católicos.

**DR. BARALT:** Señores oyentes, vamos a seguir adelante con el programa, sin perjuicio de que, escuchada la segunda conferencia, estoy seguro que los dos disertantes tendrán muchísimo placer en contestar a las preguntas de católicos y protestantes por igual. Damos, pues, por terminadas las preguntas. Muchas gracias.

## PREGUNTAS Y RESPUESTAS QUE TUVIERON LUGAR DESPUES DE LA AUDICION

**DR. BARALT:** Preguntas adicionales.

**SR. PEDRO ABASCAL:** Yo quisiera hacerle al Dr. Rodríguez Hidalgo, una pequeña pregunta, porque no encuentro ilación lógica en aquello

que dijo: "el hombre de fe hace buenas obras, pero las buenas obras no presuponen un hombre de fe". Yo creo que las buenas obras, si existen buenas obras, presuponen un hombre de fe. No hay congruencia completa. Es decir, que la afirmación luterana: "El hombre de fe hace buenas obras", no tiene por qué tener una segunda parte. No sé si me he expresado bien.

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** Muy bien expresado. Si usted entendió que ese es el pensamiento de Lutero tal vez yo sea culpable de no haber expresado con claridad lo que dijo Lutero. Porque lo que dijo Lutero no es lo que usted está diciendo. El pensamiento de Lutero es que el hombre piadoso hace buenas obras, pero las buenas obras por sí solas no hacen al hombre piadoso. Todo lo cual es muy diferente de lo que usted dice.

**SR. JOSE LOPEZ VILLALTA:** Yo quiero preguntarle al Dr. Rodríguez Hidalgo, lo siguiente. Frente a la doctrina de la predestinación, sustentada por Lutero, Erasmo publicó un libro que se llamó: "Del Libre Arbitrio". A este libro, "Del Libre Arbitrio", le contesta Lutero con otro libro que se titula: "De servo Arbitrio", es decir que niega Lutero por completo la doctrina del libre arbitrio, y entonces yo me pregunto ¿cómo es posible afirmar, frente a esta negación del libre arbitrio, primero el libre examen, y sustentar, como ha sustentado el orador, a Lutero como un campeón de la responsabilidad individual que está siempre unida, según yo tengo entendido, con la doctrina del libre arbitrio?

**DR. BARALT:** Muy interesante pregunta, de carácter teológico.

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** Esa, es a mi juicio la pregunta más interesante que se ha hecho aquí hasta ahora. Y yo quisiera referirme a ella, si ustedes así lo desean, con bastante amplitud. Ese es mi campo, querido amigo, y allá voy. Lo primero que quiero decir es esto: que las diferencias entre protestantes y católicos romanos, en lo teológico, tienen precisamente esta base: ¿Qué efecto produce el pecado original en el hombre? El católico romano dice que lo que pierde el hombre cuando peca es la justicia original, dando a entender que cuando Dios creó al hombre, crea su cuerpo, crea su alma, pero hay una especie de antagonismo entre lo que pudiéramos llamar lo espiritual y lo material en el hombre. Luego, como un aditamento para evitar ese conflicto, Dios le da al hombre creado por él la justicia original, que viene a ser lo que mantiene, diríamos, el equilibrio entre lo espiritual y lo material. Pero cuando peca, pierde esa justicia original y entonces se produce otra vez ese conflicto a que hemos hecho referencia. En una palabra, la personalidad humana no queda dañada total y seriamente por el pecado, de acuerdo con la doctrina católica romana. Ahora, la doctrina no ya luterana, sino la protestante, (puesto que es un error hacer partir al protestantismo de Lutero), afirma con San Agustín y San

Pablo que, como consecuencia del pecado, se produce la depravación total de toda la naturaleza humana, y que entonces, si la gracia de Dios no interviene, (ése es el **sola gratia data gratis** de San Agustín), no hay solución para el hombre. Esto lo comprendió Lutero claramente y fué por eso que, a pesar de la profunda admiración que él sentía por Erasmo, su posición frente a la tesis del "De Libre Arbitrio", fué que, por causa del pecado, la voluntad del hombre no es completamente libre sino para el mal, hasta que la naturaleza humana no ha sido regenerada por el Espíritu Santo. De hecho la posición luterana en "De Servo Arbitrio" es esencialmente la misma de San Pablo al afirmar en su Carta a los Romanos: "el bien que quiero, no hago; mas el mal que no quiero, éste hago. Y si hago lo que no quiero, ya no obro yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley; que el mal está en mí". A esta ley llama San Pablo "la ley del pecado, que me lleva cautivo". Y es por eso que exclama: "Infeliz de mí. ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?" Ese es el grito de angustia del hombre no regenerado. Pero el que ha sido transformado en una nueva criatura por medio de la operación del Espíritu Santo, dice con San Pablo "¡Gracias a Dios por Jesucristo!" puesto que "justificados, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo". Es decir, que cuando Cristo entra en escena en la vida del hombre, ¡ah! entonces ya hay eso que llamaríamos el decidir y el actuar, no sólo en términos de la maldad, sino en términos de lo que Lutero llamaba el "hombre justificado", o lo que San Pablo llama la "nueva criatura", que podrá exclamar luego con el propio Apóstol: "vivo no ya yo, sino Cristo vive en mí"; y también: "todo lo puedo en Cristo que me fortalece". Erasmo no entendía esto y por eso escribió "De Libre Arbitrio"; pero Lutero sí, y por eso refutó a Erasmo con "De Servo Arbitrio".

**SR. LUIS TORRIENTE BECKER:** Yo solamente quería preguntarle al Dr. Durán si en el capítulo XIII de los Corintios, dice: "Si yo hablo palabras humanas y angélicas, y no tengo caridad, nada soy; vengo a ser como metal que resuena y como símbolo que retiñe. Si tuviese toda profecía y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que traspasase los montes, y no tengo caridad, nada soy". Usted dice que la Iglesia Católica pasó entre herejes y paganos y entre waldeses y albigenses. Recuerde que esto costó cerca de 70 millones de vidas y la Inquisición. ¿Podría Dios aprobar la muerte, cuando la Ley de Dios dice: ¿"No matarás?"

**DR. PEREZ DURAN:** Yo no había pensado que mi participación en la Universidad del Aire viniera a situarme entre aplausos y comentarios ruidosos. Pero en esta suerte de inmolación me acompaña el Dr. Rodríguez Hidalgo con toda gentileza, y yo no quiero ser menos que él, que ha sido tan bondadoso y tan gentil. De modo que con mis imperfec-

ciones y mis insuficiencias, aquí estoy listo para inmolarme. Lo que sí yo sabía es que el temita de la Inquisición iba a saltar. Yo quisiera nada más decirle, respecto de esta cuestión, que los acontecimientos históricos hay que juzgarlos con criterios de época, y cada época es la resultante de un complejo de circunstancias de tipo político, de tipo religioso, de tipo moral que están influyendo sobre las determinantes de los hechos. No niego los desafueros y desmanes de la Inquisición, que los hubo, y como católico en nombre de Santa Juana de Arco, que está en el cielo, tengo que combatir la Inquisición, pues que fué su víctima. Sólo que debemos apreciar la época. Parece esto la resultante de el atraso en la evolución del sistema penitenciario. En aquella época había una administración de justicia extremadamente deficiente, que no era una característica peculiar de la Iglesia, porque si nosotros contemplamos aquéllo con un criterio de ahora, estamos viendo una serie de monstruos impartiendo una justicia deficiente. Pero es que hubo una Inquisición protestante también. Es que hubo una defectuosa administración de justicia, que castigó al esclavo, que castigó al siervo, que provocó lamentables consecuencias personales que todos nosotros estamos dispuestos a deplorar y que no elogiamos. Nos alabamos de tener ahora un sistema penal en donde el sentido de la justicia humana se interpreta de una manera tan amplia, tan edificante y que llevaremos aún adelante con la evolución.

SR. MANUEL LIMA: La pregunta va dirigida al Dr. Rodríguez. Es la siguiente. El dice que Lutero niega la autoridad del Papa, la autoridad de los Concilios, y por eso que no tienen verdadera autoridad sino como única fuente, como única autoridad, la Biblia. Primero que nada, la Biblia en ninguna parte dice que ella es la única autoridad, sino que las Epístolas de San Pablo, (no recuerdo bien, porque yo no tengo la memoria protestante que sabe citar todas las cifras y todos los versículos con puntos y señales), pero bueno, nosotros los católicos, aunque se dice por ahí que no leemos la Biblia, leemos algo, un poquitín de ella, y San Pablo decía que no todo lo que yo le he dicho se puede escribir. Bueno doctor, la pregunta es la siguiente en concreto: la Iglesia no tiene autoridad, el Papa tampoco, la única autoridad reside en la Biblia, en la libre interpretación. Entonces Lutero se enfrenta a Cristo; al Cristo que dijo que aquél que no quiere a la Iglesia será tenido como gentil y publicano. "Lo que atares en la tierra será desatado en el cielo y lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo". A San Pedro le llama: "Tú eres Pedro, sobre esta piedra edificará mi Iglesia; las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella". ¿Entiende? "Y yo estaré con ella hasta el fin de los siglos". De todos modos, ese asunto del libre examen es lo que ha dado origen a tantas sectas protestantes, disidentes de nuestra Iglesia Católica, que proclaman toda clase de errores, como los mormones que se casan yo no sé cuántas veces. . .

(El final de esta intervención no quedó grabado claramente.)

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** Separando en las palabras de este amigo, el trigo de la cizaña, y concretándonos al poquito de trigo, olvidando la cizaña, vamos a decirle, por si es que este asunto de la autoridad de la Iglesia le perturba, (aunque parece no perturbarle mucho a juzgar por el tono de "chacota" con que ha hecho sus manifestaciones), que todo depende del concepto que se tenga de la Iglesia. Si usted identifica la Iglesia con una jerarquía infalible, claro está que la cosa es así como usted dice. Sin embargo, la Iglesia es esencialmente la comunión de los santos, el cuerpo de creyentes del cual Cristo es la cabeza. La identificación de la Iglesia con una jerarquía infalible es, propiamente hablando, una innovación desconocida hasta muy entrada la Edad Media. De hecho, en ese Concilio de Trento, de que aquí se ha hablado hoy, es donde esa identificación se consolida; y no olvide usted que fué necesario esperar hasta 1870, o sea, hasta el Concilio Vaticano, para poner la cúpula a esa estructura jerárquica de la Iglesia, declarando entonces el dogma de la infalibilidad del Papa. Por tanto, cuando en las Sagradas Escrituras se habla de la Iglesia, se habla de algo muy distinto de lo que usted tiene en mente. No es cuestión de un Papa infalible y de una jerarquía eclesiástica autoritaria, sino de la comunidad o asamblea de los creyentes en Jesucristo, de aquellos que, regenerados por la gracia de Dios, son guiados por el Espíritu Santo en sus afanes por establecer el Reino de los Cielos entre los hombres. Esa es la Iglesia a la cual tenemos que oír, esa es la Iglesia contra la cual no prevalecerán "las puertas del Infierno", porque Jesucritos es su cabeza gloriosa y el Espíritu Santo el que la guía "al conocimiento de toda verdad". En cuanto a su referencia a las "sectas protestantes", permítame exclamar ¡gloria a Dios por lo que usted llama "sectas protestantes"! que son una manifestación evidente de que "donde está el Espíritu de Dios, allí hay libertad". Me parece que el ambiente de colmena es más constructivo y beneficioso que el ambiente de rebaño. ¿No es verdad? Por otra parte, mi buen amigo, quiero que Ud. sepa que hay más **unidad** dentro de la **aparente diversidad** del Protestantismo que dentro de la **aparente unidad** del Romanismo. Por ejemplo, hay menos diferencias entre bautistas, presbiterianos, metodistas y episcopales, que entre jesuítas, agustinos, dominicos y franciscanos.

Por último, en cuanto al "libre examen", quiero decirle que, si no existiera el Espíritu Santo, usted tendría muchísima razón en declarar como más lógico y más conforme al sentido común, el que Las Escrituras Sagradas fueran interpretadas por la jerarquía y no por los fieles. Pero en su contra está la realidad de que existe el Espíritu Santo. El mismo Espíritu Santo, que inspiró a los escritores de los Libros Sagrados, inspira hoy a todos aquellos que, de manera humilde y con espíritu de oración, leen la Biblia para conocer allí la voluntad de Dios y para recibir inspiración y divinos estímulos para vivir la vida cristiana a ple-

nitud. Así es en efecto, amigo mío, el Espíritu Santo es Dios trabajando en nuestras mentes y corazones para dar a conocer a los humildes de corazón aquellas cosas que permanecen ocultas para los sabios y entendidos, pero de ánimo soberbio y altanero. Porque el Espíritu Santo es la mayor de todas las realidades, La Biblia en manos de los fieles, para ser examinada libremente por todos, es una verdadera bendición para la Iglesia y el mundo.

SR. RAUL OLIVERA: Concretándome al tema histórico, desde el punto de vista en que lo tocó el Dr. Pérez Durán. Yo quería una simple aclaración. Me pareció que él había situado a Calvino en Francia, y yo creo recordar que él consiguió sus primeros adeptos y estableció sus primeras conversiones, digamos así, en Suiza. Yo quisiera que él me aclarara ese aspecto puramente histórico. Quiero apartarme de la polémica apasionada de tipo religioso, que no nos conduce a nada.

DR. PEREZ DURAN: Con un doble gusto voy a dar contestación a esta pregunta, porque yo me sentía ya jadeante, no tanto por lo que he hablado, como por lo que he escuchado. Hemos entrado en el empeño estéril de resolver en media hora una disputa de siglos. Dr. Olivera con mucho gusto. Efectivamente, mencionando los pasos de la Reforma en Europa, situé a Calvino en Francia. Calvino es nativo francés, pero expuso su doctrina en Ginebra, Suiza. Como a partir de Ginebra, Suiza, se extendió hacia Francia, y hasta el partido protestante francés tomó el nombre de Partido Hugonote, derivado de los hugonotes ginebrinos, me pareció que en una cita que tenía que ser tan breve y tan concisa, donde debía situar a Calvino era en Francia, ya que allí tuvo una mayor repercusión, desde el enfoque global en que yo estaba presentando el movimiento de reforma.

UN OYENTE: Sólo para una breve aclaración. Hace un momento se mencionó la Inquisición. Es verdad que de ambas partes se cometieron crímenes. Desde luego, los crímenes protestantes no fueron tan grandes, ni de la intensidad de los católicos; pero yo estoy de acuerdo en que, dada la época aquélla, son perdonables, efectivamente, ambos crímenes. Pero el protestantismo ha levantado como si dijéramos un proceso contra aquellos errores del pasado, y la Iglesia Católica, a pesar de que ella dice que los combate y que no está de acuerdo con aquellos horrores, no lo hace en la actualidad. Hoy, en España, el dictador Franco, amparado por la clerecia católica, comete toda clase de horrores y crímenes. El otro día salió en todos los periódicos de esta ciudad, católicos en su mayoría, que una misionera, por el solo crimen de predicar el evangelio con la Biblia en la mano, había sido expulsada de España. En España hoy en día se persigue a los protestantes con el amparo de toda la clerecia católica, con el amparo del Papa, como lo hizo Mussolini. En Camagüey...

**DR. BARALT:** Un momento. Le voy a rogar al señor que está haciendo uso de la palabra que dé ya por formulada su pregunta, y si el Dr. Pérez Durán es tan amable, quizás quiera él darle respuesta. Pero, en lo sucesivo, les voy a pedir a todos, que no olvidemos que los dos temas que se han desarrollado hoy están insertos dentro de un programa que se titula: "La Huella de los Siglos". Estamos, por tanto, analizando un proceso histórico, y no sacando de ese proceso todas las posibles derivaciones del momento, porque entonces esto ya degeneraría en una valla de gallos y no queremos que eso sea.

**DR. PEREZ DURAN:** Desde luego, yo creo que cuento con el asentimiento de la inmensa mayoría de los presentes para abstenerme de todo pronunciamiento respecto del problema político español. Entre otras cosas, no me interesa, porque yo no soy español. Ahora, si la pregunta dice que por qué no hacen que se suprima la Inquisición en España, lamento decirle que yo no tengo influencia sobre el gobierno de España.

**DR. CORSANEGO:** Dr. Rodríguez Hidalgo, ¿hacia dónde apunta la reserva fundamental de Martín Lutero, al negarse rotundamente a ofrecerle al hombre toda posibilidad de salvación haciendo del pecado la categoría fundamental de la existencia?

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** Hacia la Cruz del Calvario, donde murió para libertar a los pecadores. Déjeme contestarle más llanamente. Primero, Lutero no niega a nadie la salvación, porque como la salvación es por gracia, esa es de Dios. El lo que hace sencillamente es presentar, si usted me permite...

**DR. CORSANEGO:** Con muchísimo gusto. Le he escuchado con muchísima atención y... el corazón indigno con mi mente, así que por esa razón le voy a escuchar para ripostarle con mucha calma...

**DR. RODRIGUEZ HIDALGO:** Mire, mi buen amigo. No es cuestión de Lutero. Es cuestión de todo lo que llamamos cristiano. Es cuestión de Cristo. La gran tragedia del mundo es el pecado. Esa es la base angular de la fe cristiana. Es tragedia tan grande, que, por causa del pecado, el mismo Dios tuvo que venir y encarnarse y tomar forma de criatura y nacer en un pesebre y ser hasta objeto de burlas y de escarnio y ser crucificado en el Calvario en una cruz y ser considerado en todo "como desechado y despreciado de los hombres". Ciertamente, el pecado es la gran tragedia del mundo y espero que usted no me diga que eso es lo de Lutero. Eso es lo de todos. Por ahí tenemos que empezar. Es la tragedia que hace la vida, la de usted, la mía y la de todos los hombres infeliz y desgraciada, la que destruye hogares y lo que produce las tragedias políticas en los pueblos. Esa es la única tragedia del mundo: el pecado. Ahora, si nos quedáramos allí, entonces tendríamos que llamarnos los más desventurados de los hombres; pero el Credo de los Apóstoles, (que, déjenme ponerlo entre paréntesis, es nuestro credo; ya que nosotros creemos todo lo que el credo de los Apóstoles declara), el

Credo nos dice: "creo en el perdón de los pecados"; y ahí es donde está la cosa. No dice: "creo en el pecado", porque eso no sería decir mucho. ¿Quién no cree en el pecado? Tendría que ser un iluso, pero yo creo, y Martín Lutero, y todo cristiano cree, en el perdón de los pecados, en que los pecados son perdonados. Ya eso es afirmar algo de importancia extraordinaria y de trascendencia infinita. Ahora bien, ¿cómo son perdonados los pecados? Aquí está la gran cuestión. Los pecados se perdonan exclusivamente a la sombra de la Cruz del Calvario. Ahí es donde está la contestación a la pregunta formulada por usted. Permítame ahora recordarle aquel episodio bíblico en que traen a Jesús un paralítico. Nuestro Señor mira a este pobre paralítico y le dice: "Confía hijo, ten buen ánimo; tus pecados te son perdonados", y muchos murmuraban y decían: "¿Quién es éste que está diciendo blasfemias, quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?" Y en eso tenían razón. Nadie puede perdonar pecados sino sólo Dios. Pero en lo que no tenían razón es que ellos no identificaban a Jesús de Nazaret, aquel que decía: "Confía hijo, tus pecados te son perdonados" con Dios mismo. Entonces Jesús les dice: "¿Por qué pensáis así en vuestros corazones?" ¿Qué es más fácil, decir a un paralítico: "levántate, toma tu lecho y anda"; o decirle, "tus pecados te son perdonados"? La implicación es que es más fácil decir a un paralítico: "levántate, toma tu lecho y anda", que decirle a un hombre "tus pecados te son perdonados", porque eso únicamente, únicamente, se consigue junto a la Cruz del Calvario, cuando el pecador acepta por fe el sacrificio expiatorio de Cristo. Eso es lo aparentemente difícil, pero es lo que está abierto de par en par para todos los hombres. Ni Lutero, ni ningún cristiano, puede cerrar lo que Dios ha abierto, que es el camino de la salvación, que es el perdón a todo hombre que viene y arrepentido se acoge a su misericordia. "Dios no quiere la muerte del pecado, sino que se arrepienta y viva". Esa es mi contestación.

**DR. BARALT:** Con mis excusas para el distinguido oyente y amigo que ha formulado la pregunta que ha motivado esta intervención, y con mi felicitación para ambos disertantes y para el culto auditorio de la Universidad del Aire, me veo precisado a terminar la sesión porque solicitan el local. Muchas gracias a todos.

---

Marino Pérez Durán

# Carlos V y la contrarreforma: Loyola

UN día del mes de febrero de 1557 llegaba Carlos V al monasterio de Yuste, de los monjes de San Jerónimo, en España, para establecer allí su residencia definitiva. Detrás quedaban, abandonadas voluntariamente, las dos coronas más poderosas de la tierra. Ellas habían gravitado durante casi cuarenta años sobre sus sienes, y ahora, prematuramente viejo y enfermo, quería arreglar sus cuentas con Dios ante las puertas de la muerte. Tal vez, en el espacio y en el tiempo, había sido demasiado el poder que le había tocado heredar. Era nieto de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano de Austria. De ellos había recibido España y las vastas tierras de América, Nápoles y Sicilia, el archiducado de Milán, los Países Bajos, Flandes, Artois, Franco Condado y la aspiración al ducado de Borgoña. A todo esto hay que añadir la corona del Sacro Imperio Germánico, ya muy decaída en cuanto a poder efectivo, pero todavía con el prestigio que le daba la perdurabilidad de la vieja concepción política universalista. Este había sido el más caro de sus sueños: ser de verdad el protector de una Europa imperial unificada y defender a la Cristiandad frente al peligro amenazador de los turcos... Francia y la Reforma troncharon estos planes.

En Yuste pasó Carlos V los dos últimos años de su vida. Nacido en Gante, educado a la manera flamenca por su abuelo Maximiliano, su vida pública había comenzado a los diecisiete años, cuando fué llamado a España para reinar en nombre de

su madre demente, doña Juana la Loca. Sin duda el apacible retiro le permitiría repasar sosegadamente los tumultuosos acontecimientos de su agitada existencia. Recordaría aquélla su llegada a la Península, con su vistoso séquito extranjero, desfilando ante el asombro de sus nuevos súbditos españoles; y luego, en menos de dos años, su exaltación al trono imperial alemán. Su memoria recorrería, como de hito en hito, los momentos culminantes de su vida. Sus guerras contra Francisco I, el implacable adversario de siempre, sin cuya terca resistencia Europa entera hubiera podido acatar su autoridad imperial para los altos designios históricos a que se sentía llamado; sus luchas frente a los turcos de Solimán el Magnífico, que habían llegado amenazadoramente hasta las puertas mismas de Viena; y después sus aventuradas expediciones al Africa, destinadas a combatir la piratería turca y a proteger la posición de Italia en el Mediterráneo. Una vez, contra Túnez, rescató veinte mil cristianos cautivos e infirió grave daño al pirata Barbarroja. En Roma lo habían recibido como a un héroe.

Pero en aquel intenso desfile de lances aventurados y graves decisiones, de agudas crisis y culminaciones gloriosas, nada ocuparía tan íntegramente su conciencia como la cuestión religiosa. Había tenido que afrontar quizá la peor de las épocas en la historia de la Iglesia. El diez de diciembre de 1520, Martín Lutero quemaba públicamente, en un patio de la Universidad de Wittemberg, la bula pontificia de excomunión. Aquellas débiles llamas estaban encaminadas a desatar un incendio devastador en toda Europa. El Emperador, situado en plano excepcional para resolver el conflicto, intervino primero con ánimo conciliador; pero, en la dieta de Worms, Lutero se hagía negado airadamente a toda reconciliación con Roma. Carlos V se sentía firmemente inclinado del lado católico y hubiera querido respaldar de inmediato al Sumo Pontífice con todo su poder. Sin embargo, las cosas se complicaron enormemente en todas partes. Primero fué la sublevación de las comunidades de Castilla, después las guerras con Francia, más tarde la lucha contra los turcos; y así, la atención imperial se distrajo del problema religioso, mientras el luteranismo ganaba adeptos en Alemania.

Por todo el resto de su vida no tuvo el Emperador más que unos breves años en que pudo volver a esta cuestión con dedicación suficiente; pero siempre su compleja situación estaba impregnada de agudos matices políticos. Frente a tantos rivales externos necesitaba conservar en lo posible el apoyo de los príncipes luteranos. Su idea era celebrar un concilio universal donde ambas tendencias armonizaran sus criterios para restablecer la unidad cristiana. Este propósito se advierte en los acuerdos de las Dietas de Spira y Augsburgo, en la paz de Nuremberg y en el decreto imperial llamado "Interim", en los que la solución final del ardoroso problema se remite a la oportunidad de un próximo concilio. Esto parecía plausible; pero se olvidaba que la misma celebración del concilio era también, cabe decir, una cuestión sub júdice". Para un católico, un concilio no tiene validez si no es convocado por el Papa, bajo cuya autoridad suprema debe funcionar; los protestantes, en cambio, exigían un concilio nacional, libre de la autoridad pontificia. De esta suerte, el antagonismo de las tendencias creció hasta proporciones irremediables, mientras las esperanzas de los conciliadores se alejaban más y más de su definitiva realización.

Cuando Carlos V se decidió a hacer la guerra al partido protestante, la madeja de los acontecimientos era ya inextricable. En la rara mezcla de los intereses políticos y las ideas religiosas, la católica Francia apareció del lado protestante y el protestante Mauricio de Sajonia del lado del Emperador; pero éste se pasó más tarde al bando de los suyos y Carlos V estuvo a punto de caer prisionero en Innsbruck... El hombre de 55 años que tenía más poder que nadie sobre la tierra, estaba también cansándose de tener demasiados enemigos. Empezó a considerarse viejo, y la idea de renunciar todo aquello fué ganándole la voluntad. Por eso estaba en el monasterio de Yuste, desasido de todo interés mundanal y tratando de resolver los problemas de su propia conciencia. Mientras tanto, afuera, los problemas del mundo estaban sin resolver. Pero su esfuerzo no fué enteramente inútil. Después de su muerte, un concilio, —su concilio—, salvó al catolicismo.

A mediados del siglo XVI, por efecto de la revolución protestante, el estado de la Cristiandad occidental era conmovedoramente triste. Media Europa se había separado de Roma. Pero la Iglesia Católica, en aquel período de su historia tan agudamente crítico, amenazada de enemigos por todas partes, supo extraer maravillosamente de sí misma las fuerzas de reserva para una vigorosa reacción. Esta reacción constituye el fenómeno histórico denominado la Contrarreforma. Es necesario advertir que la inmensa mayoría de los historiadores católicos rechazan esta denominación por inadecuada. El movimiento disidente iniciado por Martín Lutero en Alemania y continuado por Ulrico Zuinglio en Suiza, Juan Calvino en Francia, el rey Enrique VIII de Tudor en Inglaterra, Gustavo Vasa en Suecia, es más una rebelión que una reforma. Estos señores rompieron los lazos que los uniían a la institución común y plantaron tienda aparte. Frente a una crisis de la conducta, ellos plantearon una cuestión de jurisdicción. La reforma que deseaba el pueblo cristiano, la de las costumbres y los modos, esa vino después, con el Concilio de Trento, desgraciadamente tarde para evitar la quiebra de la unidad cristiana; pero todavía a tiempo de garantizar, en el seno mismo de la ortodoxia católica, la supervivencia y el prestigio.

La Iglesia Católica Romana es una institución de lucha. Jamás le han faltado adversarios contra quienes reñir ardientes batallas. Su historia está llena de vicisitudes y esfuerzos. Se abrió paso entre paganos y arrianos para obtener su definitivo establecimiento; permaneció erguida mientras el secular Imperio Romano se desplomaba a sus pies; arrostró la invasión de los pueblos germánicos y les imprimió su espíritu para dar vida de ese modo a la civilización medioeval. A lo largo de los siglos, árabes, maniqueos, otomanos y cismáticos de Oriente trataron estérilmente de arrebatarle su arraigo y predominio en la cultura de Occidente. Y, al mismo tiempo, ella se mantenía limpia de las vacilaciones y flaquezas y aún de la miseria moral de sus propios hijos. Las luchas del Pontificado y el Imperio, las herejías de albigenses y waldenses, la estancia de los Papas en Avignon, el Cisma de Occidente, el wiclefismo inglés y el husismo alemán, fueron otras tantas amargas pruebas de las que siempre emergió victoriosa.

Sin embargo, esta primera mitad del siglo XVI estaba llena de los más graves conflictos y humillaciones. Grandes pueblos, otrora fervientemente adictos, de cuya fiel adhesión la Sede Romana se había sentido orgullosa, se alzaron rebeldes. De las Islas Británicas, sólo Irlanda se conservó intacta de protestantismo; toda Escandinavia, Holanda, Suiza, más de media Alemania y el fuerte partido hugonote francés, abrazaron la nueva doctrina.

Pero esta expansión se detuvo súbitamente ante la reacción católica, y aún más, comenzó a retroceder. Italia y España, Francia, todo el Sur de Alemania, Hungría y Polonia, Bélgica e Irlanda, se mantuvieron fieles a Roma. Entonces comenzó la enconada lucha que se prolongó a toda la Edad Moderna. En los tiempos de la anarquía feudal, en una Europa fragmentada políticamente, el Cristianismo era la unidad espiritual y sostenía la paz y la tranquilidad entre los pueblos. A partir de la Reforma, los Estados nacionales se integran y fortifican, mientras la Iglesia se divide. Ya no hubo más influencia pacificadora del espíritu cristiano; antes bien, Europa se agita en medio de conflictos político-religiosos y las guerras son más sangrientas y los odios más profundos. Este fué el doloroso resultado político de la escisión protestante.

El Concilio de Trento ratificó los puntos de la fe católica, consideró heréticos los postulados de la nueva doctrina y reorganizó la disciplina eclesiástica; es decir, representó la verdadera reforma que los cristianos habían deseado tanto tiempo.

En enero de 1564, por la bula "Benedictus Deus", el Papa Pío IV dió la aprobación oficial a las decisiones de Trento. Así quedaba terminada una de las más importantes asambleas en la historia de la Iglesia. Por sus saludables efectos, los jerarcas eclesiásticos fueron, en lo sucesivo, modelos de rectitud y caridad cristianas; entre ellos, yo no podría dejar de mencionar, junto al Pontífice, al ilustre arzobispo de Valencia Santo Tomás de Villanueva, patrono de nuestra Universidad Católica de La Habana.

Pero el resurgimiento católico tuvo además otros valiosos auxiliares.

Cuando estalló la revuelta luterana, hacia 1521, Iñigo de Loyola era un apuesto militar español, bien ajeno por cierto al

naciente conflicto. Pero ocurrió que, en el sitio de Pamplona, luchando frente a las fuerzas francesas en la Primera Guerra entre Carlos V y Francisco I, una bala de cañón lo hirió en ambas piernas. Como resultado de esa herida, debía quedarle una pierna más corta que la otra y, por consecuencia, un defectuoso caminar. Por vanidad se sometió a duras pruebas, tales como serruchar el hueso, estirar su extremidad por procedimientos mecánicos y permanecer largo tiempo en reposo, con la pierna tendida, soportando un peso que colgaba de su pie. Mientras tanto, por entretenerse, leía incansablemente y ante la dificultad de encontrar buenos libros de caballería, leyó una Vida de Jesús y algunas vidas de santos. Entonces, impresionado por esta lectura, concibió la idea, que pronto se trocó en firme decisión de hacerse santo y dedicar el resto de su vida a una más seria y provechosa milicia de Dios. Dspués de un largo tiempo inicial de dura penitencia, estudió en París hasta graduarse de maestro y pasó después a Roma, donde obtuvo permiso para fundar una nueva orden religiosa. Hombre dotado de una voluntad indomeñable y de singulares dotes de organizador. Ignacio de Loyola imprimió a la institución por él fundada un espíritu, como el suyo, emprendedor y voluntarioso. Su mismo nombre, "Compañía de Jesús", recuerda un tanto el origen militar de su fundador. En contraposición al ambiente de rebeldía creado por la Reforma, los jesuítas juraron ciega obediencia al Pontífice y a todos sus superiores, y, como soldados del intelecto, invadieron a Europa y después a América y Asia, fundando colegios y misiones por todas partes. De entre la pléyade de varones insignes que ilustraron desde su inicio a la Compañía, pudieran nombrarse, por su labor en la lucha de Contrarreforma en Alemania, San Pedro Canisio; por el prestigio que dió a la Compañía en España, el duque de Gandía, San Francisco de Borja; y por su labor gigantesca como misionero en el interminable continente asiático, San Francisco Javier, el Apóstol de las Indias.

Pero, además de los jesuítas, otras numerosas instituciones fundadas en esta época, o reorganizadas por ilustres reformadores, dieron a las actividades apostólicas colosal animación. San Felipe

de Neri fundó la orden del Oratorio; Santa Angela de Merici, la de las Ursulinas; San José de Calasanz, los Escolapios; San Francisco de Sales, la Congregación de la Visitación; San Juan de Dios, la de los Hermanos Hospitalarios; y algo más tarde San Vicente de Paúl fundó los Lazaristas o Paúles y nos dejó el regalo inestimable de las Hermanitas de la Caridad. Reformadores fueron, además, en la orden de los Franciscanos, San Pedro de Alcántara; y entre los Carmelitas, esos dos faros insignes de la mística española que son Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Así, reflorecida en estas ramas espléndidas, reafirmada en su credo y en su fe, eterna y augusta, la Iglesia Católica Apostólica y Romana, la que Cristo edificó sobre la piedra inconmovible de su Vicario en la tierra; a despecho de su lucha perenne, que ahora se concreta en el heroísmo glorioso de un Stepinac, un Mindzenty o un Beran, ha seguido airosa el paso de los siglos, bajo el amparo de la promesa divina: "Las puertas del Averno, no prevalecerán contra ella".

## BIBLIOGRAFIA MINIMA

Obra de consulta: "Historia Universal" Vol. VII y IX. Dr. J. Bta. Weiis. Trad R. P. Ruiz Amado S. J. Barcelona (1929).

Obra elementali: **Historia General"**, Historia Moderna y Contemporánea (Tomo II). Dr. Marino Pérez Durán. (1949).

## DISCUSION

**DR. BARALT:** Tenemos muy pocos minutos para las preguntas. Ruego a los que hagan uso de la palabra que sean lo más conciso posibles.

**SR. EDUARDO CEPERO TORRES:** Mi nombre es Eduardo Cepero Torres; soy protestante, hijo de metodistas. Fuí soldado en la Primera Guerra y no sería protestante si no levantara mi voz aquí para ayudar a esta discusión. Primero, felicito a ambos disertantes, porque lo han hecho maravillosamente bien, y en especial al católico, que nos ha ilustrado sobre muchas cosas maravillosas. La pregunta es la siguiente: La Reforma, lo que representó la reforma de Martín Lutero, lo que repre-

sentó el libre examen, nos ayudó a que fuéramos libres en América cien años antes, ¿si o no?

DR. PEREZ DURAN: Le voy a decir mi opinión personal. De acuerdo con el proceso histórico de los acontecimientos. La doctrina del libre examen proclamará, si se quiere, la libertad de conciencia; pero desde un punto de vista histórico, no ayudó en lo absoluto a la consecución de la libertad política en ninguna parte. Todos estos acontecimientos desembocan en la paz de Westfalia, de 1648, en donde se proclama el principio contrario al que ellos predican. Todo príncipe protestante o católico tiene el derecho de imponer su religión a sus súbditos, y eso no es libertarlos.

---

XXVIII

## José Ma. Chacón y Calvo

# La España del Siglo de Oro

EN 1942 publica Antonio de Nebrija su Gramática Castellana. Es, en el orden cronológico, la primera no sólo de nuestro idioma sino de todas las lenguas romances. Y en este venerable monumento de la filología hispánica se afirma que ya estaba, entonces, nuestra lengua tan encumbrada "que más se puede temer el descendimiento de ella, que esperar la subida".

En ese mismo año la conquista de Granada, último baluarte del poder musulmán, en la península, afirma la unidad política de España. Y es, asimismo, la expresada fecha, de tan honda resonancia en la historia del mundo, la de aquella portentosa empresa que Sebastián Cabot llamaba "una cosa más divina que humana": "A thing more divine than human".

Hay una relación simbólica entre estos hechos decisivos: la primera gramática de nuestra lengua, el descubrimiento de América, el fin del imperio musulmán en España. Y según muy plausibles conjeturas, en 1942 el Bachiller Fernando de Rojas concluía de escribir "La Celestina", la tragicomedia de Calixto y Melibea, pórtico deslumbrador de una nueva época de la literatura española.

Es ésta la primera etapa de la España del Siglo de oro. Y como recuerda Don Marcelino Menéndez y Pelayo, repitiendo las palabras de Don Andrés Bernáldez, el cura de los Palacios, "fué en este tiempo de los Reyes Católicos, la mayor emancipación, triunfo e honra et prosperidad que nunca tuvo España".

El historiador artista afirma que no obstante "que los límites de la dominación española" fueron inmensamente mayores en tiempo del Emperador y de su hijo, y mayor el peso de nuestra espada y de nuestra política en la balanza de los destinos del mundo; toda aquella grandeza, que por su misma desproporción con nuestros recursos materiales tenía que ser efímera, venía preparada, en lo que tuvo de sólida y de positiva, por la obra más modesta y más peculiarmente española de aquellos gloriosos monarcas". La muerte del príncipe Don Juan, el único hijo varón de los Reyes Católicos, en la más sazonada juventud, que llegó tan a lo hondo del corazón popular que la musa de los romances le dedicó sus más tiernos acentos, algunos de los cuales he podido recoger en nuestro folklore cubano, la muerte del príncipe casi adolescente cambió, en forma radical, los rumbos de la historia de España.

Bajo los Reyes Católicos había comenzado la etapa propiamente imperial de España. El continente africano, en el testamento de la gran reina, ofreció nuevas perspectivas al dominio español. Y el descubrimiento de América, abría los más amplios e insospechados horizontes a su espíritu de dominio, que en la concepción de Isabel se traducía en una misión evangelizadora, es decir, civilizadora, más que en una empresa política.

No me cuadra ahora a mí, en esta rápida síntesis de una época hispánica de grandeza deslumbradora, caracterizar ese capítulo de la historia de la humanidad que ha de tener esta tarde en un entrañable amigo y conterráneo un cumplido y docto comentarista. Digamos únicamente que a medida que ha avanzado la investigación de los orígenes coloniales, la tesis del espíritu medieval presidiendo la gran tarea del Descubrimiento y Conquista de América ha ido afirmándose cada vez más y hoy podemos repetir con Don Claudio Sánchez Albornoz que España, país profundamente medieval cargado de puras esencias medievales, lleva este espíritu a la empresa de América. El ímpetu de la aventura guerrera, el ruralismo y el espíritu religioso son las notas más salientes de esta influencia medieval, de esta Edad Media latente en la colonización española del Nuevo Mundo.

Carlos V llega a España en 1517. El Rey Don Fernando el Católico había muerto en 1516. La gran reina el 24 de noviembre de 1504, en Medina del Campo. Su hija, Doña Juana la Loca no pudo gobernar por su demencia y a la muerte de su esposo, Don Felipe el Hermoso, que tanta parte tuvo en la que un drama famoso llamó su **Locura de amor**, don Fernando el Católico, Rey de Aragón, asume la regencia de Castilla hasta su muerte en 1516.

Se había afirmado, como ya hemos dicho, la unidad política de España en el siglo anterior, con la Conquista de Granada. Se había afirmado la unidad de conciencia con la expulsión de los judíos de España, que se completaría con otra similar medida no menos radical y discutible, un siglo después: la expulsión de los moriscos. El espíritu de tolerancia que hacía que en los diplomas un rey que la iglesia ha elevado a los altares, Fernando III el Santo, el glorioso conquistador de Sevilla, se llamara Rey de las tres Religiones, y un filósofo, místico y poeta que sufriría martirio en tierras de Túnez propagando la fe cristiana, escribiera un libro, el **Libro del Gentil y de los tres sabios** que quizá sea el símbolo más cabal de la comprensión y de la tolerancia a lo largo de la historia del mundo, se había inmolado en aras de esa unidad de conciencia.

Carlos V llega a España en 1517. Se corona Emperador de Alemania en 1519. El español del nuevo rey tenía un marcado acento flamenco. Su corte era también flamenca. Y el monarca que según una versión hubo de recibir la súplica de sus primeras cortes de que "fuese servido de hablar castellano, porque haciéndolo, así, sabría más pronto, y podría mejor entender a sus vasallos y ellos a él", en una escena propia de los tiempos de la Caballería, ante el Pontífice Paulo III, al pronunciar su discurso famoso de desafío al Rey Francisco I de Francia, al quejarse el Obispo de Macon, representante de éste, de que no entendía el español, el Emperador le impuso silencio con estas palabras que ha recogido la historia: "Señor obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana".

Así era la lengua española en los tiempos del Emperador una lengua universal. Y como afirma el historiador nortemarecinao Bourne, el profesor de Yale, España era entonces, por sus dominios vastísimos, la Roma del siglo XVI. No era una frase literaria la de que el sol no se ponía en los dominios de España.

De 1520 a 1556, fecha de su abdicación y su retirada al monasterio Jerónimo de Yuste, hubo de sostener Don Carlos no menos de seis guerras. España, además de la conquista de América, dominaba en Flandes, Borgoña, Nápoles y Sicilia. Su Rey era por la elección de los príncipes imperiales, Emperador de Alemania desde 1519. Y el soberano que en la Edad Moderna ha revivido como ninguno el recuerdo de la Roma imperial, era en muchos de sus actos un hombre de la más fuerte y más pura Edad Media. No tiene otro carácter su memorable desafío al Rey de Francia, digno de los mejores tiempos de la Caballería: "Haga el Rey campo conmigo de su persona a la mía, que desde agora digo que le desafío y provoco, y que todo el riesgo sea nuestro, cómo y de la manera que a él le pareciere, con las armas que le plazca escoger, en una isla, en un puente, a bordo de una galera amarrada en un río". Quería el Emperador, de esta suerte, excusar los grandes males y daños que suelen seguirse de la guerra, "adonde padecen ordinariamente los que no tienen culpa".

Y el monarca que abatió en Mühlberg en 1547 a los príncipes alemanes que habían abrazado la doctrina de Lutero, y fué así el centro de la Contrarreforma, y derrotó a Solimán el Magnífico a las puertas de Viena, obligándole a levantar el sitio de la imperial ciudad, se retira del mundo en el apogeo del poder, con un gesto en el que vemos más el espíritu religioso que el de los desengaños.

Un historiador ha escrito estas palabras que son como la síntesis de los días postreros del soberano más poderoso de su tiempo: "El que fué rey viajero por excelencia, preparó con más detalle y amoroso cuidado que ningún otro el viaje supremo y definitivo. Tuvo la sublime elegancia de esperar la muerte tranquilamente, humildemente, como verdadero cristiano, para lo que se despojó voluntariamente de todos sus estados, dominios, títu-

los, prerrogativas y honores soberanos, quedándose, como al nacer, en simple Carlos de Gante".

Felipe II sucede a su padre el Emperador en 1556. Un año antes era ya soberano de los Países Bajos hasta su muerte, en 1597. Diez años antes, los tristes hados de la **Armada Invencible,** señalan el comienzo de la decadencia de un imperio que había realizado en la Historia en cierto sentido, el ideal universalista, puesto que tenía dominios en las cinco partes del mundo, y en alguna su dominación era muy superior a la de todos los otros países reunidos.

Encarnó el Rey Prudente como ningún otro soberano de entonces el sentimiento católico. Hay una frase suya que es su viva semblanza interior: "Prefiero no reinar a reinar sobre herejes".

Luchó contra los príncipes protestantes y contra el turco. En Lepanto, (1571), la batalla que fué, según la frase de Cervantes, que participa en ella como soldado y recibe las heridas que son la gloria de una vida llena de infortunios, "la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros", debeló para siempre el poder de la Media Luna. Por la misteriosa muerte del Rey Don Sebastián, realiza el anhelo secular de la unión de la península ibérica, sentándose en el trono de Portugal. El historiador Don Antonio González de Palencia, el ilustre arabista muerto no ha mucho tiempo, insiste en afirmar el respeto del Rey Prudente a las instituciones de Portugal, a sus leyes y costumbres. Con Portugal recibe el vasto imperio colonial cuya epopeya cantó en versos inmortales Camoens. Los exploradores españoles se dirigen ahora a un continente nuevo: la Oceanía. Legazpi, en honor del Rey, llama a las islas recién conquistadas, Filipinas. Se termina la organización colonial de América. Pero ya comienza la cruzada contra el Rey, y la derrota, más por los elementos que por los hombres, de la **Armada Invencible** señala, como hemos dicho, el momento inicial de la decadencia española, que en el último Austria, en Carlos II el Hechizado, ha de llegar a la más triste y miserable postración.

De estos escuetos datos, de estas fechas, la deducción es muy precisa: el Siglo de Oro en lo político es propiamente tal de la etapa final de los Reyes Católicos hasta las postrimerías de

Felipe II. El Siglo de oro en la cultura no es una expresión enteramente exacta: es mucho más largo el período de florecimiento en las artes y en las letras, en las más varias manifestaciones de la cultura; propiamente se inaugura la esplendorosa etapa en 1499, fecha del solitario ejemplar incunable de "La Celestina", la Tragicomedia de Calixto y Melibea, y se cierra con Calderón de la Barca que muere en 1691. Son casi dos centurias en las que España da a la literatura y a las artes plásticas una serie de verdaderos valores universales. Hay un primer período, el clásico en el riguroso sentido del vocablo, y hay un segundo período en el que cronológicamente aparece quien es como símbolo cabal de España, el símbolo, desde luego, de la lengua española, Miguel de Cervantes Saavedra, y olvidemos el tan usado don al que no tenía derecho, dentro del convencionalismo social de la época, el príncipe de los ingenios españoles: esta etapa es la barroca, aunque más propio que hablar de etapas o períodos fuera referirse a las distintas modalidades de esa edad deslumbradora.

Lo primero que se advierte en este florecimiento clásico es que no hay solución de continuidad respecto a la Edad Media. La Edad Media en múltiples manifestaciones hace sentir su presencia: en la comedia legendaria e histórica de Lope, en la fuerza realista de la novela picaresca, en el ideal caballeresco de Cervantes, en el tono moral, de raíz senequista, de la Epístola inmortal del Anónimo Sevillano. Y en las artes plásticas, en los grandes imagineros de Murcia, de Sevilla y de Castilla, en el triunfal arte realista, que no es antagónico con el ideal ensueño, como vemos en el prodigioso Doncel de Sigüenza, la escultura funeraria de Don Martín Vázquez de Arce, muerto a los quince años luchando con los moros, apunta también el arte escultórico de que llena de resplandores majestuosos el portento de la Catedral gótica.

Menéndez Pidal señala como una de las características de la literatura española la anonimia. Y lo que parece propio de las épocas primitivas, con gran sorpresa lo encontramos también en los tiempos áureos. Así son del siglo XVI una novela picaresca, que es el modelo insuperable del género, **El Lazarillo de Tormes,** y la Epístola Moral a Fabio, los tercetos imperecederos del ingenio

sevillano cuya personalidad es aún una verdadera incógnita: estamos en presencia de dos obras maestras que están en la oscuridad del anónimo, dos obras capitales en su género cuyos reales autores nos son desconocidos.

La característica que en los albores de la Literatura Española, en sus monumentos medievales, en la gran epopeya del Cid o en la obra multiforme y proteica, verdadera comedia humana de su tiempo, como decía Menéndez y Pelayo, el Libro del buen amor del Arcipreste de Hita, va a distinguir al arte literario en España, se mantendrá en los siglos áureos: hablo del realismo que convive de modo sorprendente con esas tendencias a la idealidad y al ensueño. Así en Garcilaso de la Vega, con sus pastores fingidos, con sus idílicos paisajes, con sus formas líricas que anuncian al petrarquista de sabia formación clásica, tras el mundo de ensueño ideal de las Eglogas, las Canciones y las Elegías, una inesperada nota del gran poeta toledano dará a su poesía su cabal acento realista. Procede de la Epístola dirigida a su fraternal amigo Boscán:

¡O quán corrido estoy , arrepentido
de haberos alabado el tratamiento
del camino de Francia y las posadas!
Corrido de que ya por mentiroso
con razón me tendréis; arrepentido
de haber perdido el tiempo en alabaros
cosa tan digna ya de vituperio;
donde no hallaréis sino mentiras,
vinos acedos, camareras feas,
valetes codiciosos, malas postas,
gran paga, poco argén, largo camino:
llegar al fin a Nápoles, no habiendo
dexado allá enterrado algún tesoro;
salvo si no decís que es enterrado
lo que nunca se hallaba, ni se tiene.

y esto ocurre con el príncipe de los poetas españoles del Renacimiento, que tiene, además, en su haber literario tres odas en

lengua latina que los que tienen voto exaltan por su singular pureza.

Esta poesía española del siglo XVI da a la literatura nombres de resonancia universal: Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, el místico de la Noche Oscura, la gran reformadora del Carmelo. Sta. Teresa de Jesús, Herrera el Divino...

Y en contraste con la poesía que aspira a la unión de la criatura con Dios por la vía del amor, la novela picaresca nos da la visión del mundo con caracteres tan reales y fuertes que en la forma autobiográfica en que estas obras aparecen, sentimos la plena revelación del hombre interior.

Mundo resplandenciente de la poesía española del Renacimiento, mundo de la verdad y de la realidad áspera con su acento inequívoco de senequismo de la novela picaresca, mundo angélico de la mística carmelitana, con la poesía purísima del **Cántico Espiritual** del Doctor Extático y la revelación psicológica en su tono de cotidianidad y popularidad de la Doctora de Avila, y la franciscana con los **Triunfos** de Fray Juan de los Angeles; mundo de la palabra y la pasión creadoras de Fray Luis de Granada; mundo del pensamiento crítico de Luis Vive, ¿qué otros aportes dan las letras españolas de los tiempos áureos a la literatura universal? La poesía tradicional y popular de Lope de Vega, su comedia legendaria, nueva forma de la epopeya medieval, el teatro de los conflictos teológicos de Tirso de Molina o el de la Comedia moral del mexicano Juan Ruiz de Alarcón, rescatado para la antigua cultura del Virreynato de Nueva España por un filólogo creador, por Pedro Hernández Ureña, la comedia filosófica o los Autos Sacramentales de Don Pedro Calderón de la Barca, llevados a la suma perfección y gustados por las grandes muchedumbres que sabían sentir lo teológico como su propia sustancia espiritual, son otros tantos aportes de la España de estos tiempos a la gran Literatura del mundo.

Y ya en el siglo XVII aparece lo esencial de la obra cervantina, la primera parte del Quijote en 1605, la segunda en 1615, y entre las dos fechas la serie de las novelas ejemplares, en cuyo procedimiento estético creía sentir Goethe como la clave, en un aspecto al menos, de su propio mundo literario. Pero es toda

una legión de nombres los que vienen a mi recuerdo y es imposible ni la simple cita escueta: Quevedo con su doble visión realista y senequista del mundo; Góngora con sus prodigios tendientes a la creación de una nueva lengua poética, Gracián con su decir sentencioso y su revelación conceptista, Mariana con su arte de la Historia. . .

En otras esferas de la realidad artística, en la escultura, en la pintura, también sus maestros tienen una categoría universal: El Greco, Velázquez, Ribera, Murillo. . . en la creación pictórica, mientras en lo escultórico, Juan de Juni, Alonso de Berruguete, discípulo de Miguel Angel, Gregorio Hernández, Martínez Montañes y su escuela, el murciano Salzillo, afirman una religiosidad profunda en su arte realista, que, como en el gran pintor toledano que vino de Grecia, a veces se conciertan con el mundo del ensueño ideal. En la Arquitectura la gran construcción herreriana del Monasterio del Escorial parece el símbolo de una época.

Pero no está agotado el cuadro de las notas características, peculiares, definidoras de la España del Siglo de Oro. Quizá sea el mundo de las ideas morales al que vamos a asomarnos tímidamente, el más singular aporte de la España renacentista a la cultura occidental, Recientes las nuevas del Perú, en 8 de noviembre de 1534 escribía Fray Francisco de Vitoria, fundador del Derecho de Gentes, a su amigo el Padre Arcos: "Si yo deseare mucho el arzobispado de Toledo, que está vaco, y me lo hubieran de dar porque yo afirmase la inocencia de los Peruleros, (los conquistadores del Perú), sin duda que no lo osara hacer. Antes se sequen la mano y la lengua, que yo diga una cosa tan fuera de la cristiandad". En el orden de los valores eternos, creo que esta reacción espiritual ante la conquista del Perú tiene una significación mayor, más íntima, más humana, con más sentido de perdurabilidad histórica, que la conquista misma del fabuloso imperio incaico.

Quien así reacciona es un gran español de los tiempos áureos, formado en el ambiente de la Universidad de Salamanca, en su muy amado convento de San Esteban, en donde velaron sus armas los primeros misioneros de América. Cuando uno lee las palabras penetrantes del autor de las Relaciones, cuando ve su enjuicia-

miento de la Conquista y de las guerras de conquista comprende con cuánta razón Karl Vossler, el gran filólogo y crítico germánico pudo afirmar que España, la España del siglo XVI, "es la maestra de moral de Europa". Maestra de moral que da a la contrarreforma sus esencias, sus héroes y sus santos: San Ignacio y su Compañía, los grandes misioneros de las Indias Orientales y de las Occidentales, la estirpe de los antimaquiavelos que, como Vitoria o como Suárez, ven en la libertad el signo distintivo de la plena dignidad del hombre.

Plena dignidad del hombre que en el más alto creador de las letras hispánicas, en Miguel de Cervantes Saavedra, se afirma entre los hierros de una cárcel, en el desamparo, en la soledad o en la miseria, con una sonrisa en los labios, con una serena e indulgente mirada, con una palabra de perdón en el corazón apasionado.

## BIBLIOGRAFIA MINIMA

**Tratado:** Historia de España y su influencia en la Historia Universal, por don Antonio Ballesteros Bcretta, tomo III y IV, (1922-1927).

**Resumen:** La España del Siglo de Oro por V. Angel González Palencia. (Madrid, 1940).

## DISCUSION

**SR. JUAN JESUS CISNEROS:** Antes que nada, quisiera decirle algo al Dr. Mañach. He compuesto unos versos, quizás algo malos, porque mi inexperiencia y mi corta edad no da para tanto, dedicados a la Universidad del Aire, y quería entregárselos a él.

**DR. MAÑACH:** Entrégueselos a mi auxiliar. Yo los voy a leer con mucho gusto y con mucho agradecimiento. [Véanse estos versos abajo]

**SR. JUAN JESUS CISNEROS:** Bueno, y ahora voy a hacer la pregunta. Dr. Chacón y Calvo, ¿quién cree usted que sea superior como autor dramático, Tirso de Molina o Ruiz de Alarcón?

**DR. CHACON Y CALVO:** Realmente, Tirso de Molina da tipos más universales al teatro. El mundo épico que nos ofrece la comedia alarconiana es interesantísimo y tiene aún una singular vigencia. Ahora, Tirso de Molina da a las tablas figuras más universales que Alarcón. En ese sentido, quizás sea superior Tirso de Molina.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Dr. Chacón, ha puesto usted en algunos momentos, a mi entender, bastante énfasis en un sentido caballeresco

medieval, y en la obra de los Reyes Católicos, Cisneros y Carlos V. ¿No piensa que esta formación de las nacionalidades, esta centralización del poder a través de los Reyes, no es típicamente medieval, sino todo lo contrario una reacción contra el fragmentario sentido medieval político?

**DR. CHACON Y CALVO:** Desde luego, es así en el orden político. Pero no cabe duda que algunos hechos, especialmente de Carlos V, como el singular desafío que hace a su eterno rival el Rey de Francia, son típicamente caballerescos.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** En la Historia, de un período al otro siempre queda algún rasgo, pero yo he hecho la pregunta porque me parecía que esos residuos medievales no eran para tenerse en cuenta en un sentido demasiado destacado para dar carácter a la obra de los Reyes Católicos.

**DR. CHACON Y CALVO:** El feudalismo en España tiene un desarrollo muy limitado.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** ¿Piensa el Dr. Chacón que ese poco desarrollo del feudalismo español se debe esencialmente a haberse sustituído el caballero feudal por el pueblo, en el período de la reconquista?

**DR. CHACON Y CALVO:** Hay mucho de eso. Hay un hecho fundamental en la misma vida del Cid. El Cid llega a la más alta cumbre de la vida social de España y es en cierto modo un producto de extracción popular.

**SR. AUGUSTO HENRIQUEZ:** Dr. Chacón, si en España, en el siglo XVI, se había acabado de hacer la unidad política entre Castilla y Aragón, y no había unidad idiomática todavía, ¿por qué se habla del Siglo de Oro en la literatura española y no en la literatura castellana?

**DR. CHACON Y CALVO:** Bueno, porque el término castellano, desde hace mucho tiempo, ha representado a toda la literatura española. Desde luego, el esplendor es principalmente de la castellana.

**DR. SUSINI DE ARMAS:** Después de felicitar al Dr. Chacón, honra y prez de la Literatura Española y del movimiento cultural en Cuba, quisiera hacer una pregunta. Me parece que usted dijo que Pedro Henríquez Ureña, había encontrado ya en Juan Luis de Alarcón como un principio, una iniciativa, una tendencia literaria hispanoamericana...

**DR. CHACON Y CALVO:** Sí. En una conferencia memorable, que inicia una nueva época en los estudios alarconianos, reclama para la cultura inicial del Virreinato de Nueva España, esta gran figura, y prueba, con documentos importantísimos, que estuvo mucho más tiempo Juan Luis de Alarcón en México del que hasta entonces se creía en las biografías del gran dramaturgo.

**SR. ROBERTO SIMEON:** Dr. Chacón y Calvo, yo quisiera que usted me hiciera el favor de aclararme estos conceptos. Usted se refirió a la empresa de los Reyes Católicos como empresa civilizadora; después a la labor de España como sentimiento universalista. Yo quisiera que

usted me aclarara, si el atropello y la destrucción de una cultura, como fué lo que hizo España en América, avasallando a los indios, se puede considerar labor civilizadora.

DR. CHACON Y CALVO: Bueno, esa destrucción de una cultura no es un hecho enteramente exacto. Al contrario, no creo que en ninguna empresa de colonización se haya ofrecido, paralela a esta empresa, a este momento de la colonización, una crítica de esta colonización misma, como la que ofrece la colonización española en América. El cristicismo surge en la misma iniciación de la época colonial. Por primera vez en 1510, y en estas islas de las Antillas, un fraile habla de la libertad como signo distintivo de la dignidad del hombre. Desde ese momento, y creo que a esto ha de referirse mi compañero de esta tarde, el Dr. García Pons, hay un movimiento criticista en torno a la colonización, que es una de las más altas honras de la España del Siglo de Oro.

SR. OTTO JAHKEL: Quisiera saber si todo el Siglo de Oro español no fué más bien un reflejo del Renacimiento de Italia, y también me interesaría mucho su opinión sobre lo que he leído de que todo el movimiento místico fué —no lo tome como ofensa; sino que lo he leído— de enfermos biológicos, como Teresa de Jesús, la histérica de Avila, y Juan de la Cruz.

DR. CHACON Y CALVO: Esas son preguntas que ya la Historia ha contestado hace mucho tiempo. La presencia de la medieval en el Renacimiento español le da algunas de sus notas más características. Y en cuanto a los místicos españoles, ya es un hecho indubitable de que dan al mundo quizás el momento más esplendoroso de la poesía y de la misma investigación psicológica. Yo trabajé muchos años en Madrid al lado de un psicológo francés y gran erudito francés, formado en la doctrina positivista, Baluci. Está preparando su gran obra "San Juan de la Cruz y la Experiencia Mística". Pues bien, cada vez que Balucí, hombre formado en el positivismo francés de fines del siglo pasado, terminaba una de sus empresas de investigación en torno a los místicos españoles, me decía: "estoy cada vez más convencido de que estas figuras de la mística española, son quizás las más universales de la poesía mística del mundo".

UN OYENTE: Doctor, por todo lo que usted ha dicho se ve que el Siglo de Oro fué muy brillante en la forma, pero ¿qué consecuencias tuvo?

DR. CHACON Y CALVO: Dió al mundo una figura como Cervantes, en lo que parece que la forma es lo secundario, ¿no?

## "A LA UNIVERSIDAD DEL AIRE"

**(La mejor audición cultural de la radio cubana, dirigida brillantemente por el Dr. Jorge Mañach y con un profesorado inigualable)**

I

¡Salve, Universidad del Aire! Ostentas
el sello de Minerva por divisa;
y a los ojos del pueblo tú presentas
el valor que el saber hoy simboliza.

II

Tus audciones son remanso ameno
do encuentra el gran saber hermoso cauce,
y es cada juicio un manantial sereno
que espero siempre que la ciencia encauce.

III

Cuando surcas el éter, ¡cuán dichosos
son los que oyen en lejanas tierras
y los que en la Emisora están ansiosos
de conocer la ciencia que tú encierras!

IV

Y, ¡con cuánta alegría saludamos
cada audición y cada hora instructiva,
y con cuánto tesón nos dedicamos
a hacer que honores y placer reciba.

V

Pues tanto amor por Ella ya sentimos
que sólo deseamos que no muera:
que este bello presente que hoy vivimos
sea llama del saber y eterna hoguera.

VI

Que siga en su labor educadora,
que el pueblo ha de apoyar su causa santa:
que riegue la semilla bienhechora
que nos dará la más preciada planta.

## VII

El árbol del saber y la cultura
brotará de la mies de sus lecciones,
y Cuba tendrá una Era de ventura
y alegres estarán los corazones.

## VIII

Y el futuro maestro que hoy le entrega
sus versos más sentidos y sinceros,
verá que como el triunfo de Ella llega,
llega el triunfo de **Juan Jesús Cisneros.**

Con toda admiración: **Juan Jesús Cisneros Suárez.**

**La Habana, 15 de abril de 1951.**

---

César García Pons

# La conquista de América

CUANDO el genovés Cristóbal Colón comienza a escribir, para informar a los Reyes Católicos, sus primeras impresiones deslumbrada aún su pupila por la sinfonía de luz y de color que eran los mares y las tierras virginales que acababa de descubrir, parece responder, con las concretas referencias que en ellas hace al oro y a las riquezas naturales que halla a su paso, al espíritu de las Capitulaciones que en Santa Fe de la Vega de Granada con él se habían suscrito el 17 de abril de 1492, convencida ya la reina Isabel de las bondades de la empresa. En esas Capitulaciones, —expresión desnuda de sus verdaderos objetivos—, tan sólo se habla de un orden material de cosas, directamente aludidas: del dominio de los Reyes Católicos sobre las tierras que se descubrieren, de los beneficios a obtener en ellas, de los títulos y derechos que cabrían a Colón. A la luz de este documento, en la mente del que proyecta, —Colón—, y en la de los que aceptan, —Fernando e Isabel—, el viaje, los descubrimientos, los riesgos se producirán en pos de rendimientos mercantiles alimentada, sin duda, la ambición por el aliento imperial que ya permite a la unidad española el final victorioso de la Reconquista. A su vez, cuando Colón regresa, mucho se preocupa de llevar a bordo de sus naves las pruebas irrefutables de la verdad de sus promesas: oro, indígenas, plantas y frutos. Y al discutido primer viaje, que rechazan las famosas Juntas de Córdoba y Santa Fe, que exige de los Reyes providencias a fin de que delincuentes sujetos a procesos puedan escoger entre la cárcel o el mar preñado de peligros, propiciando así material humano con que afrontar el desafío a lo desconocido, a ese primer viaje de sólo un navío y dos

carabelas y noventa hombres guiados por la tenacidad de un Almirante que se estrena, sucede, por la eclosión de entusiasmo que su éxito suscita, el que se realiza a seguidas con diecisiete embarcaciones y mil quinientos conquistadores.

Estos fueron los comienzos, por añadidura así atestiguados en el latín transparante y ligero de las cartas a señores de Italia, en que el humanista Pedro Mártir de Anglería bautizara **Orbe Novo** el hallazgo ultramarino.

---

La empresa fué española. Y a España pertenecen, sin disputa, sus glorias y sus momentos sombríos. Sólo España, en verdad, puede decir que aportó a la Europa renacentista la imagen impar de un mundo nuevo: de silueta física insospechada, de humanidad propia y distinta, de bellezas naturales inéditas. Empero, en ese lienzo grande y original habría de figurar, a su vez, desde entonces, lo que fué para la tierra descubierta el dolor de su caída, a manos de extraños visitantes armados, que en toda su extensión afirmaron su presencia y su poder. Porque el marino genovés que a tanto se atrevió, y sus secuaces, no encontraron príncipes asiáticos a quienes entregar las cartas que les dieran, —si eso fué cierto—, Isabel y Fernando, sino, en las Antillas, grupos dispersos de una sociedad primitiva, mansa y pacífica, un poco más abajo la inicial rebeldía de los caribes y, en definitiva, en la Costa Firme, vastos imperios, —los aztecas, los mayas, los incas—, que recorrían a la sazón momentos débiles de su historia ignorada.

Un bosquejo de la acción desenvuelta por el conquistador nos consumiría todo el tiempo. Algunos nombres llevarán al oyente por los caminos historiados. Colón cierra con su cuarto viaje, —cuyo móvil fué encontrar a través de las Indias el camino de Asia—, su actuación en el escenario de su hazaña. Brazos españoles se encargarán de continuar los descubrimientos y de sojuzgar las tierras. Y desde el Cabo de Hornos hasta el Cañón del Colorado el pabellón de España impuso su voluntad en fuerza de coraje y de valor temerario. Se emplearon por el conquistador medios diversos, y entre ellos la astucia, el engaño y el crimen no estuvieron ausentes. En la gran masa de aventureros que la

empresa confundía, algunos hombres aunaron la ciencia militar y el arte de la política y, vencido el indio, realizaron obra de fundación europea bajo la influencia de la civilización de que eran producto y sujeta a los modos de su cultura. La figura por antonomasia es Hernán Cortés. Seguidor del conquistador español fué el de Portugal, que se adentra en una considerable extensión del sur; el de Inglaterra, que acaba por dominar en casi todo el norte del Continente; y los franceses y holandeses, que se quedan con pequeñas porciones del despojo. Todas las naciones conquistadoras promulgaron pragmáticas acerca del indígena y todas, a la postre, lo trataron despiadamente. Disponían para derrotarlo de la nave, de la pólvora, del hierro, del animal de monta. Y espiritualmente de una fuerza impulsora decisiva: la codicia. Apagado el estruendo de la lucha, el europeo comenzó la colonización a base del indio sometido y de elementos civilizadores traídos del Viejo Continente. El indígena calló. Sólo tres siglos más tarde, cuando la **transculturación** operada en sus descendientes crea un mestizo hecho en parte a la civilización importada y despierto al mundo de las ideas, ocurren las primeras grandes rebeliones. Culminaron al modo que recuerda la cruenta tragedia de Tupac-Amarú. Y ya el indio, otra vez vencido, no volvió a hablar. Con todo, su protesta quedó escrita desde el siglo XVI, y en prosa imperecedera, por los "Comentarios Reales" del Inca Garcilaso. La lírica maya andando los años tradujo en el relato de **Chilam Balam** la nostalgia de los dorados días en que iba "derechamente erguido el cuerpo de los hombres", antes de que el invasor les enseñara el miedo y, para que su flor reviviese, dañara y sorbiese "la flor de los otros"; y una leve esperanza de retorno: "Toda luna, todo año, todo día, todo viento camina y pasa también".

A partir del segundo viaje los reyes españoles dictan, en instrucciones precisas, lo que es la voluntad de la Corona acerca de las tierras descubiertas, y en las que hay ya principios, doctrina política, ordenamiento jurídico. De sus quince puntos el primero reza: Procurar la conversión de los indios a la fe católica; y el segundo: Tratarlos bien y amorosamente. Es el primer documento que enfoca las bases de la colonización. Se expidió el 29

de mayo de 1493. Sin embargo, poco después la propia Corona autorizaba los repartimientos y las encomiendas de indios. Era la falacia jurídica de la esclavitud. En 12 de abril de 1495, otra Real Cédula permitía que se les vendiera como esclavos en la Península.

Las llamadas Leyes de Indias recogen ampliamente la legislación que amparaba la obra de la conquista. La realidad antes apuntada se separó mucho de su doctrina. El orden jurídico constituye un aparato lujoso que, partiendo de arriba abajo muestra el Real y Supremo Consejo de Indias, organismo legislativo, ejecutivo y judicial que ostentaba, salva la voluntad del Rey, la suprema autoridad; la Casa de Contratación para las relaciones mercantiles, y, según las circunstancias, se sucedieron adelantados, gobernadores, capitanes generales, oidores, audiencias y virreinatos. Esto último, expresión de una organización estatal más seria, floreció, cuando ya la colonización estaba asegurada, en México, —Virreinato de Nueva España—, en Perú, virreinato de su nombre, en Venezuela, Panamá y aledaños, —virreinato de Nueva Granada—, y, posteriormente, en Buenos Aires.

No creó, con todo, la nación descubridora nuevas Españas, como pretende Salvador de Madariaga. Reprodujo tan sólo en las colonias que iba sembrando, y para sofrenar la vida del espíritu, el Estado-Iglesia que ella representaba y, por su virtud, el carácter integral que tan bien le caracteriza en los días en que es la vanguardia de la Contra-reforma. Las Ordenes religiosas, —franciscanos, dominicos, jesuítas—, brazos culturales del Imperio, no tardaron, sin embargo, en idealizar la conquista aspirando a la conversión del indio, ni cedieron un punto de su independencia de juicio frente al atropello y el desmán. Por eso en las soledades de la enorme tierra conquistada hay muy frecuentemente dos imágenes que se excluyen: la del conquistador, de manos tintas en sangre, y la del fraile que le imputa su pecado. En este sentido es voz de la Iglesia la primera que se alza en protesta. Y es de notarse que mientras en el propio solar español no había fuera del campo teológico espacio para la discusión, para la heterodoxia, para las minorías discrepantes, en América fuese un

fraile dominico, Antón de Montesinos, el primero que se pronunciara en defensa de la libertad.

Esto tiene importancia. Es el momento inicial de la llamada Controversia de Indias. Los sermones de Montesinos, que aprobaban antes de pronunciarse los doce dominicos que constituían en 1510 la primera comunidad en La Española, sentaron en las barbas mismas de Diego Colón y sus hombres una tesis radical y absoluta: la ilegitimidad de la conquista: "Decid: ¿con qué derecho, con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquellos indios, y con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido?"... "¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales?"

Diego Colón, que ha sucedido a su padre en la condición de virrey, no puede lograr del prior Fray Pedro de Córdoba ni de Montesinos que se retracten. Tal firmeza llega a oídos de Fernando el Católico, quien condena en una real cédula el pronunciamiento del fraile, como su sucesor Carlos V condenará años después las Relecciones de Francisco de Vitoria pidiendo en carta al prior de San Esteban de Salamanca que sus religiosos "ni ahora, ni en lo sucesivo traten, ni prediquen, ni disputen de lo mencionado", (su derecho a las Indias, Isla y Tierra Firme del Mar Océano). Mas, si a Diego Colón contestó Montesinos con otro sermón repitiendo su dicho, al Emperador respondió Vitoria con otra Relección más explícita y terminante, que no se detiene ni ante la autoridad papal, por cuanto que niega a las Bulas de Alejandro VI todo valor como instrumento para donar tierras. "Vitoria, —dice el P. Getino—, sostiene el poder pontificio en orden a los negocios espirituales; pero niega que el Papa tenga dominio espiritual sobre el que no lo haya aceptado voluntariamente". La rebeldía de Vitoria avanza hasta afirmar: "...cuando los españoles navegaron por primera vez a las Indias ningún derecho llevaban consigo para ocuparlas". Lejos de ello su alta mentalidad política les concede el derecho a la convivencia, a figurar en la sociedad de naciones, concepción audaz que repre-

senta en el ideario del gran dominico su primer paso hacia el derecho de gentes, que después la ciencia jurídica denominaría derecho internacional.

Como se sabe, los mantenedores de la teoría teocrática encontraban en ella la justificación de la donación de Alejandro VI, —hija de la disputa con los portugueses—, porque el Papa era, en nombre de Dios, el supremo poder; del derecho de los Reyes españoles, a quienes, para evangelizar a los indígenas, se confió por él la conquista; y el de la guerra a los que se resistían a la conversión. Palacios Rubios, consejero en la Corte de España, inventó la fórmula del **Requerimiento,** según la cual antes de comenzar la agresión debían explicarse a los indios los derechos divinos y naturales que asistían a los conquistadores. La no aceptación implicaría la guerra. Fué el suyo, —dice el maestro Chacón y Calvo—, un formulismo legalista, verboso y vacío. En el orden teológico, Ginés de Sepúlveda representa, a través de su polémica con Bartolomé de Las Casas, la extrema derecha de la reacción. Enarboló la tesis, —partiendo de Aristóteles—, de que el indio era esclavo por naturaleza. Y justo es apuntar, sin temor, que la flor y nata de los teólogos españoles siguió a Vitoria. Domingo de Soto, recordando a San Pablo, que asegura que la fe es ley de libertad, dice por su cuenta: "Sería hacer odiosa **nuestra fe** ante los infieles, si con el pretexto de propagarla los pudiéramos conquistar y dominarlos". Por último, Fray Pedro de Córdoba propugna la "evangelización pacífica", la obra del misionero, esto es, la exposición y el sacrificio con sólo las armas de la palabra y el símbolo de la Cruz. Las Casas, apóstol apasionado, sustanció la tesis con caudalosa argumentación. Como se ve, el criticismo frente a la Conquista parte de plumas y pensamientos españoles.

---

Hemos hablado antes de **transculturación,** término por el que Fernando Ortiz define los frutos de la actitud espiritual que inspiró a algunos misioneros y conquistadores extraordinarios la conciencia de que había que "llegar al alma de las masas indígenas por otros medios que el del exclusivo pensamiento europeo, mejorando las propias industrias y oficios de los naturales, ahon-

dando en sus idiomas, ayudándolos a su expresión personal", como escribió, con su habitual agudeza crítica, Mariano Picón Salas; para señalar después cómo esa nueva actitud, que sucede a la violencia militar y la sustituye, determina la conciliación entre el hecho fatal del sojuzgamiento del indio y la presencia de su agresor, porque de "ese contacto directo y ferviente de los primeros frailes y misioneros con las realidades de la tierra, surgirán las primeras expresiones de criollización, la nueva forma que asume, bajo el imperativo del medio, la idea conquistadora". De ahí que Fray Bernardino de Sahagún, franciscano, domine y se valga de la lengua **náhuatl** y escriba, buceando científicamente en la naturaleza mexicana y en la vida aborigen, su admirable "Historia General de las cosas de Nueva España"; que Fray Toribio de Benavente (Motolinía), también franciscano, con preocupación política pida al Emperador infantes que gobiernen y residan con las Indias Occidentales, y que un Cortés, capitán y estadista, aspire a que el español vea en su nuevo asiento un sitio para arraigar y quedarse y no un mero escenario de aventuras.

La conquista de América aumentó los caminos del mundo e inauguró la historia universal, incorporando territorios y razas que comenzaron desde entonces a girar en la órbita de la cultura de Occidente. El viejo molde europeo fué vaciando y readaptando sobre el "existimado Continente", como gustaba de llamarlo Pedro Mártir, y tres siglos después una humanidad distinta a la primigenia, y a la que no faltó el aporte sanguíneo de ésta, quería, por americana, ser libre en la propia tierra en que sus antepasados más próximos habían ahogado la libertad. Así, para Inglaterra, las colonias del Norte, y para la nación descubridora y las demás que de ella se aprovecharon, los pueblos de la actual hispano-américa. En lengua castellana principalmente, en la hermosa lengua de la Reina Isabel, se construyeron para España la leyenda negra y la apología. La verdad, no obstante, está en el medio, porque si ella sirvió para que un Lope de Aguirre dejara a la posteridad, en carta a Felipe II, las pruebas de la crueldad con que Europa saludaba al mundo descubierto, en ella y en su elocuencia se hizo fuerte también el noble empeño de los que

querían levantar en su suelo, —unos para Dios y otros para la humana felicidad—, sociedades y pueblos sin cadenas. Esos pueblos fueron al cabo, y no han desmentido su destino.

## BIBLIOGRAFIA:

"Historia de América", Luis Alberto Sánchez, Ediciones Colí, México, 1944.

"El documento y la reconstrucción histórica", José María Chacón y Calvo, "Revista de Avance", La Habana, 1929.

"De la Conquista a la Independencia", Mariano Picón Salas, Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

"El Maestro Fr. Francisco de Vitoria", Fr. Luis G. Alonso Getino, Imprenta Católica, Madrid, 1930.

# DISCUSION

**DR. BEGUEZ CESAR:** Dr. García Pons. Pocas veces he oído una conferencia donde se exponga la verdad con tanta valentía. Pero, usted habla acerca de la extinción del indio y del mestizaje; ¿no está previamente la esclavitud negra? y después de eso, ¿no está la esclavitud china?

**DR. GARCIA PONS:** Lo que se llama criollo en la América, lo que viene a ser una expresión del fenómeno de la transculturación de que habla Fernando Ortiz, es por vía de la mezcla del indio y del colonizador, del conquistador. La esclavitud negra no crea el mismo fenómeno. El aporte étnico negro no crea el mismo fenómeno en toda la América. El caso cubano se aparta por completo de eso.

**DR. BEGUEZ CESAR:** Yo no me refiero al caso cubano. Yo me refiero al caso continental en general. Cuando se extingue el indio viene el negro.

**DR. GARCIA PONS:** Sí, y aun antes, como una forma de la esclavitud.

**DR. BEGUEZ CESAR:** Estamos de acuerdo en eso.

**SR. RUBEN REYNOSO:** Si me permite un minuto, con la venia del Dr. García Pons, tenía una pregunta antes al Dr. Chacón y Calvo; inmediatamente otra sobre el mismo tema o sobre el tema de su conferencia al Dr. García Pons. ¿Me permite?

**DR. MAÑACH:** El turno del Dr. Chacón y Calvo ha pasado ya, Sr. Reynoso. Le ruego que haga la pregunta al Dr. César García Pons, tanto más cuanto que no tenemos tiempo.

**SR. RUBEN REYNOSO:** Bueno, es una lástima, porque era sobre una equivocación política de la Edad de Oro. Bueno, se nota, Dr. García Pons, a través de su conferencia, una como mixtificación eclesiástica de

la Conquista, pero ¿frente a Montesinos y a Vitoria, no se levantaban también los frailes como Valverde, el asesino de Tupac-Amacú, y Osorio, y los otros frailes también dominicos y franciscanos sobre todo, que se opusieron a las libertades humanas?

**DR. MAÑACH:** Como no tenemos ya, escasamente, más que un minuto, y ese es precisamente el que yo necesito para despedirme de ustedes, vamos a clausurar la audición, y después, a puerta cerrada, podemos hacer las demás preguntas y respuestas. Esta pregunta del Sr. Reynoso me temo que va a provocar una contestación un poco larga.

[Sigue la discusión posterior, que no salió al aire.]

**DR. GARCIA PONS:** ¿Me hace el favor de repetirme la pregunta?

**SR. RUBEN REYNOSO:** Decía que se nota, a través de la conferencia del Dr. García Pons, como una mixtificación eclesiástica de la Conquista. Pero la pregunta es ésta: frente a Montesinos y al Padre Vitoria, que eran combatidos dentro de su mismo claustro y a quienes, como dice muy bien después en su conferencia, los desautorizaba el mismo Papa en sus declaraciones, ¿no se levantan las figuras trágicas del fraile Valverde, el autor de la muerte del Rey de los Incas, el Padre Osorio, conquistador del Perú y las otras figuras que combatieron las libertades humanas en nuestro Continente?

**DR. GARCIA PONS:** Efectivamente, no es que se levanten, es que estuvieron desde los primeros días de la Conquista. Pero yo quiero antes precisarle a usted lo siguiente. No hay ninguna mixtificación, como usted dice, en mi conferencia acerca de la presencia de los frailes que yo contemplo. Es realidad de la Historia, y sólo cometiendo una adulteración pecaminosa por mi parte de la verdad histórica, podría yo cambiar lo que en la Historia está. Efectivamente, todos esos frailes y muchos más, los jesuítas, por ejemplo, en el Paraguay, en otro orden de cosas, siguieron la línea de conducta que usted dice, pero eso no es lo que le da tono en lo absoluto a la acción de los misioneros y a la colonización tal como esos representantes de la Iglesia la vieron en América. La realidad histórica es que la voz primera que se levanta en América por la libertad, es la de un fraile; y la realidad también es ésta: que la voz de cultura más poderosa que se levanta en América desde los inicios, es voz de frailes. Yo no tengo la culpa, como conferencista, que eso esté en la Historia. Pero le puedo añadir además algo. Frente al punto de vista de Vitoria, de Domingo de Soto, de Bañez, de Garcés, de Córdoba, de los que constituían la flor y nata del Convento de San Esteban de Salamanca, los que levantaron en España la voz contra ellos tuvieron un eco muy débil y reducido. Carlos V bajó la cabeza frente a Vitoria. Carlos V cedió a la doctrina de Vitoria. El Papa, Alejandro VI, no desautorizó a nadie, ni ningún Papa. La controversia de Indias se batió en España,

se desenvolvió en España, y se ganó por los teólogos españoles que siguieron a Vitoria. Fué el poder político español el que entendió que las bulas permitían a España un derecho político sobre América. Ese fué el derecho que le negaron los teólogos españoles desde Salamanca a Carlos V. Situada así la cuestión, no hay la menor duda de que yo he contemplado una verdad, la verdad que he traído aquí. No la mixtificación de que usted me hablaba.

**SR. RUBEN REYNOSO:** Quiero aclarar ante todo que no soy anticatólico. Ser anticatólico sería combatir una cosa que uno no siente. No. Sino que soy completamente liberal, amplio. Ahora, cuando los Reyes Católicos sometidos completamente al poder temporal y espiritual del Papa, piden autorización para conquistar las Islas, la tierra de América, y el Papa les permite y les entrega en arriendo temporal todas las materias, las riquezas, los hombres, y las tierras que encuentren en estos lados, ¿no está el Papa interviniendo completamente en las cuestiones humanas de aquí en la América? Ahora, por lo tanto, los frailes, que vienen a conquistar la América, invierten el dinero, permiten la esclavituud de los indios, traen esclavos negros a la América, y permiten toda clases de expoliaciones a los mismos trabajadores y conquistadores, ¿no son también pertenecientes a la Iglesia Católica, Apóstolica y Romana? Por lo tanto, si esos frailes que también han hecho historia y han ayudado a enterrar miles de hombres libres en la América, no pertenecen a la Iglesia Romana y no merecen un lugar en la Historia, entonces está usted parcializado con la parte de la Iglesia, de la poca parte de la Iglesia que ha defendido los principios humanos.

**DR. GARCIA PONS:** Le dije antes que lo que daba tono a la tesis que yo sustento es lo que está en la realidad de la Historia. Los frailes de que usted me habla, que son los hombres de todos los tiempos y de todos los momentos históricos, no son los que le dan carácter a la conquista de América, desde el punto de vista de la famosa controversia de Indias y del criticismo frente a la Conquista. No puede dársela un fraile que viene a realizar una obra pareja a la del conquistador común. Probablemente ese fraile era tanto como el conquistador. Se lo da, por ejemplo, Hernán Cortés, como conquistador y estadista, y se lo dan Montesinos, Sahagun, Zumárraga, Motolinía, que no son simplemente misioneros, y que no son simplemente evangelizadores, sino que son los que operan los primeros fenómenos de transculturación de la civilización importada a las masas indígenas de América. Hay obras fundamentales, desde el punto de vista de la etnología, de la historia, de la filología, que son obra exclusiva de esos misioneros. Y eso es lo que importa para mí, en lo que mira a la historia de la cultura y a la Historia misma. Además, la polémica frente al indio y por el indio, la inician y la sostienen con más calor que nadie los frailes misioneros. Y ahí está la figura de Las Casas, que no me deja mentir. Es una figura universal. Le digo otra vez la

misma cosa. Antes que nadie, habló en América de libertad un fraile dominico. Si los frailes dominicos después ahogaron el pensamiento a través de la escolástica, y establecieron en universidades en todo el Continente lo que ellos estimaron que era, en ese momento de la Historia, su deber o lo que era la dirección de su pensamiento, eso no desmiente en lo absoluto que el criticismo español frente a la Conquista fuera obra inicial de frailes, dominicos, franciscanos y jesuítas, y que la voz primera que se levantara en América en defensa de la libertad, fuera una voz de la Iglesia.

**UN OYENTE:** Bueno, yo quería hacerle una pregunta al Dr. Mañach, el cual al principio de iniciarse la audición de la Universidad del Aire habló de una división que exstía entre izquierdas y derechas. Yo quiero decirle al Dr. Mañach, si él no pone ninguna objeción en eso, que haga una revalorización de ese nombre de derechas que nos ha aplicado, porque no creo que nosotros defendamos el capitalismo ni ninguna de las doctrinas de derecha, a que el Dr. Mañach puede hacer alusión. Y, además, quiero felicitar al Dr. García Pons, por la costumbre que tienen algunos de generalización, o sea, que cuando un grupo de individuos que pertenecen a una institución hace una cosa, por vituperable que sea, en lo cual estoy de acuerdo con el compañero Reynoso, en la oposición a los frailes que se opusieron a la Conquista, lo condeno tanto como lo pueda condenar el Sr. Reynoso y como lo pueda condenar cualquier otra persona que tenga un poco de corazón.

**DR. MAÑACH:** Quiero contestarle al joven que acaba de hacer estas manifestaciones, que los términos "derecha" e "izquierda", son términos convencionales de los cuales nos valemos hoy día para describir, de un modo sintético, posiciones que en general se caracterizan unas como más adscritas a la tradición y otras más adscritas al futuro De manera que esos términos no tienen un sentido perorativo, no comportan ningún juicio de calidad en absoluto; a lo sumo un juicio puramente sobre el tipo de ubicación. ¿Está claro eso?

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Exaltando lógicamente el valor de anticipación al derecho internacional que tiene el Padre Vitoria, que es una cosa perfectamente indiscutible, y refiriéndome de nuevo a lo que ha sido motivo fundamental de discusión esta tarde, permítame la siguiente pregunta. ¿No cree que la vituperación de hechos dirigidos por algunos miembros de la Iglesia, a los colonizadores españoles, creando fundamentalmente la leyenda negra, puesto que podemos atribuir esencialmente a estos clérigos de una manera esencial la creación de la leyenda negra, no tenían por finalidad, no la libertad y defensa del indio, sino que estas concesiones que se hacían a los conquistadores pasasen a ser concesiones de la Iglesia, cambiando el esclavo indio de los conquistadores a esclavo indio de los miembros eclesiásticos?

**DR. GARCIA PONS:** Yo no comparto su criterio. Creo todo lo contrario. Y conste que yo no pertenezco a la Iglesia Católica. Yo le puedo citar a usted, en oposición a eso, que los primeros experimentos que se realizaron en América para redimir al indio a través de la sociabilidad del indio mismo, fué obra de frailes que no pensaban en enriquecerse, ni pensaban llevar a la Iglesia tesoro ni riqueza de ningún tipo. Tres fueron los ensayos principalmente, y uno de ellos se realizó en Cuba. Fracasaron, pero fué por virtud del medio que el conquistador imponía. Fué por virtud del medio que la empresa colonizadora establecía. Pero ese no fué el ánimo de los que propusieron los ensayos, ni fué el ánimo de los frailes que los auspiciaron. En cuanto a la presencia de los primeros misioneros en América, no hay más que una sola verdad. Vinieron con un absoluto desinterés desde el punto de vista en que nos colocamos hoy para contemplarlo; el interés que perseguían era el interés religioso de la evangelización del indio. Pero si usted compara la posición de los Reyes Católicos con la de los frailes que vinieron aquí, usted encuentra diferencia fundamental. Por ejemplo, los Reyes Católicos proveen cuando los frailes les advierten. Pero las doctrinas no son creación propia de la Corona. Es un reflejo de la postura crítica de los frailes en América, y eso se lleva a las Leyes de India. Ellos por su parte hacen lo que yo he dicho en mi conferencia, lo que hicieron los misioneros en México, oponiéndose a los conquistadores y llevándolos a este plano. La conquista no se puede operar —decían ellos— sino actuando sobre las masas indígenas a través de sus propias lenguas, reconociendo y respetando la propia personalidad del indio, ayudándolo a su expresión natural. Esa es la postura científica de los frailes que debe tenerse en cuenta, porque son los que hablan en América de la cultura y de la libertad. No la de los otros que negocian hoy, como antes y como van a negociar mañana, pertenezcan o no a la Iglesia Católica.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Me va a perdonar un breve momento. Era innecesario lógicamente que usted señalase su oposición, porque lógicamente es muy respetable, tanto si está dentro del catolicismo como si está fuera. Estamos hablando de cuestiones históricas y cuando yo hago alguna pregunta en este sentido, no la hago animado por mi posición ateísta o de otra clase. La hago sencillamente en honor a la cultura, y lo he procurado hacer siempre, poniendo un poco más de fuego o un poco menos, en mi manera de ser lógico. Pero yo pienso sencillamente que el clero, en todo momento, ha tenido en cuenta los intereses de la propia Iglesia. En términos generales es inaceptable otra posición. Cuando la Iglesia en algún momento ha pensado que le convenía tener una masa de indios participando de sus opiniones como una fuerza que oponer a aquéllos, por ejemplo, que huyendo de la Inquisición española, clérigos o no, venían a América para lograr un ambiente de cierta libertad que les permitiera desarrollar sus criterios, sus opinio-

nes, que podían ser peligroso expresarlos en la propia Península. Podemos encontrarnos con algún clérigo de esta clase y con algún conquistador de este tipo también. Pero, en términos generales, el clérigo que preconiza la libertad del indio para convencerlo y atraérselo, está persiguiendo un fin fundamentalmente beneficioso para la Iglesia. Pero junto a este tipo de atracción, por las buenas, opone también, inclusive el clérigo más liberal, la amenaza posible de que si no logra esta atracción, este convencimiento, entonces puede ser perseguido y puede ser dado a los conquistadores de esa forma terrible de la Conquista.

**DR. GARCIA PONS:** Eso no está en la verdad de la Historia. Eso que usted ha dicho ahora no está en la verdad de la Historia. Yo le voy a hacer esta afirmación rotunda; la obra de cultura que realiza España en América, se debe casi de modo absoluto a los primeros misioneros; y los brazos culturales del Imperio fueron las órdenes religiosas. Esa era la España del siglo XVI y esa fué la España que vino aquí. El Estado-Iglesia, por ejemplo, cuando es criticable, desde el punto de vista de las ideas liberales, es después. En ese momento, la representación de la Iglesia en América está librando una batalla por la libertad. Y ese es el fenómeno que yo apuntaba en mi conferencia. Mientras en España no hay lugar para las minorías discrepantes, porque no hay fuera del campo teológico espacio para discutir, en América los frailes, no ya critican la Conquista y llaman por su nombre al conquistador, sino que se dirigen a Carlos V directamente, sin mediadores. Ahora bien, ¿por qué se le ha de atribuir a lo que está incluso santificado por el martirio, un propósito puramente crematístico en el orden material o de intereses de la Iglesia? Desde el punto de vista de la evangelización no cabe duda. El fraile no va a abogar por el ateísmo del indio. Va a abogar por la fe religiosa. Yo creo que a poco que usted piense sobre esto, que está en el pasado, que yo no lo invento, usted concluye, lo mismo que yo, que la obra de cultura en América mientras no se haga una adulteración pecaminosa, repito, de la verdad, hay que atribuírla en sus inicios a las órdenes religiosas. No queda otro remedio, salvo que uno cierre los ojos y quiera ver en la Historia una cosa que en la Historia no existe.

**UN OYENTE:** Doctor, yo quería hacerle una pregunta para que me hiciese una pequeña aclaración, que hace tiempo yo deseo saber. Enaltecen y engrandecen muchísimo al Padre Las Casas porque defendió y obtuvo la eliminación de la esclavitud del indio. ¿Debe engrandecerse al Padre Las Casas cuando, libertando a los indios, permitió que esclavizaran a los negros, que también eran libres en su país?

**DR. GARCIA PONS:** Usted plantea una cuestión nueva en el debate. Yo estoy con usted en cierto modo. También podría apuntarle a Las Casas que él antes que defensor de los indios y que apóstol de los indios fué clérigo con encomienda; él las tuvo antes, y Montesinos fué quien lo sacó del error. Entonces se fué al lado de los indios. Pero eso

que usted plantea no es exactamente así. La realidad es ésta. La presencia de la esclavitud negra en América no fué un trueque; no se esclaviza al indio y sí se esclaviza al negro. La campaña realizada en defensa del indio situaba al conquistador y al colonizador en una situación muy difícil porque eso había ganado en la conciencia española campo. Había ganado campo y había ganado una actitud de repulsa. En cambio, la esclavitud del negro, la esclavitud de los hombres de Africa era una cosa que aceptaba toda Europa y todo el Mediterráneo. Desde el punto de vista de lo que era una cosa histórica y admitida, la repulsa era menor. No voy a disculpar al Padre Las Casas porque no libraba igual batalla. Pero no es una sustitución ni un trueque. No se puede contemplar así.

**DR. MAÑACH:** El Dr. Chacón y Calvo quiere hacer una apostilla.

**DR. CHACON Y CALVO:** Puede agregarse, a lo dicho por el Dr. García Pons sobre este extremo, que el Padre Las Casas confesó su error y se arrepintió de su postura frente al negro.

**DR. GARCIA PONS:** Así fué, en efecto, y esta aseveración está amparada también por prueba documental.

---

XXIX

**Blanca Dopico**

# Cervantes y la España de su tiempo

VENGO esta tarde a la prestigiosa Universidad del Aire, sabiamente regida por el doctor Jorge Mañach, con dos propósitos: primero, tratar de ceñir al límite preciso de quince minutos los vastos horizontes y las múltiples sugerencias de la lección de hoy, "Cervantes y la España de su tiempo"; el segundo no es otro que exaltar, en la más universal y humana de las figuras literarias españolas, la efemérides consagrada al Día del Idioma. Pocas ocasiones más oportunas que ésta, a propósito de una lección sobre Cervantes.

Vivimos bajo el imperio de un verbalismo atroz que se ha metido por todas partes. Hora es que empecemos, en fecha tan significativa, a descortezar el alma de esa cubierta que la opaca. Hora es que rescatemos, en el Día del Idioma, el valor esencial de la palabra y que hagamos a un lado la paja de la misma. Pensar con la palabra es una liberación; ella nos salva del desorden exterior y de la confusa sensación de las imágenes particulares. Cervantes, y tantos otros genios de la literatura, pensaron con palabras y con ellas se liberaron de la pesada atmósfera de su medio y perduraron en la calidad sustantiva de su obra. Acabemos con los oficios insalubres del hablar. Pongámonos en guardia contra sus muchas felonías. Rescatemos el idioma del abuso de los incultos o de los hábiles, que hacen de él un perpetuo galimatías o un instrumento de perversión popular. Recordemos que

el primer deber del hombre no es diferenciarse, sino ser hombre pleno, íntegro, capaz de consumir los más diversos elementos que un ámbito diferenciado le ofrece. El deber de quien quiera que se consagre a la ciencia o al arte, es estimar su obra, más grande que él mismo y buscar con ella no distinguirse, sino la mayor satisfacción del mayor número posible de vidas ajenas. Lo del hombre es tener verdad y no razón, precisamente, y mucho menos la torpe y mezquina dialéctica, deformadora de las más hermosas realidades.

La vida es continua creación y consunción continua, y, por tanto, muerte incesante. Es comulgar con el universo todo( trabajando en el tiempo para la eternidad.

En el tiempo y para la eternidad trabajó el Manco glorioso de Lepanto. Hace trescientos treinta y cinco años que su palabra apasionada, su humor gracioso y melancólico, habla en la dulce y armoniosa lengua española para el mayor número posible de vidas ajenas. Y en la fábula amena de su novela de caballerías, la más grande de cuantas se escribieron, sigue alentando al hombre a desfacer entuertos en nombre de la belleza, el amor y el bien.

Sean, pues, estas palabras y nuestra lección, homenaje devoto en fecha tan significativa.

---

Para conocer la posición histórica, el valor y la eficacia de la obra de un escritor, es necesario penetrar su alma y su vida. Esto puede realizarse cuando el artista es una personalidad incindible, cuando el hombre y el escritor son uno mismo, inmersos en su época. La posición característica que ocupa Cervantes entre las corrientes espirituales de su tiempo y en la historia de la cultura del pensamiento español, está determinada por su personalidad apasionante que se sobrevive con vigencia extraordinaria en las páginas de oro de sus creaciones.

La España unificada del Siglo de Oro tiene el monumento doctrinal de su conciencia política en la "Historia" de Mariana, y el símbolo de su plenitud espiritual en Miguel de Cervantes Saavedra, apasionado y popular intérprete de su patria, a la que llama "fuerte España", "España amada", "dulce España".

El Renacimiento alcanza la plenitud de su desarrollo en España dentro del marco áureo de los siglos XVI y XVII. Los valores espirituales de la Edad Media van a ser sometidos a revisión. El espíritu ascético y medieval será sustituído por una curiosidad intelectual viva e intensa. La cultura dejará de ser patrimonio de los privilegiados, para difundirse a todas las esferas de la sociedad. Los derechos del individuo se reafirmarán en el sentimiento de la dignidad humana y en la importancia social del individuo, frente al antiguo poder del señor feudal y la clerecía. El ser humano y los fenómenos del mundo sensible serán objeto de las especulaciones filosóficas. Las ciencias hallarán nuevos caminos en los métodos de observación y análisis. El espíritu científico se aplicará a la historia, a la política, a las artes, a las lenguas y a la literatura.

Desde fines del siglo XV los estados independientes de la España cristiana aparecen fundidos en uno solo. La unidad territorial, política y religiosa de la nación española queda consolidada con el triunfo definitivo sobre los árboles y la expulsión de los judíos. Con la Casa de los Austrias, entronízase la España imperial. La vida española del siglo XVI ofrece dos partes o períodos, correspondientes a dos grandes monarcas: Carlos V y Felipe II. El reinado de Carlos V ocupa desde el año 1517 al 56, fecha en que renunciando a toda sus grandezas se retiró al Monasterio de Yuste, y el de Felipe II, del 56 al 98, cerrándose con él la primera centuria de la rica y abundante edad de oro literaria.

Nace Cervantes en el instante en que parecía culminar la edad heroica de España, cuando el césar Carlos V aún no daba señales de fatiga, y el estruendo de sus armas y el esplendor de su gloria llenaban el vasto imperio de sus dominios. Con el emperador de Occidente vive Cervantes una España extrovertida, de guerras y triunfos, de conquistas y expansión máxima de lo español ante el viejo y el nuevo mundo, de apogeo cultural, de contactos italianos, de tono heroico que predominará por doquiera en escritores, humanistas, poetas y hombre de acción. Y en la vida el exponente más característico será el tipo del guerrero y el cortesano, que tiene en Garcilaso de la Vega, figura estelar en la lírica áurea, su más genuino representante.

La literatura del reinado de Carlos V, dice Menéndez y Pelayo, se desarrolló con pocas trabas, contrastando con la del período de Felipe II por su lozanía juvenil, su libertad y audacia. La tónica de ese momento histórico, lleno de malicie y sensualismo, de epicúrea alegría del vivir, viciosa y elegante, la podemos encontrar en los versos de Saa de Miranda, que dicen:

"Os jardins de Valença de Aragao
en que amor vive e reina."

Contaba nueve años Miguel de Cervantes cuando el César, cansado de correr por las vastas avenidas de su imperio, despojándose de todas sus altezas, se refugia en el monasterio de Yuste. En este marco de grandezas, de prosperidad, de predominio de lo español, vivió y creció el Manco de Lepanto, en cuya vida y obra vamos a encontrar la clave de estas dos épocas de encrucijada.

Durante la segunda mitad del siglo XVI, y bajo el reinado de Felipe II, la monarquía española llegó al apogeo de su poder. El sucesor de Carlos V acabó de establecer en España la unidad religiosa, política y territorial. Carlos había sido un monarca cosmopolita; Felipe II, nacido y educado en España, fué exclusivamente un soberano español. Fijó su residencia en Castilla, y de acuerdo con su carácter sombrío, hizo vida retirada en El Escorial. Todos los recursos de sus inmensos estados los consagró a la lucha por el catolicismo, hasta lograr la unidad de fe. Fuera de España la preocupación dominante de Felipe II fué combatir a los infieles y las provocaciones de Inglaterra. La victoria de Lepanto y la destrucción de la Armada Invencible son culminación de estas dos preocupaciones. En ambos acontecimientos, Miguel de Cervantes Saavedra va a figurar como soldado y proveedor.

Si separamos lo político de lo histórico, tendremos que convenir que España alcanza el predominio europeo bajo Carlos V y Felipe II; pero con los dos penúltimos Hapsburgos aquella grandeza se reduce, y bajo el tercero de la dinastía deviene España en manzana de la discordia de las intrigas diplomáticas internacionales. En cambio, como pueblo de poetas, místicos, eruditos

y artistas, desde los días de Felipe II hasta el último decenio de la decadencia política y nacional, es el guía y modelo de Europa, inigualado en solidez interior, en riqueza de formas y magnitud de ideas.

Esta fué la atmósfera histórica moral y espiritual en que se desenvolvió la robusta personalidad del autor del "Quijote". En esta España de transición, su alma heroica vivió intensamente los azares de una existencia combatida. En una ciudad de torres renacentistas, recortándose en un fondo azul de cielo velazqueño, hijo de un pobre hidalgo de los que pinta su novelesca, nació para la vida errabunda y trashumante, el año de 1547, según reza la partida bautismal, expedida en Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares.

Pronto tendrá que atemperar las amarguras de la realidad externa con las ilusiones de la fantasía. Pobre de recursos, tuvo que suplir con vocación y esfuerzos los medios que le negaba el destino. De las treinta y dos universidades esparcidas por la España de entonces, Cervantes no frecuentó ninguna, y estudió como pudo. La muerte y la ventura, deidades casi gemelas, le abrieron un horizonte. El fallecimiento del Príncipe Don Carlos y de la Reina Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, va a ser la ocasión para iniciarse en el ejercicio de las letras. Compone para el caso, a instancia del maestro Hoyos, un soneto petrarquista y una elegía lacrimosa, en los que no va a exaltar la leyenda pasional que envolvió la muerte de Isabel y su hijastro Carlos, como lo hiciera el poeta alemán en su drama del mismo nombre.

Impresionado Aquaviva por aquellos acentos elegíacos, "vestidos de colores retóricos", le suma a su séquito. Esta va a ser la hora más trascendente de su juvenil existencia. Marcha a Italia como camarero del Cardenal, no a buscar rimas ni metros, sino para penetrar en la vida multiforme de los hombres en Milán, Venecia, Nápoles, "ciudad la mejor de Europa y aún la de todo el mundo...", en Florencia y en aquella Italia que agonizaba entre los tintes del Veronés y las glorias del Tintoretto.

Su impetuosidad natural y su condición de noble le imponían como obligación patriótica el servicio de las armas. Y en Corfú,

Navarino, Goleta, Túnez, y Lepanto puso a prueba su arrojo y valentía, junto al célebre caudillo Don Juan de Austria.

El humilde y oscuro soldado de la famosa jornada de Lepanto confiesa "haber tenido humilde parte en la victoria", de la que siempre guardará el recuerdo, orgulloso de aquella herida que aunque fea parece, la toma por hermosa, pues fué "cobrada en la más alta y memorable ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros".

Con documentos de Don Juan de Austria, dos heridas de arcabuz en el pecho y la siniestra mano inutilizada, retorna a España. Cuando todo parecía augurar un horizonte de esperanzas cortesanas al Manco de Lepanto, la fatalidad le hace esclavo. Cinco años en Argel. Corre el año 1580. Comienza para el soldado inválido y rescatado otra etapa heroica, la de subsistir en las duras peleas con el hambre, la injusticia y la incomprensión. En esta pelea sus armas serán la pluma, y sus faenas el hacer en buena letra las buenas empresas de la idea que libera y el ideal que sostiene. Y en veinticinco años de amargura sirve al Rey, escribe "La Galatea", se casa con Catalina Palacios, le nace una hija de otra mujer, la Inquisición le excomulga por haber requisado bienes de la Iglesia, pide servir en las Indias, —"refugio de pobres", dice en "La española inglesa"—, y vive mal viviendo en Sevilla de tráficos indefinibles, conoce toda clase de privaciones y la vida sórdida de la prisión. Tenía ya 57 años cuando en medio de tantas desazones logra el privilegio para imprimir la primera parte del "Quijote".

De este angustioso drama del vivir, y en la etapa final del mismo, nacerá su fecundidad extraordinaria. La diestra mano y el corazón sensible no se darán reposo. A la primera parte del "Quijote" sucederán casi una tras otra sus "Novelas Ejemplares", su "Viaje al Parnaso", sus comedias y entremeses; y la segunda parte de su novela caballeresca, donde sin acritud pero con humorística ironía se dolerá íntimamente de los denuestros personales del "Quijote" de Avellaneda. Un año después dará su obra póstuma, el "Persiles y Segismunda", eco de una vida agitada de poeta y de un momento histórico en que la vida española agoniza por los muchos trabajos y los baldíos esfuerzos de sus

hidalgos pobres. Si con "La Galatea" se inicia, y con el "Quijote" se fija entre sus contemporáneos y la universalidad, con el "Persiles" se libera de la pesada carga de sus días, en un sueño romántico donde transfigura, para consuelo propio, todo lo terreno y vulgar, evocando mágicamente ante su propia alma un mundo de amor, de aventuras y de hombres nobles. Con los acentos conmovidos de la dedicatoria "más conmovedora que jamás se haya escrito en libro alguno", a punto de emprender su última aventura, escribe a su protector y con él a la posteridad: "Puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte, gran señor ésta te escribo. Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan"... Y el 23 de abril de 1616, con las ansias crecidas y las esperanzas como había vivido, muere el hombre trajinado para la España atribulada en sus muchos quehaceres, y resucita para la vida postrera y no menos trajinada de la gloria, su pensamiento arcano y su espíritu de luz.

---

El proceso literario y humano de este gran escritor está ligado a las vicisitudes y problemáticas del imperativo histórico de los Austrias y al imperativo humano de su ser apasionado y poético, como la uña a la carne. Esto le servirá para comprender que en el medio moral en que vivió, la política valía más que la epopeya y el heroísmo, y que la única salida por donde poder escapar sin enajenar la castidad nativa eran los sueños, que hubo de alimentar sobre las duras realidades.

Ningún escritor podrá aventajar a Dante en la pintura exacta del siglo XIII; nadie podrá regatear a Goethe el galardón de ser el precursor y fomentador de la ciencia moderna al concluir el siglo XVIII. Pero a Shakespeare y a Cervantes nadie podrá alcanzarlos en la pintura sombría del cuadro tormentoso de las ideas y pasiones, en los finales renacentistas.

No queremos dar por terminadas estas ideas sobre Cervantes y su época, sin fijar, aunque no sea más que sumariamente, algunos conceptos que afloran en su obra y la filiación de la misma como materia artística.

Cervantes, poeta de espíritu libre, va a expresar el sentimiento religioso del pueblo español y las torturas de su propia fe en aventuras de guerra y cautiverio de infieles. Su religiosidad forma parte de su patriotismo y estará sujeto más a las sugestiones de la fe y a las aventuras de su propia experiencia, que a las disciplinas del dogma. En lo literario, se aparta del tema dogmático, pero no del sentimiento cristiano, como podemos subrayar en "Los tratos de Argel" y hasta en "El Rufián Dichoso", entremés de ambiente hamponesco y realista, donde planteará sustancialmente la idea cristiana del perdón y del arrepentimiento, salvando por la gracia al tahur Lugo, que arrepentido se hace fraile y pasa a las Indias.

El sentimiento patriótico será de Cervantes servicio y oblación constante a la amada España, en todos los momentos de su vida, aún de los más adversos; y en su obra, personificación de España y profecía sobre su destino, análoga a la de Virgilio, como podemos justificar en su obra "La Numancia", cuando dice:

"Qué envidia y qué temor, España amada,
te tendrán las naciones extranjeras
en quien tú teñirás tu aguda espada
y tendrás triunfando tus banderas".

El alma popular española brotará en su obra de los más profundos hontanares de la lengua, al través del romance, la copla y la paremiología sanchesca; de la prosa cazurra de los arrieros y aldeanos, con que toparon hidalgo y escudero por esas ventas y caminos de la estepa castellana.

Su maestría técnica descansará en este dominio de la lengua popular y en el arte de la composición narrativa, y en las variadas formas de estilo, según la técnica literaria y los progresos del autor en la misma. Como creador fué un artista libre, no sujeto en los asuntos ni en la técnica a lo que prescribían los cánones retóricos. Se inspira ingenuamente en las realidades de su tiempo y de su raza, tal como la sintió en su propia vida, y las traslada mediante el símbolo al plano universal de las ideas eternas.

Genéricamente es el novelista más grande de todos los tiempos y el primero que noveló en castellano. Su fábula novelesca, como los personajes que la animan, se va haciendo a lo largo de los contactos con la realidad y de los impulsos del ensueño y la imaginación, lo mismo que nos vamos haciendo hombres los mortales. Y se deshará, como los humanos, como se deshace el hombre, en el cierre de todas las posibilidades que es la muerte.

Pero algo hay que no cambia ni en la obra ni en la vida de Cervantes, y es la bondad ingénita del autor y actor de su obra esencial, enseñándonos con ello, sin esoterismos ni propósitos preconcebidos, que si el hombre fracasa en el fondo y en una derrota en la forma, puede redimirse con la bondad que está en las intenciones y las acciones. Y esto es lo válido, loco o cuerdo. Sólo el bien es lo que nos hará vivir eternamente, lo mismo a Don Quijote que a nosotros.

No busquemos, pues, en el manantial inexhausto de la obra y la vida cervantinas, propósitos docentes, enseñanzas morales, ni normas objetivas para escribir correctamente la lengua española. Los temas literarios de las grandes obras y los hechos vitales de sus creadores, no se sueldan con el ambiente en forma biológica y simplista; los temas ideales han de explicarse dentro de la evolución del arte y de las ideas, único medio donde adquieren sentido. Por eso Cervantes está en su época y fuera de ella. No pertenece a una sola nación ni a una sola edad, sino a todos los tiempos y a todos los hombres.

## BIBLIOGRAFIA:

**Manual de Historia de España:** Rafael Altamira.
**El Quijote y su época:** José de Armas, Buenos Aires, 1946.
**Vida de D. Quijote y Sancho:** Miguel de Unamuno.

## DISCUSION

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Me felicito una vez más de haber oído una clase tan interesante como la suya, Dra. Dopico. Y ahora una pregunta muy concreta. ¿A qué puede deberse —me he preguntado muchas veces, y ahora traslado la pregunta a usted— el que durante una época tan guerrera como la época imperial española en la Edad de Oro,

no haya propiamente una literatura valiosa de tipo épico, teniendo autores como Cervantes, y teniendo una pléyade tan enorme de valores? No hay realmente, salvo La Araucana y algunas pequeñas manifestaciones más obras de tipo épico. ¿Por qué ocurre esto?

DRA. DOPICO: Bueno, la pregunta es un poco esotérica, pero de cualquier manera vamos a tratar de contestarle.

DR. MAÑACH: Vamos a explicar, doctora, qué significa "esotérica".

DRA. DOPICO: De sentido oculto. Tiene un poco de sentido oculto. De cualquier manera, Dr. de la Mata, voy a decirle que yo creo que, en realidad, la ausencia de una epopeya se debe, en primer término, a que el género épico había agotado todas sus excelencias resumidas en el poema y en la figura formidable y única de la epopeya castellana que es don Rodrigo Díaz de Bivar. Después no se dan ni las condiciones históricas, ni el medio político apropiados para una epopeya de ese tipo. Imperan tendencias de capacidad, de egoísmo, que no caracterizaban la época de la naciente y primera epopeya castellana. No podemos pensar que ningún poeta se sienta capaz de inspirarse en el realismo rudo, brusco, simplemente del hecho de armas, si por debajo de este hecho no respira la conciencia de un pueblo.

DR. CORSANEGO: Dra. Dopico, ¿cree usted que la lírica signifique una perfección y transfiguración de las relaciones del hombre consigo mismo, o por el contrario, expresa la más poderosa negativa del alma a contentarse en el solo trato consigo misma?

DR. MAÑACH: Dr. Corsanego, ¿no cree Ud. que ésa es una pregunta de alta estética que tiene muy poco que ver con el tema concreto de la conferencia de la doctora? Estamos tratando de Cervantes y su época.

DR. CORSANEGO: Bueno, pero Cervantes es uno de los más grandes líricos que tiene la literatura española.

DR. MAÑACH: Habría que empezar por ventilar esa premisa, y me temo mucho que sería muy difícil de establecer.

DRA. DOPICO: Yo creo que la poesía, en todos los momentos de la historia de la Humanidad, ha sido vehículo de comunión íntima del hombre con su propia alma y con el alma de lo infinito, de la creación; pero si usted me pregunta con respecto al valor lírico de Cervantes, le diré que específicamente él no fué un extraordinario poeta lírico. Cultivó la poesía circunstancialmente. Pero si fué un poeta extraordinariamente subjetivo; un poeta inmenso a través de todas sus concepciones y a través de aquel sentido profundamente humano e idealista que tuvo del hombre, de su sociedad y, simbólicamente, de la humanidad.

DR. CORSANEGO: Muy bien, doctora, pero yo me quería aclarar si esta subjetividad platicaba exclusivamente con ella misma, o si era más bien almas de su mundo, del superior sujeto humano, de la Humanidad,

que le visitaban y le forzaban. En una palabra, si el poeta cuando habla expresa lo de él, o expresa realmente el mundo, la multitud.

**DRA. DOPICO:** El poeta es vehículo de sí mismo, de una individualidad, y de la multitud.

**SR. EDUARDO CEPERO TORRES:** Yo tuve el honor, en 1917, de darle una friega a la estatua de Cervantes, y vi allí arriba que tiene los dos brazos. ¿Puede la distinguida disertante, —de quien tengo el honor de ser amigo— decirme si sabe algo de por qué le ponen una mano en la estatua que Cervantes no tuvo en la realidad? Y el segundo aspecto de este asunto, es el siguiente: ¿Por qué no vino Cervantes a América, cuando era un espíritu aventurero y en su época lo indicado era que hubiera pasado a América? ¿Se sabe algo sobre esto?

**DRA. DOPICO:** Bueno, usted me hace dos preguntas en una. Con respecto a la mano, vamos a aclarar, de una vez y para siempre, que a él no le faltó una mano; simplemente le quedó inutilizada. Por esa razón seguramente el artista habrá hecho eso que dice usted haber observado en esa estatua, que le levantó a Cervantes en el primer centenario celebrado en la Habana, en el año de 1905, organizado por el "Diario de la Marina". La otra pregunta, ¿por qué Cervantes no vino a América si era un espíritu aventurero? figúrese, esa es una pregunta muy difícil de responder. Tendríamos que recurrir al propio Cervantes para que le explicara eso. Sabemos que quiso venir a las Indias, como dije en el texto de la conferencia, para poder librarse un poco de las amarguras de su vida, pero el permiso le fué negado.

**SR. ARNALDO MACHIN:** Dra. Dopico, me parece haber oído en su conferencia que usted dijo que Cervantes no tuvo preparación universitaria ninguna. Yo quisiera que usted me explicara la resistencia entre las personas más pulidas a hablar el castellano con pureza. ¿Cree usted que sea negligencia al mismo tiempo por parte de las maestros de escuela en no insistir en un correcto uso del idioma, en una enseñanza más disciplinada?

**DRA. DOPICO:** Pero, ¿usted se refiere a la época de Cervantes, a Cervantes, o al momento actual?

**SR. ARNALDO MACHIN:** Al momento actual.

**DRA. DOPICO:** Con respecto a la falta de cultura de Cervantes, tengo que decirle que los escasos medios y la numerosa prole del padre de Cervantes, no le permitieron acudir a una institución académica para hacer estudios. Cervantes fué un autodidacto, pero no desconoce los libros, según se puede observar en su obra; en ellos aprendió, si no a pensar y a sentir, porque eso le era como natural, si a expresarse en la forma que lo hace en su obra máxima, por ejemplo "El Quijote", en esa lengua española, rica, armoniosa, ya madura, aunque no exenta de modismos, arcaísmos, y otras cosas que a veces la deslucen. En cuanto a lo

demás de su pregunta, al abandono en la enseñanza del idioma, le diré que de eso se padece en todas partes; quizás un poco de indiferencia hay por parte de las autoridades responsables, me refiero a los propios profesores directamente, y también a cierto desgano en el propio estudiante hacia el estudio de las reglas ortográficas y sintácticas que le permitan usar su lengua con precisión, claridad y corrección.

**DR. RUSSINYOL:** Dra. Dopico, a su juicio, ¿quién representó mejor a su España, Cervantes o Quevedo?

**DRA. DOPICO:** Una pregunta muy interesante.

**DR. MAÑACH:** Y muy breve y muy tersa. Así deben ser todas.

**DRA. DOPICO:** Muy breve, muy tersa y muy enjundiosa, como del Dr. Russinyol. En realidad, no creo que uno representara mejor a España que el otro, sino que cada cual la reflejó según su sensibilidad estética y su actitud frente a la vida. Recordemos que la vida de Cervantes fué una vida huérfana de toda protección oficial; en cambio la vida de Quevedo fué una vida, hasta cierto punto, muy socorrida de la protección oficial. Y además el temperamento. Cervantes, sin dejar de ser humorístico, satírico, incisivo a veces, siempre era, por encima de todo, un temperamento poético, un alma sensible. Quevedo, no. Quevedo fué eminentemente un hombre satírico, burlesco, incisivo.

---

Estela Agramonte

# Shakespeare y la Epoca Isabelina

POCOS hombres han dado lugar a tantas controversias como Guillermo Shakespeare. En reciente bibliografía, editada por la Universidad de Oxford, se relacionan más de 5,000 libros, folletos y artículos de importancia, publicados en el transcurso de los últimos veinte años. Le es difícil al especialista mantenerse informado de toda esta corriente de opinión; al simple lector le resulta imposible. Sin entrar en disquisiciones académicas, ajenas al carácter de estas síntesis radiales, intentaremos trazar la figura del genial escritor como hombre; verlo al través de su poesía y de su obra dramática e interpretarlo a la luz de las creencias del gran público heterogéneo que le prodigó su comprensión y su aplauso.

## El Hombre

Juan Shakespeare, padre de Guillermo había abandonado los campos labrados por sus mayores. Establecido en la villa de Stratford, junto al río Avon, fomentó un pequeño negocio; creó una familia; adquirió propiedades y ocupó la principal judicatura de la comunidad.

El pueblo de Stratford era el mercado de la región y, también, se hallaba en el camino de la capital. Las leyes locales cuidaban celosamente de la moral de los vecinos. Sus posadas y albergues prosperaban con el constante tránsito de viajeros; las Compa-

ñías dramáticas, de recorrido por las provincias, ofrecían en el pueblo varias representaciones todos los años.

Pasa el tiempo y la familia Shakespeare sufre reveses económicos. El primogénito, casado y padre de familia antes de cumplir los veinte años, siente la urgencia de probar fortuna. La gran urbe le atrae.

Con toda la vetustez de sus gruesas murallas innúmeras iglesias, Londres por el año de 1585 es una población en pleno crecimiento. Por sus calles deambula una abigarrada multitud de nobles y pordioseros, de mercaderes y letrados, de indígenas de las colonias y aventureros de toda clase. El Mayor y los regidores intentan vanamente morigerar las costumbres licenciosas de la ciudad, ebria de crecimiento. Se dejan sentir las corrientes del Renacimiento europeo y los ingleses, sin perder el orgullo insular, empiezan a interesarse en otras tierras y otras gentes. Leen con avidez la dudosa información de las hojas sueltas y manuales, que suministran las imprentas, sobre todos los temas imaginables. La propia Isabel concurre, —en domingo—, a competencias de tiro; deslumbra a los transeúntes con improvisados desfiles de su comitiva real; ensalza con su presencia los juegos de agua en el Támesis y las aperturas de los Parlamentos. Igual interés despiertan las ejecuciones públicas que los grandes funerales; las peleas de gallos que las encerronas de osos. Mejor aún; por un penique se tiene acceso al "patio" de los grandes recintos circulares. Ahí, de pie y a la intemperie, se pueden saciar los ojos y los oídos con la ficción escénica de toda esa vida portentosa.

El joven del campo hallará incontables oportunidades de satisfacer su curiosidad. Participará de los espectáculos grautitos que llenan de gozo a los londinenses, pese a sus jornadas de doce horas, a su general penuria, y a las restricciones del Consejo.

Shakespeare siente afición por el teatro; su talento abrevia los duros años de aprendizaje y, en 1592, se le conoce ya como actor eminente. Es de suponer la actitud que asumirían, con respecto a la vocación elegida, el padre circunspecto y la esposa puritana. En efecto, Shakespeare proseguirá sólo, y sin hogar, su carrera artística.

El gusto de las representaciones aumenta y las empresas teatrales se multiplican. Shakespeare adquiere participación en una compañía y, sin abandonar las tablas, cultiva su habilidad de dramaturgo; la complementa con su experiencia escénica y la nutre de su agudo sentido humano.

Once años después de su partida el actor, poeta y dramaturgo consagrado vuelve a interesarse en su pueblo natal. Con los ahorros de su despreciada profesión alivia las tribulaciones del padre; se hace de propiedades y gestiona blasón familiar. Asegura el bienestar de las hijas; sueña con el nieto varón que continúe el apellido ilustre y prepara el retiro de su vejez.

¿Se apagaron ya las luces de la creación en el artista? No, aún producirá algunas de sus obras más representantivas, pero, con el sentido práctico que caracteriza al Renacimiento inglés, explora las nobles regiones del espíritu sin descuidar la estabilidad del cuerpo.

La bondad parece ser el rasgo más saliente de la personalidad de Shakespeare. Abundan referencias a ese respecto en las cláusulas testamentarias de sus amigos y en cartas de actores y empresarios que laboraron junto a él. Especialmente valioso el testimonio de afecto de su contemporáneo Ben Jonson, que envidia y critica la "falta de arte" en el amigo. Otros señalan su inalterable buen humor y su agudo ingenio; su prudente solicitud y desinteresado apoyo. El vulgo le prodiga los epítetos de "sweet William" y "gentle Shakespeare".

## El Poeta

Shakespeare procuró y alcanzó con sus poemas el reconocimiento de los intelectuales de su época. El popular actor y dramaturgo decidió rendir tributo al gusto clásico, en el descanso que le impusiera el cierre de los teatros londinenses con motivo de una epidemia. Las obras dramáticas que le habían dado tanto nombre desmerecían, a sus ojos, el vuelo artístico de que se sentía capaz. El escritor autodidacta, sin el prestigio de toga universitaria, quiso mostrar su cultura.

Escribe dos extensos poemas narrativos: **Venus y Adonis** y el Rapto de Lucrecia, dedicados ambos al joven Conde Southampton. Desde la cita clásica en latín, que encabeza el primero, hasta la práctica peroración de Lucrecia antes de suicidarse, se cumplen con suprema maestría las normas imperantes. No falta la consagración del personaje ilustre que ascenderá con el poeta al Olimpo de la inmortalidad. Uno y otro poema fueron recibidos con admiración por las clases elevadas; re-editados varias veces en los próximos años completan la celebridad del autor.

Los **SONETOS**, publicados por un impresor independiente pocos años antes de la muerte del poeta, habían sido escritos en los primeros años de su vida literaria. Constituyen lo más subjetivo de su obra, de ahí que sirvieran para todo género de especulaciones y, a pesar de ellas, mantienen incólume la intimidad del poeta. Bastarían por sí solos, —de no existir el caudal poético contenido en su teatro—, para situar a Shakespeare entre los grandes líricos de la época isabelina. Para Landauer y Knight los sonetos fueron factor determinante en la evolución estilística del dramaturgo, y a ellos atribuyen la forma depurada y las conceptuosas síntesis de Shakespeare después de 1600.

Para comprender los Sonetos hay que colocarse dentro de los convencionalismos literarios del momento en que fueron escritos. Habrá de interpretarse la palabra "amor" en el sentido platónico de "amistad". Las efusiones sentimentales, que nuestro siglo reserva a la sensualidad, eran lugares comunes en el discurso de los hombres del Renacimiento. Sin duda la mayor parte de los Sonetos se refieren a la amistad de un hombre, joven y hermoso, cuya identidad ha dado lugar a vanas conjeturas; otros están dirigidos a una dama, igualmente misteriosa; algunos de los mejores no parecen inspirados en persona alguna. El amor humano sirve de vehículo al pensamiento poético, pero en seguida trasciende a los conceptos universales de belleza, de virtud, del inevitable declinar de las cosas temporales que vibran en el fondo de toda la obra de Shakespeare.

Es significativo para la historia literaria que el poeta, después de la reapertura de los teatros en 1594, dejara de escribir poesías. Compuso sonetos, es cierto, y los dió a conocer entre sus

íntimos,, pero nunca se ocupó de publicarlos. El éxito de **Venus y Adonis** y del **Rapto de Lucrecia** se mantenía en sucesivas ediciones; con ellos había alcanzado la privanza de uno de los mecenas más nobles y generosos de la corte; la crítica había acogido sus versos con entusiasmo y las antologías los legaban a la posteridad. ¿Por qué, entonces, desecha el joven poeta tan halagüeñas perspectivas y se consagra enteramente al teatro? Hay que creer en una fuerza vocacional irresistible.

## El Dramaturgo

Ni el número ni la originalidad; ni los recursos de la acción explican el éxito del teatro de Shakepeare. Se han escrito densos volúmenes sobre el estilo único, y sobre los estilos múltiples del poeta. ¿A qué atribuir, entonces, la peculiar seducción de sus obras? Al caso extraordinario de que sus personajes, —en sí admirables—, se mueven siempre en el campo de la experiencia humana, y lo humano es patrimonio de todas las edades. Shakespeare amó sinceramente el mundo. Creó hombres y mujeres que, con voces personalísimas y portes exclusivos, se mueven como hombres y mujeres de carne y hueso. En geniales concepciones de su fantasía confrontan terribles conflictos del espíritu; ríen con sano regocijo o se subliman en la locura, pero sin defraudarnos jamás con móviles o consecuencias que escapan al esquema vital. Humanización admirable de un arte en que el populacho isabelino vió retratados sus vicios y virtudes. Arte que, despertando la sensibilidad del lector de todas las épocas nos permite creer que lo comprendemos... nos hace renunciar a la forma definitiva.

Tratemos de fijar este concepto de caracterización con algunos ejemplos:

Juzgado por las normas clásicas HAMLET deja de ser tragedia para convertirse en problema. Hamlet busca afanosamente la verdad, o sea la venganza convertida en justicia. Para alcanzarla templará su voluntad en el infortunio, dominará las pasiones con la razón y se hará indiferente al dolor. Con esa estoica serenidad, actuará; y sólo entonces hallará paz. Su conflicto afecta a la familia y al Estado, pero sólo a Hamlet incumbe resol-

verlo. Demora el momento decisivo, no en cobardía ni por debilidad, sino en el deseo de obrar con equilibrio. Su vacilación es la vacilación de todo hombre civilizado, a quien el honor obliga aniquilar sus afectos más tiernos.

EL REY LEAR es la crisis del principio de autoridad. El conflicto histriónico de Hamlet es el conflicto de un hombre. El de Lear, —rey de los pies a la cabeza—, simboliza las relaciones sociales de los hombres entre sí. Su abandono del gobierno en manos desleales y la preterición de sus deberes de padre producen el caos. Con la alteración del orden universal, y para Shakespeare y sus contemplaciones la monarquía era parte fundamental de esa estructura, Lear desata la tempestad. Desposeído de su trono por la ingratitud, el Rey completa la ruina de su casa y de su reino con la ruina de su espíritu. El anciano enajenado es triste y digno ejemplo de la transitoriedad del poder temporal.

MACBETH, como tragedia política, disputa el primer lugar a las anteriores. Es también trágica disolución del vínculo familiar. Marido y mujer, animados de común ambición, cometen el crimen. Pero la complicidad del regicidio, lejos de unirlos, los separa. Mueren como individuos atormentados por el miedo a la justicia humana y el horror de los propios actos.

LA TEMPESTAD es, sin duda, drama de gran contenido filosófico. Con suprema belleza resuelve en símbolos poéticas una serie de asuntos que ocuparon a Shakespeare en obras anteriores. Se le atribuye valor autobiográfico y se pretende descubrir al autor en la persona del viejo Próspero. Como en tantos otros casos caben muchas, y ninguna, de las interpretaciones sugeridas. Si reducimos la obra a una alegoría, restaremos valor al drama y Shakespeare dramatizó siempre la acción y el pensamiento humanos. Con el sereno renunciamiento de su ciencia innecesaria, el depuesto Duque de Milán da por aprendida la lección de la experiencia. Pudo con su vara de mago, sojuzgar a los elementos, someter a los hombres y proteger la inocencia de su hija. Su triunfo, humano al fin, es incompleto: Ariel, espíritu del aire, se libra de su obediencia; y desiste de "educar" la abyecta bestialidad de Calibán. Pero Próspero, sabio como nunca, de-

clara cumplida su misión; desprovista de terror la muerte; el alma en paz...

¿Es ésta la rúbrica gloriosa del admirado creador de enredos que se retira a bien morir en el pueblecillo de Stratford?

## Shakespeare: Espejo de las Ideas de su Epoca

La crítica moderna se esfuerza por reconstruir el clima de ideas en que se producen las grandes corrientes literarias. La fantasía histórica nos permite comprender y apreciar la significación de la obra, dentro del marco que le corresponde. No cabe dudar que el hombre medianamente ilustrado del siglo XVI-XVII tuviera maneras especiales de pensar y de sentir. Veamos algunas de ellas.

El Renacimiento, etapa evolutiva de la civilización, no se manifiesta de súbito en ninguna parte; en Inglaterra el aislamiento y el espíritu conservador del pueblo retarda el proceso en varias décadas. Shakespeare perteneció a la última generación que, a pesar de las nuevas ideas, se mantendría fiel al sistema medieval de grandes jerarquías siderales y rigurosa subordinación de planos de la existencia. El hombre así considerado era centro del universo; vínculo natural, hecho al servicio de Dios, pero resumen y dueño del resto de la creación. La nueva astronomía, ¿daba al traste con esta visión optimista?, pues a ignorar a Copérnico, para seguir percibiendo las inefables armonías de las esferas, en **Troilo y Cressida** Shakespeare pone en boca de Ulises el famoso discurso del orden en la naturaleza.

Otras falacias, relacionadas con los elementos, (etéreo en Ariel; húmedo y terroso en Calibán), y los humores, evplicaba la salud y el temperamento de los hombres. En lo social, a cada ser le correspondía un lugar en el orden establecido. El miedo al caos enardece el patriotismo y proclama el divino mandato de los reyes. En Shakespeare los dramas históricos y el trágico Lear dan fe de las consecuencias de la disolución.

Poco a poco el pesimismo invadió los ánimos. El escepticismo de Montaigne analiza las miserias humanas; el protestantismo, con su horror al pecado, su afán de vencer las pasiones, hace

al hombre responsable de su conducta ante Dios y le crea nuevas angustias morales. La Reforma negaba los dogmas de la iglesia de Roma, pero no había pensado aún en sustituirlos. Hamlet, inmensamente solo, se siente abrumado por la necesidad de actuar.

La intranquilidad política se agudizó a la vuelta de la centuria. Era evidente que el brillante reinado de Isabel tocaba a su fin; la envejecida soberana sigue siendo la primum mobile de las esferas gubernamentales, pero se obstina en no nombrar sucesor. Los escenarios por entonces ilustran las conspiraciones de Enrique IV y el gran crimen de Macbeth. Las disociadoras justificaciones políticas de Maquiavelo completan la confusión.

Todas las nuevas inquietudes, sin embargo, no desplazan de la credulidad popular las antiguas artes de magia (predicción de las brujas en Macbeth); la fe en los presagios de la naturaleza, —tales como eclipses, terremotos y tormentas—, en la astrología y en la influencia de los espíritus, (fantasma de Elsinore; golpes en las rejas del castillo de Forres).

Tal es el mundo de Shakespeare, complejo y sencillo a un tiempo, como todos los mundos. Su arte imponderable consistió en captarlo, en forma que el correr de los siglos conserva y aumenta su significación universal.

## BIBLIOGRAFIA:

"William Shakespeare: a Study of Facts and Problems" por Edmund Chambers, 2 vols. Oxford University Press, 1930.

"An Interpretation of Shakespeare" por Hardin Craig, The Dryden Press, 1948.

"Shakespeare and the Nature of Man" por Theodore Spencer. Macmillan, 1947.

"Elizabethan World Picture" por E. M. W. Tillyard. Chatto and Windus, London, 1943.

# DISCUSION

SR. LUIS BERENGUER: Felicito a las dos cultas conferenciantes, por la honra que han dado a esta tribuna, y con ella a la mujer cubana. Ahora, la pregunta. ¿Qué noticias me puede dar usted de la esposa de Shakespeare y de su influencia sobre él?

DRA. AGRAMONTE: La esposa de Shakespeare, como señalé o esbocé de paso, era una joven campesina con quien casó bajo circuns-

tancias, como todas, o la mayoría de las de la vida de Shakespeare, bastante obscuras y confusas. Fué un matrimonio precipitado, se perdonaron los anuncios o amonestaciones en la Iglesia para que pudieran casar con más rapidez. Movido por la pobreza o la necesidad, Shakespeare se marchó luego a Londres, y poco debe de haberse ocupado de la familia. Pero también parece que la señora, puritana de religión, era un poco contraria a la profesión que Shakespeare había elegido, y tal vez eso explique la ausencia Después, cuando regresa al pueblo, se ocupa de su bienestar. Ella le sobrevive como en 7 u 8 años, y el provee para su vejez; pero no parece haber habido una gran comunión espiritual entre ellos en ningún momento

**SR. FRANCHI ALFARO:** Oígame, doctora, ¿no hay suficientes datos para que las obras que se atribuyen a Shakespeare sean consideradas como obras de Bacon?

**DRA. AGRAMONTE:** Esta es una tesis muy debatida, una de las tantas controversias que la brevedad de este trabajo no permite abarcar. Es dudoso. Hoy en día, la mayor parte, sino todos los críticos, están de acuerdo en que las obras fundamentales, unas 36 ó 37, son de Shakespeare y no de otra persona.

**SR. LUIS TORRIENTE BECKER:** Dra. Agramonte, me pareció que usted había dicho que Cervantes se había suicidado, ¿quería preguntarle si él había muerto de muerte natural?

**DRA AGRAMONTE:** En primer lugar, yo no traté de Cervantes.

**SR. LUIS TORRIENTE BECKER:** ¡Ah! quise decir Shakespeare.

**DRA. AGRAMONTE:** No, de ninguna manera. Murió en su cama, tres años después de retirarse del teatro, de gentil hombre muy respetado y muy considerado en su pueblo, y dicen que a consecuencias de una indigestión, o de algunos excesos cometidos en una entrevista o comilona que había tenido unos días antes con Ben Johnson y otros compañeros literarios que le habían venido a visitar al pueblo.

**DR. MANUEL DE LA MATA:** Tenía en mente haber preguntado precisamente sobre la posibilidad de que las obras fueran de Francis Bacon, y ya se me adelantaron; pero a propósito de esto, el problema del testamento de Shakespeare parece plantear de una manera efectiva que no hay en él el temperamento, la formación, etc., que parece indicar a través de sus obras. ¿Es discutible la falta de paralelismo entre la obra y la personalidad de Shakespeare?

**DRA. AGRAMONTE:** Yo creo que no. A mí me parece que lo apunté al hablar del espíritu inglés isabelino. El espíritu inglés es esencialmente práctico, y ni aún en los momentos de vuelos más amplios (y quizás esa es la genialidad del propio Shakespeare y que lo hace tan comprensible a todas las clases sociales) tiene un realismo poético, si se me permite el atrevimiento de combinar los dos vocablos. Pero es indiscutible que Shakespeare es práctico, es un hombre ahorrativo, económico, vive

una vida evidentemente muy reglamentada y muy regulada en el Londres de aquellos días, a pesar de la ausencia de la esposa, y reúne lo suficiente, con su trabajo y su labor de actor y dramaturgo, para rehacer la fortuna de la familia y terminar su vida en paz y sosiego

SR. JULIO A. MARTINEZ: Dra., voy a hacerle dos preguntas. Primero, quisiera saber si Shakespeare tuvo alguna relación estrecha con la Filosofía, porque en sus escritos yo he visto muchos pensamientos que me parece que tienen que haber provenido de un hombre que ha leído libros de Filosofía. Y mi segunda pregunta es, ¿si su debilidad fisiológica gravitó sobre la obra, como afirman algunos psicoanalistas&

DRA. AGRAMONTE: Con respecto a la primera de sus preguntas, debo decirle que Shakespeare, como todo autor genial, y el hecho de que necesite, requiera y obtenga tantas interpretaciones lo demuestra, es un filósofo congénito. Era autodidacta. No acudió a las universidades, pero se cultivó con toda la riqueza y la plenitud que se cultivaban los hombres del Renacimiento, aun del Renacimiento inglés, un poco retardado en relación con el italiano y el español. En cuanto a la segunda parte de su pregunta, yo le recordaría a mi interrogador, que el concepto, sobre todo el concepto de la amistad en el Renacimiento, y en el sentido platónico del mismo, son muy distintos de nuestro concepto moderno. El menor estudio, por muy ligero que sea, de las obras del Renacimiento italiano en otras figuras, como en Miguel Angel, De Vinci y otras personalidades, nos refleja un sentido de la vida y una ética distinta a la nuestra.

SR. ZALBA: Doctora, usted me podría contestar una pregunta. Toda la obra de Shakespeare se caracteriza por la tragedia, o también se reflejan las costumbres y el espíritu de la época en su obra?

DRA. AGRAMONTE: ¡Cómo no! Shakespeare es tan polifacético como el Renacimiento; es más, se adelanta al Renacimiento inglés. El recoge, con esa captación del verdadero artista, el pulsar o el vibrar de la sociedad londinense de entonces; una sociedad que trata de pintar con todos sus excesos y sus violencias. Shakespeare sí tiene comedias deliciosas: "As you like it"; una de las últimas, "La Noche de Reyes", es una verdadera hazaña de cabriolas espirituales, de una espiritualidad muy grande y una comicidad extraordinaria.

---

# UNIVERSIDAD DEL AIRE

## QUINTO CURSO:

### OCTUBRE 1950 A NOVIEMBRE 1951

### "LA HUELLA DE LOS SIGLOS"

#### PROGRAMAS DE LAS PROXIMAS CONFERENCIAS

| | |
|---|---|
| **XXXVIII**<br>**Julio 8** | a) La Revolución industrial.<br>b) El romanticismo. |
| **XXXIX**<br>**Julio 12** | a) La gran música preromántica.<br>b) Kant: el viejito de Koenigsberg. |
| **XL**<br>**Julio 15** | a) Dos grandes sordos: Beethoven y Goya.<br>b) El imperio de Goethe. |
| **XLI**<br>**Julio 22** | a) Bryon y Walter Scott.<br>b) Balzac y Víctor Hugo. |
| **XLII**<br>**Julio 29** | a) Waterloo y la Santa Alianza.<br>b) Doctrina de Monroe y el "Destino Manifiesto". |
| **XLIII**<br>**Agosto 5** | a) La prosperidad de las ciencias.<br>b) El positivismo. |
| **XLIV**<br>**Agosto 12** | a) Los movimientos del 48.<br>b) El Manifiesto Comunista. |
| **XLV**<br>**Agosto 19** | a) Darwin y los rumbos del pensamiento.<br>b) El evolucionismo y Spencer. |
| **XLVI**<br>**Agosto 24** | a) El genio de Wagner.<br>b) Nietzsche y el vitalismo. |
| **VLVII**<br>**Sept. 2** | a) La Guerra Civil de los Estados Unidos.<br>b) El proceso de Hispano-América. |
| **XLVIII**<br>**Sept. 9** | a) Prusia y Bismarck.<br>b) La Rusia de los Zares. |
| **XLIX**<br>**Sept. 16** | a) Africa y la expansión imperial.<br>b) La India y el Japón. |
| **L**<br>**Sept. 23** | a) Pasteur y su tiempo.<br>b) La crisis filosófica. Bergson. James. |
| **LI**<br>**Sept. 30** | a) El genio de Dostoyewski.<br>b) El genio de Galdós. |
| **LII**<br>**Oct. 7** | a) El "fin de siecle" y su literatura.<br>b) Rubén Darío y el Modernismo. |
| **LIII**<br>**Oct. 14** | a) Martí y la guerra hispanoamericana.<br>b) La Guerra boer. |
| **LIV**<br>**Oct. 20** | a) Ambiente del Siglo nuevo.<br>b) El mundo de la técnica. |

| | | |
|---|---|---|
| LV Oct. 28 | a) | El capital en el mundo moderno. |
| | b) | La organización de los trabajadores. |
| LVI Nov. 4 | a) | La guerra ruso-japonesa. |
| | b) | El ascenso de los Estados Unidos. |
| LVII Nov. 11 | a) | La paz armada en Europa. |
| | b) | La primera Guerra Mundial. |
| LVIII Nov. 18 | a) | El sueño de Wilson. |
| | b) | La Revolución rusa. |
| LIX Nov. 25 | a) | Freud y la nueva Psicología. |
| | b) | Picasso y la revolución en las artes. |
| LX Dic. 2 | a) | Ambiente de la primera post-guerra. |
| | b) | Las derechas extremas. Mussolini y Hitler. |
| LXI Dic. 9 | a) | El caso Roosevelt. |
| | b) | La Segunda Guerra Mundial. |
| LXII Dic. 16 | a) | Estela de la Segunda Guerra Mundial. |
| | b) | Ante la Era Atómica. |




Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.